3 1761 07139133 8

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/minsacev00acev

Eduardo Acevedo Díaz

636 J

Minés

PRIMERA EDICIÓN

BUENOS AIRES

EDITOR: VICENTE DAROQUI
ALSINA 752

1907

Obras publicadas del mismo autor

Brenda — Ismael — Nativa — Grito de Gloria — Soledad.

En preparación:

Polo opuesto. — (*Dioramas del pasage.*)
Frutos. — Novela histórica.

PQ
8519
A3M5

LIBRARY
719148
UNIVERSITY OF TORONTO

I

Consultas

Si las llamadas escuelas literarias no viven más tiempo que el de sus grandes intérpretes ¿está obligado un autor á considerar como forzosas é ineludibles sus reglas, cánones ó preceptos respectivos?

A título de predominio transitorio de tal ó cual escuela, cuyo éxito en definitiva, no es más que resultado de impresionabilidad ¿ha de desterrarse de las letras toda producción que no respete ó que no coincida con esa tendencia, y ha de sacrificarse al gusto del momento una concepción cualquiera personal del arte?

Si el estetero no es en rigor respecto á la teoría, ni clásico, ni romántico, ni naturalista, ni simbólico, ni simbolista, ni decadente, sinó mero órgano principal de la sensibilidad, el centro en que refluyen todas

ensaciones ¿es lógico pedir á un temperamento dado subordinación pasiva á las exigencias de secta determinada, ó á fórmulas de convención?

En otros términos: si el esteta es una personalidad distinta de la del hombre común ó del hombre público, y en ella ha de estimarse ante todo el esfuerzo para encarecer ó sublimar el fin del destino humano ¿se puede desertar de tradiciones diversas, cien veces traicionadas, y seguir el impulso propio?

¿La obra de arte debe ser apreciada con arreglo al grado de emoción que ella produzca por su bondad intrínseca; ó es admisible que el sentimiento de antipatía al estilo, á la tendencia, ó á la idiosincrasia del autor, pese como elemento de juicio crítico?

Se opina por autores respetables, que ya están bien señaladas las dos vías á seguir por los espíritus en lo futuro: la sociológica y la mística.

¿Cuál de ellos, en todo caso, resistiría mejor las seducciones del laud de los soñadores perdidos en la selva, al regreso de los funerales olímpicos de Hugo?

¿Qué maestro comprobó con eficiencia, que lo romántico, y aún lo místico, no son fases permanentes de la naturaleza humana en la plenitud fisiológica, como la es la de la luna, por más que nos parezca monótona, á fuerza de contemplarla inalterable siempre?

Qué es más preferible para la formación del buen gusto popular y reforma de costumbres ¿la novela de la historia, — no la historia en sí misma, — que deforma los hechos y los hombres, ó la novela histórica que resucita caracteres y renueva los moldes de las grandes encarnaciones típicas de un ideal verdadero?

Alguna vez se ha dicho que una obra literaria no debe medirse con la escala métrica

y el compás, á propósito del juicio de Pierron sobre el «Agrícola» de Tácito.

¿Lo será entónces por su grado de intensidad, ó por el *quid divinum* del poeta?

Como en este relato, que no es leyenda, pero que en el país clásico del arte podría titularse *racconto*, hay mucho de verdad histórica en el hecho y en la pasión, caben los temas que anteceden, y cuya solución dejamos á los hombres de sentir profundo.

Buenos Aires, Julio de 1907.

MINÉS

I

Ecos del cármen

Cuando niños, habían sido muy compañeros en sus paseos y diversiones inocentes.

Sus recuerdos más gratos manaban de un pasado sin penas; de esa edad tierna en que los ojos rien, las bocas cantan, las manos se entrelazan, los cuerpos se juntan, los cabellos negros y rubios se mezclan, y sobre las hierbas frescas ruedan abrazados los candores y las alegrías en montón adorable de carnes de rosa y cabecitas de ángel.

La edad en que no se piensa, ni se sabe....

El mundo está lleno de pájaros y de flores, trinos y perfumes. Hay que apoderarse de mariposas y de nidos, de pintadas alitas y lindos huevecillos para hacer colecciones

y collares, aunque resulten truncos y no se conserven una semana.

Es tan humano desde el albor de la vida gozarse en perseguir la creación pequeña! Por entonces, no se presiente la culpa ni el pecado.

Se cazan los seres que no se quejan, que no lloran como los niños: se corre por doquiera al aperiá y la lagartija: se tiran guijarros al chingolo solitario, se extraen de los nidos los pichones apenas emplumados, se arroja agua al colibrí que liba en los claveles, y se pincha al abejón para que deje su cuevita de miel.

La travesura es ingénita: la curiosidad la estimula, en el alma del niño.

La malicia, precoz en muchos, no terció en las primeras expansiones de Minés y Ricardo.

En cambio, los dos se miraban siempre con cariño y rara vez en sus juegos dejaban de estar juntos. Si ella escogía otra pareja, nada él decía, pero se quedaba mústio.

Si él dejaba de venir un día, al siguiente lo recibía ella con gran contento, y cogiéndole de la mano lo hacía correr bien ceñido á su cuerpo, largos trayectos.

Y cuando el tiempo fué avanzando, aumentó el placer de hallarse cerca el uno del otro en todas las oportunidades.

Sabían decirse muchas palabras. El lenguaje era ya en ellos algo más que parloteo de pajaritos. El amor propio empezó á despuntar con un enojo banal, y más tarde se manifestaron celillos suaves.

Una tarde de otoño, después de andar un trecho entre los árboles, Minés le dijo con aire serio:

—Me ponen en el convento para que me enseñen las hermanas. . . .Qué lástima! Ya no nos veremos como antes, Ricardo.

—Y á mí me mandan á la universidad—contestó él con el mismo tono.

—Si! A mí me encierran, porque dicen que no saldré sino unas horas los domingos.

—No tengas cuidado Minés. Esos días yo vendré á visitarte.

—Bueno!—exclamó la niña mostrándole sus blancos dientecitos con una sonrisa de gozo.—Me hamacarás y después juntaremos violetas. Si vieras como vienen de grandes!. . . .

¿Quieres que te regale ahora unas poquitas?—agregó moviendo la cabeza con un gesto ingenuo y cariñoso.

—No, todo está mojado y hay muchos sapitos; otra vez.

—¡Malo! ¿y que te doy?....

—No sé....Una mechita, todavía....

—¿Una mechita?

—Sí, de tu pelo....

Minés se echó á reir con tanto gusto, que se le puso la voz ronquilla en pocos momentos.

Concluído el acceso, se acercó bien á él, le peinó el cabello con su manecita y murmuró con ternura:

—Sí, luego te la doy....

Por toda respuesta, al halago de la caricia, él juntó su cabeza con la de ella, y se estuvieron callados un rato, columpiándose suavemente.

Y como si esto le recordase una de sus distracciones favoritas, Minés dijo quedito:

—¿Vamos á la hamaca?

—Bueno.

Los dos se lanzaron veloces hacia el sitio.

Era éste, el de una pequeña explanada cubierta de arena fina, bordeada de boj en sus flancos.

El columpio pendía en medio de dos paraisos, y tenía asiento de esterilla con espaldar.

Minés se colocó en él con agilidad y cierta coquetería al arreglarse las ropas, mirando risueña á su compañero.

Apenas dado el primer balance, apareció en el sitio Martincho, con el rostro hecho una grana.

Tenía la edad de Ricardo, trece años, más que menos, reducido de talla, rubio, ojos celestes, de ademanes ligeros y osados.

Pertenecía al grupo de los tertulianos asíduos y era el terror de las avecillas de la quinta. Había precocidad en el desarrollo de sus instintos, y se distinguía por cierta tendencia habitual á las rivalidades y enconos.

Se quedó un momento como extático, contemplando á Minés, con los brazos cruzados detrás.

Luego pasó por su semblante una ráfaga de impaciencia, de disgusto mal contenido, y dirigiéndose á Ricardo, dijo bruscamente:

—¡Siempre la has de hamacar tú!....

Y sin añadir palabra cogió la cuerda que quedaba libre, con el propósito de ayudar al columpio.

Minés se arrojó de un salto al suelo; y tomando el brazo de Ricardo, exclamó con una gran risa:

—¡Vámonos!

Martín ó Martincho, como ellos lo llamaban, los miró irse airado; pero pronto ocupó el lugar dejado por la niña y se puso á mecerse, entre osco y satisfecho de haber quedado dueño del campo.

Sin embargo, de allí á poco el desaire empezó á dolerle, porque abandonando la hamaca, se volvió á su casa sin despedirse.

Halagó mucho á Ricardo la acción de Minés: y desde aquella tarde su amistad se hizo más solícita y atenta.

Le encantaban los caprichos de su graciosa compañera, y cuando la veía marchita, venía á su consuelo con palabras afectuosas.

No contento con esto, le enseñaba la «mechita» que ella le había dado al fin, y que guardaba en una carterita de piel.

Sin ellos quererlo, como al acaso, siendo muchos los del grupo disperso en sus juegos, se encontraban con frecuencia á solas; y en esos momentos se miraban en silencio, se sonreían y se daban las manos para hacer rondas, hasta que otros llegaban en balumba y se confundían.

A ocasiones, con cualquier pretexto, Minés iba á refugiarse en la glorieta; y no trans-

currían muchos minutos, sin que pasara á saltos Ricardo mirando al interior.

Ella lo llamaba, y una vez allí, nada le decía que valiese la pena, y se ponía á arrancar ramitos tiernos dándole la espalda.

Cuando se volvía rápida, parecía expresarle con una mirada dulce cuanto era su goce de que él no se moviera de su lado, y la hubiese estado contemplando de la cabeza á los pies como á una linda muñeca vestida de novia.

De pronto simulaba una melancolía repentina y suspiraba; se cubría el rostro con las dos manos, y por entre los dedillos rosados, lo miraba de un modo picaresco con el rabillo del ojo.

Ricardo se sonreía, y le susurraba al oído:

—¡Si no tienes nada, mimosa! Yo sí que estoy triste....

—¿Porqué? Vamos á ver....

— Es que á ver no nos vamos Minés, quien sabe en cuanto tiempo, sino en ratitos.

—¡Y tú me escribes!

—¡Oh! ¿Al convento?.....Te pondrán en penitencia las hermanas.

—¡Qué sabes tú! Si son muy buenas.

—Hem....Mira. Ahí vienen corriendo los rubios del aleman vecino. ¡Escápate!

—¡Pues, que sí!

Pero, esa vez, antes de salir de la glorieta, se apoyó un segundo en él y le hizo un mohín de simpatía.

En seguida le mostró la palma de la mano izquierda, murmurando compungida:

—¡Me pinché ahí!

—¿Adónde? no hallo....

—Que sí, ¿no vés?

Ricardo la acarició donde ella señalaba.

Recién escapó entonces como una flecha, diciendo muy alegre:

—¡No era más que una ronchita!

Otras veces en la hora del crepúsculo, en un estanque del fondo, á cuyos bordes brotaban junquillos muy olorosos, se complacían en observar el reflejo de las primeras estrellas.

En una de esas ocasiones, cuando apareció la constelación de Orión, Ricardo exclamó:

¡Mira como se abren las puertas del cielo!....

—No,—dijo Minés, —son las tres Marías con sus coronas de luz.

—A mí no me han enseñado á conocer más que una en el cielo.

—¿Cuál?

—La madre de Dios.

—Bueno, y que tiene!—añadió la niña mirando arrobada á las alturas;—es ella tres veces.

—¿Y esa rojita que tiembla más que las otras?

Y Ricardo señalaba á Sirio.

—¿Esa?—repuso Minés con aire de sabidilla.—Esa....es el arcángel Miguel.

—Embusterita!

—Te digo que es, Ricardo—continuó ella, al propio tiempo que le arreglaba el moño de la corbata con mucha pulcritud.

—Después de la del cielo, sé de otra en la tierra.

—¿Se podrá decir?

Ricardo puso en la niña sus ojos oscuros, con una expresión tan insistente que le hizo encendérsele el semblante.

A aquella oleada de rubor, se siguió un movimiento nervioso, y tanteando aquí y allí con su diestra, arrancó un botón semi-abierto de junquillo, cuyo perfume aspiró un instante, y luego se lo pasó á su compañero, no sin antes con él rozarle la sien.

—Con la flor no quiero!

Minés se aproximó un poco más, preguntando:

—Y cómo, entónces?

Ricardo frunció el ceño, y quedó callado.

—Enojitos tenemos?—prorrumpió Minés, adoptando un tono grave.—Como si una diera motivos! .... No hay más que contentar al caballerito en sus caprichos. Pero, ha de ser por esta vez solita, oyes pretencioso?

Y pasándole su brazo por el cuello, lo atrajo hacia sí con un gestito de reina. Unió su sien á la de él, casta, blandamente, por un impulso espontáneo, cual si lo hiciera con una imágen querida: y luego, meciéndole la cabeza á la par de la suya, se puso á cantar con una voz fina y timbrada de futura contralto: arrorró mi niño —arrorró mi sol ....

E interrumpiéndose, quedóse á observar el efecto que su arrullo producía en Ricardo.

Este la miró sonriente, muy ufano.

—Yo no soy bebé.

Y tenía, al decirlo, tan cerquita la frente de Minés, que la rozó con sus labios. Ya no hablaron, después de aquel ósculo sin ruido, fija la vista de los dos, como abismada, en las estrellas escintilantes retratadas en el agua dormida.

Pasados algunos días de esta escena, Ricardo volvió para despedirse: pues era llegado

aquel en que su amiga debía entrar de alumna en un convento.

Los padres de Minés tenían muchos años de residencia en el país, y eran católicos sinceros.

Habían labrado una regular fortuna, y su prole se limitaba á tres hijos, dos de ellos casados. Aunque solicitados ya en su cariño de abuelos, María Inés, á quien llamaban Minés por dictado amoroso, atraía todo el afecto y era el afán de sus ternuras acendradas.

Escojieron para su preparación é instrucción el sistema de la enseñanza en monasterio, creyendo de buena fé que superaba á los demás, y por seguir una tendencia natural de sus ideas. Pero, nunca fué esta elección de plan docente un propósito deliberado de consagrarla á la vida religiosa, apesar de la dulzura y piedad que revelaban los sentimientos delicados de la niña en todos los actos.

Respetarían su voluntad en época oportuna; y no se opondrían á su consorcio con Dios, si existía en ella una vocación consciente é inflexible.

La educación debería extenderse á otros

ramos que los del programa común, al canto, música y pintura, si por estas bellas artes había en la discípula afición y empeño.

Cuando Ricardo se despidió con las palabras tímidas del que no ha meditado lo que ha de decir, pero acompañando con simpática inflexión su jerga de adolescente, rodeaban á Minés otros de sus compañeros de ambos-sexos, que no la dejaron consagrarle más que una sonrisa de efusión íntima mezclada de pesar.

También Martincho era de la reunión, que en parte imponía con sus parlas indiscretas y el desenfado de sus actitudes.

Así que Ricardo salió, díjole al pasar, con cierto regocijo:

— Se acabaron las hamacas y gallos ciegos, amigo!.... Ahora, á estudiar latín.

— Que te aproveche, ya que te gusta la sotana — contestó aquél con su aire semigrave y calmoso.

II

Claroscuro de un convento

La intelectual odisea de la adolescencia á la plena juventud, cuenta algunos grados de cambio evolutivo.

Pasados los meses y luego los años, los dos temperamentos fuéronse desenvolviendo y perfilando á medida que la educación de cada uno hacía progresos, modelaba el carácter, é influía en sentido de lo que se ha llamado segunda naturaleza.

En los primeros tiempos de su larga estadía en el convento, Minés extrañó bastante los halagos del hogar paterno; pero al fin de año, la solicitud y afecto con que era tratada por las hermanas religiosas, prevalecieron sobre los mimos y recuerdos.

El aleccionamiento preparatorio no fué difícil á las maestras, recayendo en un espíritu de índole tan dócil y accesible como el de la niña—gacela, según el mote cariñoso con que ellas la designaban para distinguirla de sus

condiscípulas, y aludiendo sin duda á sus ojos grandes, pardos, de un suave brillo, al parecer creados para la vida contemplativa y las profundas absorciones de la plegaria y el éxtasis.

Sufrió un poco en esos meses, pues con frecuencia se acordaba de impresiones que no mueren en un día; de sus padres en todo obsecuentes; de su libertad tan llena de atractivos; de sus jaulitas con jilgueros; de los paseos y juegos en el jardín; de sus alegres parlas con Ricardo en la hamaca y en la glorieta, en la salita de estudio y á los bordes del estanque .... Dulces memorias nutridas de candor, y bordadas de encanto, que en su mente hacían el efecto de palomas blancas arrullando ufanas en la umbría que el sol sembraba de lentejuelas de oro!

Las fué manteniendo en lo posible, suspendidas de su alma; hasta que poco á poco el régimen frío y adusto del nuevo ambiente, predispuso su inteligencia á otro orden de atenciones, esfumándolas dentro de paredes blancas, y á la vista constante de imágenes que no eran las de sus muñecas.

Las oraciones austeras ocuparon su lugar; quedó de ellas como un celaje, un tul celeste

lejano como el del cielo, símbolo tal vez del velo de que oía á cada paso hablar, como de un preservativo divino contra los grandes pecados mortales.

Buena y obediente, su carácter se fué modelando en la forma que se adoptó desde el comienzo, sin que en el fondo interviniera su voluntad, á modo de cera virgen donde se imprimen emblemas ó símbolos de cosas ideales. Su voluntad! Ella creía no tenerla por entonces, ni apreciar podía por lo mismo el grado de su vigor intrínseco. Lo que sobre su ánimo obraba con eficacia era una sugestión real y persistente, distribuida en porciones, por decirlo así, según la calidad de las tareas diarias ó de las prácticas del culto, de manera que todas convergiesen á un solo fin, como los radios á un mismo centro: hacer de la predestinada, profesa.

Esta sugestión, observada por sistema, actuante sin alternativas en la banca, en el locutorio, en el altar, en la salmodía, en el coro, en el facistol, en el cántico de la palabra de Cristo, en el relato de la pasión á la luz lívida de los blandones propios para alumbrar á trazos el camino del calvario, porque á trazos tenía que irse ganando por en-

tero el corazón virgen, á medida que más suspira y llora ante la sombra y el misterio: esta fascinación lenta, pausada como la de ojos sin párpados sobre la torcáz tímida, que ayuda á la vocación propia é impone fórmulas rígidas en las que se fija y no sale el pensamiento, cual si con ellas se le rodeara de abismos insondables; este cautiverio de almas que se inicia por el cultivo intensivo de la credulidad ingénua, y concluye en el espasmo del éxtasis, se fué obteniendo también en la de Minés de suyo predispuesta al ensueño en la edad más propicia á los vuelos del sentimiento exaltado, que á los anuncios discretos del instinto reflexivo.

Las pompas rituales con su magnificencia de brillos, sus cánticos solemnes y sus nubes de incienso, fueron acrecentando el fervor de sus sentimientos místicos, al punto de verlos reproducidos en sueños y de conservar incesantemente en sus oídos los ecos de los salmos y los acordes del órgano, como únicos é impecables compañeros de su alma solitaria.

En los días de la pasión todo contribuía á ahondar sus emociones; toda la leyenda era para ella página de luz; todas las fra-

ses que descendían del púlpito gritos de verdad revelada, voces que venían de ultratumba impregnadas de perfumes desconocidos al mundo.

¡Qué fruición extraña, la de seguir paso á paso la marcha del redentor! Cada uno era un canto de un poema que no tenía igual en la tierra, acaso el único que ella conocía y que no era obra de los hombres; un poema sobrenatural, maravilloso, en que cada escena era un drama y cada dolor un ejemplo, cuyo origen estaba en el amor sin límites y cuyo fin era la crucifición que impone y regenera.

El poema de castidad y de pureza que muestra un corazon sangrando, á los que han olvidado sus deberes en la tierra!

Cuando solo en el camino árido pide agua para aplacar sus ánsias á la samaritana en la fuente, y cuando más tarde trazando signos en la arena de una calle, sentado en la vereda, contiene á la turba que lapidar quería á una mujer culpable, cuán sublime se le aparecia Jesús! Pero, más solemne en la oración del huerto, más admirable ante sus jueces, más sublime en la jornada con la cruz á cuestas, más augusto en las horas del suplicio.

La madre dolorosa: aquellas mujeres que habían lavado con esencia delicada sus pies, y secádolos con sus cabellos: esa María de Magdala en quien él puso otra alma para que gustase de la dicha dentro de un cuerpo de pecados, cuan seráficas se destacaban en la tarde lúgubre del calvario, á un paso de soldados y verdugos!

Había acaso ocurrido nunca algo parecido? A ella le habían enseñado que todo eso era excluyente, no visto ni soñado en la vida del mundo.

Las prácticas y ejercicios continuos, á que por años se venía dedicando en los altares, contribuían á afianzar su fé en los milagros: y en las grandes consagraciones se distinguía por su atención á las lecturas espirituales, su recogimiento en las vía crucis y cantos del perdón, su embeleso en los sermones de soledad, en el salmo de profecías, en la misa imponente de gloria. La gravedad de estos actos, los ornamentos de imágenes y de diáconos oficiantes, las armonías de la música sagrada, el zahumerío de los pebeteros agitados por manos de obispos, la unción que parecía dominar todos los espíritus en el hosana de triunfo, ejercían en ella como

una influencia magnética hermanando en sus fervores la adoración y el júbilo.

A parte de este tributo á los templos, concurría con la superiora y otras hermanas á los hospitales y á los yertos hogares de menesterosos.

A indicación de ella misma, sus padres que pasaban una fuerte subvención por la novicia, á más de periódicas donaciones muy estimables en obsequio de la hermandad, habían establecido como cláusula de excepción que Minés podría asistir á los hospicios, y otros establecimientos y casas de familias que hubieran menester de dádivas y atenciones.

También que se le dejaría relativa libertad para concurrir sola á los templos de su predilección y al hogar paterno en los días y horas disponibles, una vez llegada á la mayor edad, y ya en aptitudes de pronunciar sus votos.

En rigor, la cláusula era innecesaria, porque una serie de prácticas ejemplares en la jóven catecúmena fueron dándole poco á poco una autoridad extraña en sus años al punto de no inspirar recelos ni resistencias ninguno de sus actos.

En los hospitales tomaba lecciones de su superiora, y se esmeraba en aprender el difícil arte de atender enfermos, aún cuando le costó adaptarse á las impresiones que surgen violentas ante la realidad palpitante del dolor y de la miseria que tose, que supura, que se retuerce y que reniega.

En los primordios de su dedicación, se estremecía al escuchar los ayes hondos, que parecen brotar de simas ó cavernas, y se espantaba de los gritos estridentes de desesperados que pedían se les despenase de una vez.

Supo recién estimar en esos lugares dolientes el grado de incredulidad de los seres desgraciados, de las medias almas que surgen de los fondos donde dejaron la otra mitad, y miran con vizquera lo mismo el escalpelo que el crucifijo, por igual á la hermana y al confesor; y llegó más de una vez á aterrarse, cuando á no pocos oyó decir cruelmente atenaceados por el sufrimiento que Dios era mentira.

Cuánta abnegación era precisa, en presencia de ánimos rebeldes, de naturalezas degeneradas, de fiebres devoradoras y de llagas purulentas!

La sociedad le presentaba una de sus faces sombrías, la que desalienta al mayor número, pues ella empezó á comprender que era del hombre alejarse del que cae en la lucha cubierto de lacras y de infecciones. Pero, la confortaba que Jesús no hubiera temido la lepra y que levantara á Lázaro de su cueva fúnebre. Esta tradición era bastante para reforzar su ánimo é inclinarla al sacrificio de sí misma. Su deber exigía que ayudase á sanar cuerpos, y si posible fuera con su mansedumbre y su palabra pura, convertir corazones sin esperanza.

¿Acaso aquellos humildes no eran accesibles á la gratitud y el consejo?

Nunca creyó ella en las almas mutiladas, ni en los corazones de piedra.

Todos habrían de tener un lugarcito á salvo de la culpa!...

Reservaba ciertos días á la visita de orfelinatos. Pero ella se reducía á encomiar la misión de las hermanas y al singular placer de acariciar criaturas, destinando á éstas, buenas horas de paz y de ternezas, horas tan diferentes de aquellas que pasaban lentas y angustiosas bajo la atmósfera de los hospitales.

Tenía otro centro de atracción predilecto,

al cual consagraba una mitad de los domingos, y éste era el hogar paterno.

Después de las expansiones de familia, Minés se encerraba en su dormitorio, especie de celda, que ella adornó con un pequeño altar y una imágen de la virgen del Cármen, desde que se decidió por la vida religiosa.

Ya no recorría como antes las callecitas del jardín, limitándose raras veces á algún paseo corto á lo largo de los canteros de violetas.

Se quedaba un instante pensativa mirando hácia los sitios donde estaban la glorieta y el estanque, y los paraisos que sirvieron de apoyo al columpio en días ya lejanos, sombreados por la melancolía del recuerdo. Buen Ricardo! Hacía mucho que no sabía de él.... En alguna ocasión vino á saludarla, cuando ella empezaba á dedicarse al oratorio.

Después, se retrajo, sin duda por sus estudios; y nunca llegó á escribirle. Mejor había sido así, porque según ella había echado de verlo, las hermanas no lo hubieran tolerado, como él lo supuso razonablemente.

Y, cayendo luego en otro género de pre-

ocupaciones, la novicia se volvía paso ante paso y permanecía junto á sus padres, hasta la hora de regresar al convento.

En los templos no le faltaba alguna función que llenar.

Por su bella voz de contralto se le señalaba lugar de preferencia en los coros. Tocaba el armonio y el arpa, conocía bastante de pintura y se hacían elogios de una pequeña tela en que ella había modelado una cabeza de virgen, llena de gracia y colorido. Esta tela fué colocada en la capilla del convento.

Halagada por el aprecio, y aún distinción, con que se le trataba, Minés se fué esmerando cada vez más en hacerse digna del concepto que había tenido la suerte de merecer, y que ansiaba conservar como un galardón de su humildad. Se la miraba con simpatía;—más tarde, con interés.

Su figura decía en su favor: un cuerpo esbelto de formas griegas, el rostro de perfiles correctos, manos pequeñas de piel sedosa, el pie menudo. Su talle no había menester de interiores artificios para delinear bajo la sencilla vestimenta azul sus graciosas curvas; ni sus róseas orejas de pendien-

tes, para realce de los bien ceñidos pabellones. En conjunto, sus rasgos típicos habrían servido al pincel ó al buril para una imágen de primavera que se engalanara con azahares y mosquetas al abrir de una alborada.

A pesar de esto y de la hermosura de sus ojos, reflejos fieles de un alma blanca y castamente sensible, lejos estaba ella de creer que pudo en las jornadas del mundo dar celos á Cyterea. Admiraba sí la rosa nívea con tintes de sangre en uno ó más pétalos, que ha acogido en su seno una lágrima furtiva de la noche, para retribuir con ella su ardiente beso al primer rayo de sol; pero hasta entonces, no pensaba que ella pudiera aparecer como una delicia análoga á la mirada de los demás.

Ni para qué examinar su faz externa! Nadie había de fijarse en quién no se interesaba en sus propios dones, pero sí en agradar al ser supremo.

En el fondo de este espíritu exquisito, dormitaban propiamente las facultades.

Ningún hálito extraño al ambiente en que vivía, ningún roce de impresiones de afuera había podido en ese período de su existen-

cia producir con un despertamiento imprevisto, la manifestación de las luces claras de su inteligencia.

Y ¿por qué no había de reposar también en el fondo de su virginidad radiosa el ideal verdadero de un corazón grande y noble, que se cree desligado de las sensaciones comunes, cuando en realidad un hilo invisible lo ata á los anhelos profundamente humanos?

El hecho cierto era que la función de las hermanas al educarla y prepararla, función de suyo formidable, se había llenado y seguía cumpliéndose sin resistencias dentro de la obediencia pasiva de la catecúmena.

Al mirarla como una de esas plantas delicadas que crecen y descuellan en invernáculos, las hermanas superiores se decían que el caso era excepcional, y que era necesario tener siempre la vista en ella para salvarla de las temibles acechanzas de la ambición profana. Sus dos dones inapreciables, la belleza y la virtud, daban base al juicio austero. Convenía mucho preservarla, como legítima prenda de orgullo para la congregación, y modelo futuro de santidad. Acordóse entonces en deliberación secreta, vigi-

larla de consumo y prevenirla del peligro á la menor sospecha.

Minés andaba sola, siempre que se reclamaba su presencia en alguna parte donde ella discretamente podía concurrir.

No quería molestar á nadie para su compañía, estando en su mano desempeñarse sin ayuda.

Aún cuando se la ponía en el trance de afligirse mucho, por la intensidad de la desdicha agena, reservaba para sí toda la amargura y para el paciente todo el dulzor de sus consuelos.

Estaba en la edad de creer sin dudas, de amar sin interés, de ser indiferente á las vanidades en feria para obtener una aureola invisible para el vulgo, pero de claridad evidente para su conciencia: la consagración de su fe por la práctica del bien, no interrumpida, á modo de misión impuesta y duradera.

Andaba sola, sin fijarse que muchos ojos se clavaban en ella; que los sátiros iban disfrazados de narcisos; que los inócuos de apariencia calzaban espuelas; y que los beatos seráficos se ponían en extremo nerviosos.

En nada de esto ponía atención.

Tampoco en la natural curiosidad de las damas elegantes, siempre prolijas en su observación y cuidadosas del detalle. Concentrada en su ser, tenía de sobra con sus ensueños místicos; y como para todos deseaba la paz y la ventura, jamás creía que la mirasen mal.

No tenía noción clara de las antipatías sin causa; y por lo mismo suponía que para ella, que á nadie dañaba en su misión honesta, no habría frases irónicas ni intenciones perversas.

Sin embargo, una tarde al toque de angelus, cuando penetraba en el pórtico de un templo, de un grupo de esas damas distinguidas salió una voz alta y melodiosa que dijo: es demasiado bella para monja!

Estas palabras le causaron sentimiento. Había ya hecho gran caudal de escrúpulos.

Cuando se arrodilló ante la virgen del Cármen, cuyo altar estaba en la nave lateral izquierda, sitio siempre escogido para sus rezos, tardó en dominar cierta turbación de ánimo.

Un devoto elevaba sus preces á San Roque, cuya repisa ó ménsula se encontraba un poco atrás, pero en la misma línea.

Era este fiel un hombre alto, grueso, entrado en años, de pelo y bigotes recios, cuello corto y morrudo, manos regordetas y vellosas, vestido de negro.

Había puesto un pañuelo blanco bajo sus rótulas, para preservarse del polvo del enlosado, y con la cabeza caída sobre el robusto pecho, se daba golpes suaves allí donde latía su piadoso corazón.

Una vez que la novicia todavía inquieta miró á ese lado, notó que ya concluído su ruego, aquel hombre se sentaba en un banquito que crugió bajo su peso, y entrelazando sus manos sobre el abdómen, se quedaba en actitud de adorador concienzudo.

Nada de esto era de extrañar.

Pero, acaso debido á su pequeña excitación nerviosa, ó sin ser ello exacto, parecióle á Minés que el devoto había puesto en su persona largo instante los ojos, que envelaban cejas en motín y párpados carnudos, con una mirada gachona, vaga é indefinible.

Cuando ella salía y cruzaba cerca, se diría que él estaba dormido y en los preludios del roncar, pues los tenía cerrados; pero

al lijero rumor los abrió, inclinándose respetuoso á su paso.

El buen señor contemplaba á San Roque, —se dijo Minés tranquila.

Y no se acordó más de estos nimios incidentes.

Detúvose sí delante de uno de los medioeres cuadros de la pasión que adornaban la pared, para observar bien algún detalle que le interesaba retener en la memoria, pues tenía en diseño una de las caídas de Jesús en la jornada del Gólgota, que destinaba á la capilla del convento.

Satisfecha de su inspección, continuó la marcha, ansiosa de encontrarse cuanto antes en su celda, y de poner á la obra sus pinceles en la próxima mañana.

III

¿Jesús era bello?

Muy temprano Minés se levantó, y cumplidos sus deberes religiosos, abrió la ventana de su celda, que daba á la huerta.

Lucía un sol sin nubes, claro y esplendente

que aún no hería la pupila, cual si apenas surgiera de su baño en los vastos mares azules y sacudiese su rúbia melena cargada de gotas cristalinas.

Un aura mansa y acariciadora inundó la celda, y con ella el aroma de los nardos y el piar bullicioso de los gorriones.

La novicia se estuvo quieta un rato frente á la ventana, como si en verdad sintiese placer en admirar el cielo límpido de aquella mañana templada, serena, pura, y en acoger uno á uno en su frente los besos de su aire delicioso.

Después, con una actividad y un tacto que revelaban su competencia, púsose á la labor de pintura.

Corrigió el diseño; luego lo renovó.

Los perfiles del semblante del nazareno al caer por vez primera bajo el peso de la cruz, no le parecieron fieles y exactos según el modelo á la vista.

Esmeróse en dibujar una cabeza hermosa, tal cual ella la concebía, para compararla luego, y deducir si tenía en conjunto los mismos rasgos resaltantes que la otra.

Se retiraba algunos pasos, y observaba de un modo prolijo el modelo y el bosquejo.

No estaba contenta en definitiva.

La cabeza del redentor, resultaba algo deprimida en los lóbulos, demasiado alta en el coronal. El retoque se imponía.

Cambió de sitio el caballete, dió á la tela ciertos tonos de luz, y consiguió al fin que el parecido con el modelo fuese de gran verdad.

Tuvo un rapto de alegría ante esta última prueba, concentrando su atención en ella un largo momento.

Y con el mismo gesto de satisfacción fué á sentarse en una banca para examinar de un poco lejos lo que acababa de hacer.

Allí, puesta la paleta de colores en la falda, contempló nuevamente su obra, y luego al modelo colocado en un atril.

Pasado un rato de análisis minucioso, la expresión de goce desapareció de súbito en su semblante; y, suspirando, movió con aire negativo la cabeza.

Mojó un poco el pincel en uno de los tintes, y yéndose rápida al lienzo, lo pasó por el diseño.

Dió otro lugar al bastidor, y retornó á sentarse pensativa y mústia.

Aquellas cabezas de Cristo no eran las qu

ella había soñado. Les faltaban vigor, luz y vida. Los ojos . . . ¡ah! los ojos carecían de la claridad serena, de la inteligencia penetrante que en medio de su honda melancolía debían tener los ojos del salvador.

La cabellera dividida en bandas, aparecía poco ondulada, casi lácia y nada espesa.

Había ella oído disentir á varias hermanas sobre el color verdadero de los ojos y del cabello del hijo de Dios.

Unas opinaban que, según la tradición más segura, los primeros eran de un azul sombrío y el segundo de un dorado de sol.

Otras sostenían que, conforme á los datos más fidedignos, las pupilas eran de un pardo oscuro y el pelo negro.

Muchas pinturas respetadas, exhibían á Jesús de distintas maneras, por lo que tenía su explicación aquella variedad de pareceres.

Ella debía estarse al modelo que le habían dado, y éste condecía con la última forma.

Sin embargo, mejor sería consultarlo con la profesora. Tal vez así le sería más fácil sentir confianza en sus débiles fuerzas y terminar su trabajo sin dudas mortificantes.

Tampoco estas cosas podían ser un obstáculo

insuperable. Lo único que la preocupaba era la perfección de la cabeza; todo un toque maestro: oración, salmo, plegaria y martirio en conjunto; espinas y gotas de sangre; mirada sin hiel; queja sin odio; resignación suprema en la expresión y el colorido.

Pero, el toque maestro no era para ella, y tratándose de un busto de hombre, le hubiera sido necesario conocer algunos hombres fuera de los que ofrecían el sacrificio de la misa, y demás prelados al habla espiritual con las conventuales.

Estos servidores de Cristo no poseían sus adornos naturales, barbas y melenas, como ciertos monjes que solían llegar con cayado y borlón de tierra santa.

¡Cuán difícil, pensó al fin, le sería realizar su propósito sin incurrir en una cópia deslucida de modelos tantas veces rehechos y renovados por buenos ó regulares pintores de las cosas del culto!

En su férvido afán, pincel en mano, volvió á tentar un cráneo y una frente á medias, esmerándose mucho en los retoques.

Llegó á delinear las cejas y los párpados con unas pestañas hermosas que parecían vibrar al reflejo de la luz; pero, no demoró

mucho tiempo en esfumar sus líneas con alguna pesadumbre.

No eran de su delicado gusto estético: y estaba por creer que no sería capaz de reproducir su concepción en la tela, tal como la ideara en una hora de arrobamiento bajo las bóvedas de la catedral un día viérnes de agonía.

Hojeó un pasionario que contenía la historia de Jesús y le servía para los cánticos, ilustrado con láminas sencillas de los episodios más culminantes, sin encontrar en ellas nada que conviniera al asunto.

La página alusiva á la primer caída, estaba señalada con una pasiflora ya viejita, pero intacta, aunque del pristino y soberbio azul solo quedaba un tinte pálido de violeta.

Minés la estuvo contemplando, como si le hubiese despertado un recuerdo remoto, acaso el del jardín de la casa paterna. . . .

Y, cual si quisiera también apartar la memoria de esos tiempos, cerró de pronto el pasionario, lo puso en su sitio y bajó á la huerta.

Allí se encontró con sor Jacinta, la despensera del convento, que reunía en un canasto legumbres y hortalizas de un plantío ya raleado.

La hermana era seguida en sus vueltas y rodeos por un gran gato negro de ojos muy amarillos, á la espera quizás de su regreso para recibir la ración de carne fresca cotidiana.

—Ha hecho usted bien en venir—dijo al saludar á la jóven con una sonrisa.—¡Qué mañana tan hermosa! Hoy se siente una revivir entre los árboles.

—¡Es una bendición, hermana!. . . . Estaba yo ensayando una pintura; y convencida de que para el trabajo sería menester ayuda de la maestra, abandoné los útiles, y me bajé á gozar del aire.

—Casualmente—observó sor Jacinta—la señora Georgia quedó en estar aquí después del desayuno, para dar una leccioncita á sor Telésfora, la que se ocupa ahora de iluminar estampas.

—¿Ah, sí?. . . . Me alegro de la noticia, pues podré hacerle una corta consulta.

—Cuando llegue yo le avisaré. Sabe usted que ella la quiere mucho, y que siempre está hablando de su discípula predilecta. . . .

Y al expresarse así, la vieja hermana había suspendido su tarea, y miraba á la novicia con manifiesto deleite.

Estaba encantadora con su lijero ropaje blanco de monjita en ciérnes, un tanto en desaliño, como que aparte de las conventuales solo habían de verla los pájaros errantes.

Al aire contemplativo de la despensera, correspondió ella acabándole de llenar el canasto de mimbre, con pimientos y lechugas.

Siguieron conversando sobre temas banales hasta que sonó la campanilla del pórtico.

—Ha de ser la profesora de pintura. Me voy para advertirle, antes que pase á la celda de sor Telésfora.

Sor Jacinta levantó su carga, y se fué acompañada del morrongo de ébano.

Apresuróse por su parte la novicia en volver á su aposento, no sin antes arrancar una vara de nardo de su cantero, terminada en un rico borlón de flores abiertas.

La estación brindaba pocas. Estas plantas se veían dispersas en reducido número. Las rosas pululaban todavía, pero de escasa esencia. En cambio, las primeras violetas dobles empezaban á perfumar el ambiente.

Minés recogió algunas al acaso, y ya en su celda, preparó un ramito para su maestra.

A uno y otro lado de la pequeña ménsula en que estaba su virgen, en dos macetas iguales

pintadas de rojo, lucían sus delicados gajos muy verdes dos helechos de invernáculo.

La novicia se inclinó reverente ante la imágen y le ofrendó el ramillete de nardos, colocándoselo á los piés.

La señora Georgia no demoró su llegada, y apenas entró corrió á los brazos de Minés á quien dió un beso cariñoso.

Esta profesora era una mujer de distinción, ya madura, devota convencional, intelijente y muy instruida.

Había hecho lecturas extensas, y gustaba enterarse de toda doctrina nueva, al solo fin de estar habilitada para verter juicio propio sin menoscabo de sus creencias.

Conocía buena parte de lo mucho que se había escrito sobre las condiciones físicas de Jesús; y no se hacía ilusiones respecto á las de tipo perfecto de belleza con que lo exornaban múltiples leyendas y novelas de antiguos y modernos tiempos.

Venía en momento oportuno.

—¿Qué ocurre á mi linda discípula?—preguntó en el acto con un acento de eco armonioso y simpático.—Aquí me tiene para complacerla en todo.

—Gracias, mi querida maestra. Yo bien sé

que usted es muy bondadosa conmigo. . . . No ocurre nada de importancia.

—Algo ha de ser. . . .

—El placer de verla, y de consultarla sobre un asunto de tela. . . .

—Interesante! Veamos.

—Es que su alumna es una pobrecita inútil para hacer una cabeza de Cristo como Dios manda.—agregó Minés con pena.

—Oh, no lo creo! — exclamó la profesora riendo. ¿No tiene á mano algún modelo que le agrade?

—Son tan vistos!. . . . Yo no pretendo ejecutar nada de extraordinario. . . .

—Pero sí que salga de la vulgaridad de las estampas y de los lienzos imposibles. De acuerdo, querida, hay razón!. . .

—Yo quisiera que usted me inspirase un poco . . . . me diera una idea feliz. ¿Debería ponerle cabellera rubia ó negra?

—El color que sea más de su gusto. En las dos formas han representado al maestro diversos artistas . . . Ahora, sobre la certidumbre del color exacto, poco podría yo afirmar. Usted sabe que en un libro herético, de que antes le he hablado, se dice que nuestro señor debió en mucho su poder de arras-

trar las almas á su deslumbrante hermosura; y que otros autores, que no son herejes, le niegan ese atractivo, entre ellos san Clemente y san Agustín, dejando entrever que era regularmente feíto....

—Ay, feo?.... Es posible que eso aseguren también los santos?

—Asegurarlo, tal vez.... Dicen que así tenía que ser el mesías esperado y que estaba en la tradición que no fuera bello. Esto digo á usted sola, ya que está en el empeño....

—No saldrá de mi celda.

—Pero, eso no es un inconveniente para que usted no confirme lo ya consentido por todas las gentes devotas, trabajando una cabeza que resulte tan divina como usted la anhela. Las licencias del pincel suelen ser adorables, en casos así....Contentan á los que creen. No ignora usted que es rara aquella persona á quien no alegre el ser favorecida en el retrato; siempre hay un amor propio disculpable en que se aminoren los defectos naturales, ó contraídos por evento; y mirándolo bien, si el maestro no apareciera con facciones llenas de encanto, como dicen que le trazó Léntulo, los que lo veneran no lo reconocerían, y quien había de sufrir tenía que

ser la pintora por haberse estado en la verdad probable, ó creído que su modelo no debía sustraerse á los rasgos comunes de los hombres.

Haga usted un bosquejo ideal, y para eso no necesita modelo....

—Por qué, maestra?

—Porque lo tiene usted en el alma.

—Oh!—murmuró la jóven con gesto triste. El que allí tengo es el que no puedo poner en la tela, porque....no sé! Me parece distinto á los demás, y temo que se dijese que es fantasía de religiosa.

—No importa. Usted lo pinta y me lo enseña. Nada de timideces, que ya no son para mí alumna en este arte, y manos á la obra. ¿Quiere un consejo? ...Haga usted la cabeza lo más humana posible, porque las de arcángel son para los niños en los cuentos de las nodrizas.

Hasta pronto!

Y dándole otro beso sonoro, tomó el ramito de violetas que le ofrecía la mano temblante de la novicia, marchándose con rapidez.

La jóven quedó un poco aturdida.

Causábale asombro lo que acababa de oir á su maestra.

Según eso, no había pintura evangélica, como había música sagrada; era preciso buscar entre los tipos más escogidos, el mejor; ó una cabeza de Bautista, de tez curtida por el sol del desierto, de pobladas barbas y greñas luengas en desórden. Cabeza propia de la Judea, con ojos de azabache, relucientes de santa cólera.

¿Sería parecida, la del Nazareno? Le había chocado de verdad, aquello de que Jesús carecía de los perfiles y dones maravillosos que todos le reconocieron y admiraron siempre como atributos de su divino ser.

También se ignoraba si había sido de piel blanca ó morena, si el pelo era de ébano ó dorado, si fueron sus pupilas obscuras ó celestes!....

Cuántas tinieblas en rededor de tanta luz!

Minés se puso enojada, y lagrimeó.

IV

Después del salmo

Siempre que sus padres venían á retribuir sus visitas, los hacía pasar del locutorio á su celda, para expandirse con más libertad.

Conservaba una relación amable con todas las hermanas y novicias, reconociendo no obstante que entre ellas, eran pocas las que se habían atraído sus simpatías verdaderas.

Por lo común eran las más, ensimismadas y retraídas, ó estaban ausentes por deberes de su misión.

Algunas caían en excesos de fervor cercanos al fingimiento, porque luego se preocupaban con cierto egoísmo de su bienestar personal.

No pocas damas elegantes les dispensaban el honor de sus visitas, y las favorecían con dádivas y regalos valiosos. Para el interés creciente de serles gratas por esta causa, no mediaba el disimulo; pudiéndose leer en sus semblantes un regocijo que no provenía seguramente de actos de abnegación y de humildad á los ojos de Dios.

Esto causaba al principio extrañeza en la novicia, á quien nada faltaba con la protección de sus padres opulentos; pero, más tarde, fué comprendiendo. . . .

Parecióle que no en todas la vida conventual era una vocación decidida y firme, por acto de conciencia, síno un refugio seguro contra las necesidades crueles.

Otras, demostraban unción verdadera y celo prolijo. Apesar de eso, ella había advertido sin quererlo que se hostilizaban entre sí en las grandes ceremonias religiosas, para obtener de superioras y diáconos tal ó cual preferencia, distinción ó premio de virtud. Como ella no tenía ambiciones de esa naturaleza, experimentaba de vez en cuando secretos desencantos.

Su pena subía de punto, si por acaso, merecía ella general elogio por su aplicación á la doctrina y su conducta en el coro; pues entonces se la miraba de un modo que la desconcertaba y afligía, cual si en vez de una acción plausible, hubiese incurrido en una falta sin saberlo.

A estas y análogas cosas se fué acostumbrando por grados, hasta afirmarse en la pulcritud de sus procederes y en la pureza de sus intenciones. Dentro de sí misma, llegó á creerse fuerte y feliz. Su conciencia le decía á cada paso: olvida y adora!

Entre aquellas que Minés estimaba, se contaba sor Mercedes, por su seriedad y circunspección, aunque solo se la veía allí de paso, por pertenecer á otro convento; y una novicia de su edad, de nombre Amelia, que

la acompañaba en los cánticos y era depositaria de sus confidencias místicas.

Sor Mercedes decía de su amiguita: solo le faltan las alas blancas para ser del coro divino.

Amelia le profesaba un entrañable afecto, la admiraba sin reservas, y sus menores dichos eran para ella evangélicos.

A esta dulce amistad de dos almas vírgenes que sueñan ante lo desconocido, y que anhelan candorosas la suprema gracia, había que añadir como complemento la circunstancia de que profesarían juntas el mismo día y ante los mismos altares, nuevo vínculo espiritual para marchar unidas en el valle yermo entre las zarzas y espinas de la cruz.

En el día que se siguió al de la visita de su profesora, Minés dejó en descanso sus pinceles, y se ocupó de ejercicios vocales con su compañera, pues en la noche se celebraba función solemne, y le correspondía uno de los solos en el coro.

Con este motivo, el armonio se hizo oir por largo rato, al unísono con cánticos sagrados.

La solemnidad debía realizarse nó en la capilla del convento, sinó en la iglesia de

de la Concepción, con el interesante concurso de un grupo de jóvenes devotas aficionadas al arte musical.

A cierta hora de la noche, la concurrencia afluyó en nutridos grupos llenando las naves.

Una sociedad selecta se había dado cita allí, y descollaba la juventud de ambos sexos como pocas veces, pues que iban á formar el coro damas de distinción y brillo.

Cuando la novicia entró con una hermana y Amelia para ocupar los sitios que les estaban designados, el hombre alto, grueso y velludo que ella había visto otra vez en un templo, humedecía los dedos en la pila bendita, y se persignaba.

Esto no obstó á que la mirase al pasar, de soslayo, como reconociendo en la jóven una persona á quien él debía una reverencia de forma.

Las religiosas desviaron su paso, hacia la escalera que conducía al coro. Minés iba detrás.

A mitad de camino la novicia volvió la cabeza á su izquierda, y vió apoyado en el cancel un jóven que parecía estarla examinando con delicada atención en sus menores movimientos.

Era un hombre bien constituído, de bizarra apostura, actitud serena y reflexiva, ojos obscuros de reflejos vivos, cabellera negra partida al medio con descuido, pero con gracia varonil, la barba entera recortada á los lados como sirviendo de marco de azabache á unas facciones pálidas de acentuada energía, en contraste con la expresión noble y abierta del conjunto. Vestía sin afectación, con sencilla elegancia y llevaba por única prenda un junco con pomo de metal dorado.

Sin que en rigor su voluntad interviniera, Minés lo miró breve instante con repentino interés, y experimentó una rara sensación, no explicable para ella entónces, ni horas más tarde.

Bajando la vista con algún rubor, terminó su marcha y fué á ocupar su sitio entre lijeros rumores de bienvenida.

A poco, hiciéronse oir los acordes del órgano, y luego voces argentinas y vibrantes.

Había allí un núcleo de bustos gentiles muy hermosos y de caras seductoras de cuyas gargantas manaban las armonías á modo de tañidos de cristal.

Los solos fueron deliciosos. La contralto

hizo suyos todos los oídos, y como nunca en esos actos, su raudal de notas agudas, finas, límpidas llenaron de arpegios y trinos las bóvedas; lo que unido á las demás sonoridades transformaba aquel sitio en sentir de muchos en un rinconcito del paraíso.

Cuando mayor era la atención puesta en el concertante solemne, Minés advirtió que el jóven del junco había cambiado de sitio, y colocádose junto á una columna de las próximas al altar, de manera que pudiera de allí dominar el frente del coro.

En más de una ocasión, con los de él se encontraron sus ojos, renovándose en la novicia la extraña sensación que había experimentado en su entrada á la iglesia.

Tan solo ella podía compararla con alguno de los estremecimientos misteriosos de su alma, después de salir de un rapto mental en goce contemplativo; pues era algo que nunca había pasado por su vida de completa abstracción de lo humano, hacía ya dos lustros, y que sin embargo tenía con lo místico, y sus ensueños de pintora, cierta conexión íntima.

Aquella cabeza juvenil, si bien de suyo

altiva, coronando un tronco robusto y una figura casi arrogante, ofrecía una singular semejanza con la que se había forjado en su cerebro para la tela infeliz.

Acudieron á su memoria las palabras finales del diálogo con su maestra, é involuntariamente, como atraída por una fuerza superior, en momento de descanso para ella en el coro, fijó sus grandes ojos pardos en aquel tipo selecto que se destacaba en medio de un grupo por su aspecto severo y varonil.

Llegó á sentir que estuviera un poco lejos..... Lo hubiera deseado más cerca para observarle con algún detenimiento, y explicarse entónces la causa real de su emoción.

Concluído el acto, inicióse pronto el desfile.

Algunas hermanas de caridad salieron de las últimas, y con ellas, Amelia y Minés.

En el pórtico, el hombre recio y corpulento, á quien acompañaba el seminarista Martín Gardello, decía á una superiora quintañona con una voz ronca que él trataba de hacer melíflua.

—Mucho cuidado..... La novicia tiene ya su sombra!

Oyó esto al cruzar la jóven; pero, muy ajena de creer que á ella se refiriese, aún cuando iba su ánimo preocupado y su vista inquieta tentara de cerca y lejos sondar la obscuridad de la noche.

El caballero del junquillo, no estaba en los contornos; al menos, no pudo divisarle entre los concurrentes estacionados por allí, ó que se retiraban en grupos.

Casi frente al convento, se hacía obra nueva y se habían levantado tabiques delante de los andamios.

Al llegar al átrio, en la parte más sombría formada por un ángulo de las construcciones, Minés pudo distinguir una silueta de hombre que estaba allí quieto y solitario.

¿Sería el mismo?

Se resistía á creerlo, aunque todo podía ser efecto de la casualidad.

Aquel jóven era uno de tantos circunstantes, creyentes ó nó, que concurren á las funciones religiosas, para distraer su espíritu con impresiones nuevas, sino es para orar.

La miró como lo hacían otros; pero lo cierto era también que ella había en este

caso, procedido con él de un modo distinto al observado con los demás: habíale concedido la atención de sus visuales expontáneamente, de una manera impulsiva, por un original encadenamiento de ideas y sensaciones.

No sabía lo que había hecho.

Si acaso había pecado, al distraer su ánimo con asuntos diferentes á los de su credo y su culto, convenía la oración de desagravio.

Así divagando á la hora de recogerse, se mezclaban á sus dudas las memorias recientes de las dulces frases de elogio que había oído en el coro, cuando ella hacía con su voz endechas y rimos alados.

Y de su plegaria hizo también un idilio con Dios.

Se acostó más tranquila.

Pero, hasta muy altas horas no concilió el sueño.

Apenas dormida, el ángel de la guarda que ella sospechaba siempre de pié á la cabecera, hubiera podido observar que á intervalos vibraban sus largas y negras pestañas, ó recorría sus lábios un lijero temblor cual si madulase un arpegio olvidado entre las emociones del coro.

¿Y porqué no había de interesarse además, de lo que soñaba, bajo la apariencia de un apacible reposo?

Sus pupilas de irradiación mágica, bien podían sondar los secretos de su corazón virginal, tierno, generoso.

Se hubiera enterado que soñaba con su busto de Jesús en proyecto, su tela y sus pinceles.... Con una cabeza que había visto, y que para ella no se asemejaba á ninguna otra; del gusto exquisito que tuvo de admirarla, y que ahora tenía otra vez delante, hermosa, atrayente, sugestiva.

La miraba á ella sin herirla, sin ofenderla, apesar de la fijeza de sus ojos, y esa mirada había penetrado en su alma no como dardo agudo que daña el pudor, sinó como un hilo de luz vívida, tibia, confortadora....

Qué mirar extraño! Le estaba diciendo un poema desconocido, un salmo en silencio, tan elocuente en su mudéz!....

Oh! así debía ser la cabeza de aquel sublime maestro que esparció verbo nuevo en el sermón de la montaña;.... que enseñó la virtud de amar á una mujer que odiaba en el valle de Siquem....

Amar! Qué palabra tan dulce!.....

La cabeza se fué aproximando lentamente, inclinóse hacia su oído, y susurró algunas frases incomprensibles.

Minés despertó sobresaltada.

La ténue claridad de la aurora se introducía por los resquicios difundiéndose tímida en la celda, hasta hacer perceptibles los objetos.

Todo estaba en órden. Ningún fantasma se erguía tras el caballete de pintura; el crucifijo de marfil seguía con sus brazos abiertos enclavado en la pared; la virgen del Cármen no había cambiado de postura en su repisa; y de afuera, acaudillado por el canto del gallo, venía un confuso rumor de pájaros, dueños en ese instante de los brotos y semillas de la huerta.

La novicia se mantuvo algún tiempo en el lecho, sin moverse, en suspenso, en tanto se atenuaban y desaparecían una á una las visiones de la noche.

No sabía ella qué pensar de sus sueños. Pero, aún siendo desvaríos, no hallaba en su fondo ningún dejo amargo.

La obsesión no se había producido. Los espíritus malignos no habían resistido alrededor de su persona.

V

Ensayo feliz

Era ya muy avanzada la mañana, cuando Minés que había cogido desde temprano la paleta, proseguía con afanoso empeño su trabajo pictórico.

Iba, venía, se paraba; situábase ora lejos, ora cerca para examinar mejor; sentábase por momentos, y siempre inquieta, descubríase con todo en su rostro un destello de placer íntimo, de amor propio satisfecho.

Un soplo de inspiración original empezó á estimularla desde que dejó el lecho; era un aliento poderoso nunca sentido, que abría horizontes á su espíritu y despertaba en él energías extraordinarias, decidiéndola á la obra sin vacilaciones.

La cabeza de su nazareno había dejado de ser un ideal intransmisible para el pincel,

antes rebelde: su verbo de artista se había encarnado: lo que su mente fervorosa había soñado se veía en la tela con sus principales contornos y lineamientos, sin necesidad de calcarlos en el lienzo de Herenice ó la Verónica: los cabellos profusos lucían en leves ondas: en los ojos profundos llenos de inteligencia, había una expresion exacta de la infinita amargura, que les trasmitía un encanto indecible: las barbas circuían sin desaire las facciones correctas: el fino bigote ensombrecía apenas el lábio encendido y entreabierto por la queja: las punzas bravías de la corona lúgubre salían de la tela, y en las sienes pequeñas gotas semi-diluídas de sangre muy roja daban realce á la tersura de la piel, ligeramente atezada por los vientos de los valles y los besos del sol en el desierto.

Al contemplar su obra, la novicia llegó á desconocerse. Alguna mano providente había guiado la suya al trazar aquel episodio de la pasión!

Pero ¿tendrían los demás la misma opinión favorable? Acaso fuese la suya un efecto de entusiasmos pueriles, de acendrado amor al motivo, que habría de desvanecerse á la primer mirada compasiva de su maestra.

¿Guardaría para sí sola su goce? Era un goce ingénuo que á nadie interesaba.

Amelia, tal vez Amelia que era buena y pura, podría ver antes que nadie su lienzo, ser con ella tolerante y generosa.

La llamaría, sí, para que le dijera la verdad, toda la verdad, pues ella creía tener un poquito de fiebre, y quizás estuviese disvariando....

Fué en busca de su amiga que en el acto condescendió y vino á la celda.

Estaba abierta la ventana, y colocado el caballete en sitio adecuado para el juego de luz.

—Mira,—dijo Minés temblando. Esta mañana pinté esa cabeza....

Amelia puso con extrema viveza los ojos en el lienzo, y luego en su compañera con asombro.

—¿Tú la hiciste, Minés?—preguntó recalcando en cada palabra como si abrigase alguna duda.

—Yo, sí,—contestó la novicia siempre temblando. ¿Está mal mi nazareno?

—Oh, no!....Tan hermoso no lo ví hasta ahora en los cuadros conocidos! Alguna santa te llevó la mano?... ¿Hablaste en sueños con la virgen, ó ... con él?...

—Ah, no soy tan dichosa! Qué buena eres Amelia que me dices esas cosas lindas.... Y sorprendida de pronto por un acceso de ternura, cogió la mano de su amiga para estrecharla entre las suyas.

Pero, ésta la abrazó del cuello, en un transporte de simpatía, y la besó muchas veces, diciéndole:

—Tú tienes mucho talento, Minés y te admiro...¿Pero, en qué te inspiraste para esto? Has estado en éxtasis, verdad?

—No....yo te diré; sí, porqué ocultarlo! Después de las horas tan llenas de impresiones gratas ¿te acuerdas?....

—Oh!...

—Bueno....me dormí muy tarde, y tuve un sueño...

—¿Vés?

—Un sueño raro, en que veía á Jesús sin cesar, como en un delirio ¿sabes?.... y luego....yo no sé si fué un ángel que me habló bajo al oído, tan quedito que no pude entender claro...

—Y cómo era el ángel?

—El ángel?—susurró Minés preocupada. No me acuerdo más...¿Porqué me preguntas como era?

Al expresarse así su voz tremulaba, y en sus ojos envelados por secreto lloro se pintaba una ansiedad profunda.

—¡Deben ser tan bellos!—agregó Amelia.

—Éste era muy bello!—repuso Minés; y reprimiendo una emoción se estrechó más con su amiga, como si necesitara de su consuelo.

—¿Qué te pasa?—murmuró Amelia abrazándola otra vez—cómo estás de conmovida! No es extraño.... Los ensueños trastornan un poco, aunque dejen grandes alegrías en el alma.

—No, no es nada...Una emoción mía, como otras veces que sueño...Guárdame el secreto ¿quieres? hasta que la señora Georgia me diga que piensa...

—Sí, que lo guardaré.

—Y ahora vamos á la huerta ¿es de tu agrado?....Siento ánsias de respirar mucho aire con olor de flores...

—¿Unos minutos? Porque llega hora de mesa.

—Sí, unos momentitos tan solo...

Las dos salieron presurosas, y pronto traspusieron la corta escalinata que daba al terreno cultivado.

Tenía algunos árboles frondosos y variedad de enredaderas. La brisa que llegaba de la

parte del río invadía el recinto templado por la irradiación meridiana, y sus leves ráfagas imprimían al follaje suaves escarceos.

Minés que venía pasando por fugaces transiciones, se sentía ahora ufana y contenta.

Escogía flores con más atención que otras veces, y aspiraba largo rato con delicia su perfume cual si recién advirtiese que eran primor de los sentidos.

Iba á cumplir pronto veinte y dos años, y parecía una niña de caprichos y travesuras inocentes.

Se agitaba y corría ágil por los senderos, contagiando á Amelia con sus risas armoniosas y sus raptos de enclaustrada que agota en un corto tiempo el placer de libertad.

Hacia mucho que no se le había ocurrido, como en esos instantes de luz y de expansión, cazar con un palito los insectos de coraza y perseguir las mariposas blanquirojas y amarillas en las parietarias de campánulas azules.

Cuando se detenía á respirar, con la cabellera en ondas sobre la sien y el pecho palpitante, alzaba plegadas las manos hácia el luciente sol, balbuceando ébria de gozo:—

oh, radiante estrella! cuán adorable eres después de las noches tristes!...

Amelia se reía de los arrebatos de su condiscípula, aunque los sentía reflejarse en ella, con una repercusión vibrante; la acariciaba, la ceñía á su cuerpo con abandono, y las dos unidas se miraban á los ojos, tiernas, embebecidas, juntando sus labios como sus picos las palomas, en santo coloquio de virginidades y de anhelos desconocidos.

Una vez que se desenlazaron con pena, parecieron asombrarse un poco de sus desahogos y recreos, y tornaron en silencio, algo pensativas, á los cláustros austeros.

Una conversa venía ya en busca de ellas, para anunciarles que había sonado la campanilla, y se les esperaba para formar y pasar al refectorio.

—Ay, si nos habrán visto! —prorrumpió Amelia cuando la lega se alejaba.

—No me parece,—dijo Minés con algún cuidado: pues, como su amiga, recién se dió cuenta de que se habían excedido en sus demostraciones de afecto íntimo.

—Arréglate el bucle debajo del tul.

—Y tú el lazo de la cintura.

—Ya está. Vamos....

—Espera, que se me ha entrado una piedrita en el zapato...

—Sácala pronto!

—Lista.

Y las dos, algo turbadas, como si se consideraseu autoras de una falta séria por los cariños que se habían prodigado entre los árboles, con la bendición del sol magnánimo y providente, se unieron al núcleo aún no completo de hermanas y novicias.

Pronto se cubrieron los claros, y entónces, entre rezos, se siguió marcha al refectorio.

No ocurrió nada de anormal en la mesa. Todo se hizo conforme á la práctica establecida. Gravedad suma en la superiora, sin un vocablo más de los indispensables para el mejor servicio. Silencio solemne en las comensales. Alimento sóbrio, salvo algunas pastas finas, obsequios de casas de las novicias admitidas previa inspección, sin mengua del respeto debido á la procedencia. Nuevos rezos al final.

Hasta en el ambiente frío de severidad y rigidez, parecía sentirse la influencia constante de la acción purgadora de almas.

Por la tarde, cumplidos sus deberes, asaltó á Minés alguna preocupación mortificante.

Pasaba por otra de las transiciones repentinas que la tenían en vagas zozobras desde el día anterior.

A sus alegrías inusitadas, habíase sucedido cierta postración de ánimo.

Renunció á su hora de recreo, y se impuso penitencia.

Recluída en la celda, oró mucho.

Ya de noche, al recordar que debía confesarse á fin de semana, meditó lo que había de decir al capellán del convento, porque ella creía que algún descargo de conciencia era necesario. . . .

Pero, ¿de qué? . . .

Sentía miedo de investigarlo.

Aunque ella no quisiera, muchas cosas bullían en su cabeza, con recuerdos muy vivos entrelazados, y escrúpulos en congestión.

Eran cosas provinientes de su amor á Jesús, adunadas por incidencias extraordinarias á otras mundanas, no concebidas por ella.

No creía haber caído en culpa. . . .

A pesar de eso, á alguna causa obedecían sus tribulaciones íntimas.

No la veía clara, precisa, terminante; era en todo caso como una nebulosa en su mente con una chispita lúcida en el centro casi opaco.

Para purgar estas máculas leves, si existían en rigor de fé, ó en escrúpulo de santidad, ¿no bastaba su penitencia voluntaria, expontánea y sincera?

Había hablado á solas con la virgen, y rogádole fuese su augusta mediadora en los cielos: y besado los piés al Cristo de marfil, elevándole en voz flébil como un hálito, una plegaria, de inmensa adoración.

No era entónces exigible la confidencia al capellán . . . . al menos sobre este punto.

Minés, entre tinieblas, á pasos cortos pero firmes, se dirigió al sitio en que estaba la bujía y le puso luz: y en tanto eso hacía, continuaba el soliloquio cada vez más hondo y afligente.

Pues que creía no haber pecado, eso solo le diría, y aunque él observase que era imposible como otras veces.

¡Pecar! . . . . No. Su conciencia no tenía torcedor alguno. Estaba limpia. ¿Porqué había de forjar una culpa, ó declarar una falta que nunca pensó cometer?

Haberle prodigado caricias á su amada Amelia, á escondidas, junto á las flores, cuando los pájaros cantaban y el sol ardía ¿era un pecado, de verdad?

¡Ay, no. . . . no podía ser! No había robado

ese exceso de ternura al culto de lo divino, porque fué un transporte santo de su sangre y de su alma imposible de reprimir. Sin embargo. . . . lo purgaría!

El confesor decía siempre que en la intención estaba el pecado. Hay días en que aturden estas cosas, porque la intención. . . .

La mirada errante de la novicia se encontró en ese momento con el lienzo del caballete, como pudo haberse detenido en la imágen del Cármen, ó en otro objeto cualquiera de la celda.

La bujía algo distante lo rodeaba de difusa claridad, destacándose apenas la pintura entre medias sombras sin contornos definidos.

Minés cayó entónces en las cavilosidades primeras, en la causa real de sus tribulaciones íntimas, sin apartar la vista de la tela.

Poco á poco, á fuerza de fijarse, compelida por su excitabilidad de espíritu, todo entregado á Dios, algún detalle llegó á resaltar en el lienzo; pero ya no la chispita lúcida en el centro de su nebulosa mental, sino dos ojos de expresión apasionada é intensa, con los reflejos melancólicos del lucero de la tarde.

La jóven sufrió entónces una conmoción igual á la de la pasada noche, y sintiéndose débil y abatida se arrojó en el lecho.

Extremecióse muchas veces, en silencio.

Después se quedó en sosiego.

Parecía vencida por un sueño piadoso.

Con todo, en la calma de la alta noche, si por allí vigilaba fiel su ángel de la guarda, pudo oír de vez en cuando algún sollozo entrecortado ó algún vago lamento indefinible.

VI

La opinión de Tácito

En el transcurso de algunos años, Ricardo Valdemoros había pasado por duelos de familia.

La primera pérdida fué la de la autora de sus días, siguiéndose la del padre meses después, cuando él estaba al comienzo de su último curso en aulas.

Estos sucesos, lo obligaron á ausentarse para la ciudad del interior en que siempre residía su familia, permaneciendo allí largo tiempo, consagrado al arreglo de los intereses de la sucesión, que eran múltiples y valiosos.

En posesión de su parte de herencia, quiso recuperar el tiempo perdido para concluir su carrera, dedicando á este fin todos sus afanes.

De vuelta á la capital, se encerró en su casa con los libros, sin más compañía que la de Cirilo, un cambujo de veinte años, ágil y fornido, que se había criado en su hogar y era un doméstico activo y despierto de su mayor confianza; y un matrimonio de horticultores que vivía en el fondo, y cuidaba de la huerta y el pequeño jardín.

Salía muy poco y á determinadas horas.

Muy raras veces regresaba tarde, y cuando esto pasaba era que le habían retenido en algun club político las controversias ó temas del día, á los cuales él dispensaba bastante interés por ideas y tradiciones de familia.

En ciertas ocasiones hacía paseos á caballo por las afueras, recorría largas distancias y se daba el placer de correr á toda rienda por campos abiertos para no olvidar sus ejercicios en la estancia durante las vacaciones.

Cirilo, que era como él tan hábil en el manejo del caballo brioso, solía guiarlo en sus excursiones, y conducirlo como descanso á parajes donde se tocaba la guitarra y se hacían oir aires criollos de sabor silvestre y melancolía de pago.

Sus duelos íntimos y ciertas memorias dulces que nunca había podido desvanecer, y á

lapsos se reproducían en su mente, siempre frescos y gratos, aunque rodeados de esa tristeza vaga que acompaña á lo ya remoto, le inclinaban al retraimiento, y aún á la soledad, salvo estos casos en que se prodigaba y expandía como en la edad de la adolescencia.

Las paisanitas se decían entre ellas al oirle cantar «vidalitas» bajo un ombú, que no valía servirle «mate», con el pié bien calzado y una flor roja en el cabello; pues aquel guapo mozo debía tener más de dos novias sin él saberlo, «si es que sabiendo, más no tenía.»

Después de esto, sus diversiones eran muy mitadas. Apenas concluía su almuerzo, se paseaba un buen rato por el jardín y la huerta examinándolo todo. Luego volvía á sus libros.

Por la noche gustaba un poco recorrer las riberas, en la estación balnearia, y reunirse con determinados condiscípulos para departir sobre materias de estudio.

Las de carácter político tenían también su hora exigible, pues que siempre sus influencias avasalladoras embargaban los dos tercios del ambiente social.

Como era adusto y un tanto reconcentra-

do, mantenía distantes las meras relaciones que no tenía interés en cultivar.

Poseía el don de la selección; pero, llegado el caso, sabía tolerar á los nécios.

A título de compañero de la infancia, solía hacerle de vez en cuando una visita corta y un tanto ceremoniosa Martín Gardello, alumno del seminario, que estaba á punto de cerrar carrera.

Martincho, como él y los de su tiempo lo llamaban, no había cambiado más que en las formas las cualidades de su temperamento osado y díscolo.

Se sentía bien dentro de los hábitos y el ritual; y en el fondo de sus genialidades, Ricardo pudo verificar en más de una ocasión que los primitivos instintos habían alcanzado un desarrollo y crecimiento notables en la índole moral del catecúmeno.

Estableciendo comparaciones admisibles á través del tiempo, los vibriones eran casi anguilas ya que no murenas. No obstante sus demasías é imprudencias, él lo recibía y toleraba, gozándose de oirlo tras el broquel de su ánimo estóico y de sus principios de estudiante aventajado y sesudo.

Aún persuadido de que algunos precep-

tos teológicos ó determinadas leyes canónicas, contrariaban la lógica, menos exigente. Martín los sostenía con vehemencia y no aceptaba réplica que se apartase un punto del criterio con que según él debían juzgarse.

Ricardo reía benévolamente, y daba otro giro á las ideas. Veía en Gardello un escolástico sin sutileza.

Más, todavia.

Ricardo era un convencido de que Martín había errado la vocación, como tantos que al principio se creyeron con aptitudes para la vida mística.

Su camarada de la niñez las poseía, antes bien para afrontar con osadía los riesgos de la selva obscura *nel'mezzo del cammin*, según el dantesco terceto de bronce, que predestinadas por extrema sensibilidad piadosa á los senderos de Dios.

Vivir en el mundo para combatir lo que es del mundo con elementos exclusivos del cielo, no era de sus impulsos, ni estaba en su idiosincrasia.

Desde que se puso la sotana, dió sin él saberlo el primer traspiés. Su latinidad, su filosofía y su teología, no produjeron en su

intelecto la evolución necesaria, para predisponerle con base sólida y determinarlo á la perpétua misión contemplativa.

El castigo del cuerpo y de la pasión carnal era función terrible de toda la existencia; y esto lo comprendió cuando su temperamento empezó á arder, á influjo de tentaciones que se iban multiplicando á medida que pretendía ahuyentarlas con el calor de la fé, así como se forman y renuevan las nubes merced al mismo sol que las diluye y esfuma en los espacios.

Pero, bueno era seguir adelante, pues el hábito le convenía por más de una razón egomista.

Ya se había tonsurado, y despuntaba el final de la carrera. La consagración le abriría horizontes.

Ocurríasele pensar á Ricardo, que al camarada de juegos infantiles le pasaba en esto lo que á muchos hombres en otro órden de ideas y profesiones.

Después de incurrir en errores y culpas, por haberlas equivocado, persisten sin embargo en pontificar, considerándose varones libres, cuando no han sido ni son más que libertos.

Sentía cierto placer, con las visitas de Martín, disculpándole todas sus intemperancias, por ser un extremo antagónico de sus opiniones y doctrinas; al propio tiempo que le agradaba la tarea de prepararle cuestiones diversas que pusiesen á prueba su lógica, y concluyeran por alejarlo pronto.

De ahí que tocase con frecuencia el tema filosófico ó religioso en esas entrevistas, con la natural fruición del que ama el estudio y se disciplina en el debate.

Tenía Gardello por costumbre exasperarse en esas familiares discusiones y caer en la disputa, y en tales casos su ancha nariz dilataba las fosas y roncaba por allí.

Entónces Ricardo le decía con mesura:

—Vuelve á tus salmodias fúnebres, que me agradan más que los sones del órgano mayor.

Martín se iba muy incomodado, y dejaba luego pasar muchos meses sin venir.

Poca pena causaba esa conducta á Ricardo, quien, en puridad de verdad, lo esperaba siempre sin sorpresas, y lo acogía sin ódio y sin amor.

Muy interesado estaba cierta mañana con una lectura de Tácito, abiertas las puertas

y ventanas para que entrase á raudales la luz del sol, cuando se presentó Gardello con su vestimenta talar negra, su faja azul y su sombrero de teja.

Se dieron las manos como si entre ellos no hubiera mediado nunca diferencia sensible, y se viesen con frecuencia.

—He venido á interrumpir tu lectura.

—Tiempo hay para reanudarla.

—No, prosigue, si tenías un tema de halago. Yo leeré contigo y después departiremos.

Ricardo, que aún seguía abstraído, se sonrió apaciblemente, y dijo:

—Es un episodio que cuenta siglos: el incendio de Roma por Nerón.

—Libro profano.

—Anales de Tácito.

—Lleno de incomparables heregías.

—Libro décimoquinto—prosiguió Ricardo, —acápite XLIV, que narra las crueldades del césar con los fieles á Jesús.

El parágrafo es muy singular, porque es el único que el famoso moralista consagra á la memoria del apóstol y á su prédica.

—Lée esa fábula: la conozco!—dijo Gardello con tono desdeñoso.

—Es cosa de dos minutos—observó Ricardo, siempre con faz risueña. Tácito explica primero las verdaderas causas del incendio, y menciona la versión circulada en la plebe de que el desastre era obra de los sectarios nuevos.

—Y que, como el *venticello* de la calumnia se hizo tromba después, para confundir la virtud y la inocencia.

—Ahí verás.

Y Ricardo leyó en voz clara y serena:

«Y así Nerón, para divertir esta voz y descargarse, dió por culpados de él, y comenzó á castigar con exquisitos géneros de tormentos á unos hombres aborrecidos del vulgo por sus excesos, llamados comunmente cristianos. El autor de éste nombre fué Cristo, el cual, imperando Tiberio, había sido justiciado por órden de Poncio Pilato, procurador de Judea; y aunque por entónces se reprimió algún tanto aquella perniciosa superstición, tornaba otra vez á reverdecer, no solamente en Judea, origen de éste mal, pero también en Roma, donde llegan y se celebran todas las cosas, atroces y vergonzosas, que hay en las demás partes. Fueron pues castigados al principio los que profe-

saban públicamente esta religión, y después por indicios de aquellos, una multitud infinita, no tanto por el delito del incendio que se les imputaba, como por haberles convencido de general aborrecimiento á la humana generación.

Añadióse á la justicia que se hizo de éstos, la burla y escarnio con que se les daba la muerte.

A unos vestían de pellejos de fieras para que de esta manera los despedazasen los perros; á otros ponían en cruces; á otros echaban sobre grandes rimeros de leña, á quién, en faltando el día pegaban fuego para que, ardiendo con ellos, sirviesen de alumbrar en las tinieblas de la noche. Había Nerón dispuesto para este espectáculo sus huertos, y él celebraba las fiestas circenses: y allí en hábito de cochero, se mezclaba unas veces con el vulgo á mirar el regocijo, otras se ponía á guiar su coche, como acostumbraba. Y así, aunque culpables éstos y merecedores del último suplicio, movían con todo eso á compasión y lástima grande, como personas á quién se quitaba tan miserablemente la vida, no por provecho público, sinó para satisfacer á la crueldad de uno solo.»

—En pocos renglones, toda una escala de blasfemias!—prorrumpió Martín. Felizmente las consigna una obra fósil.

Ricardo, con la mano en la frente, murmuró pensativo:

—*Superstitio rursus*....

Y después, con gran calma, agregó:

Lo que es de admirar es que un varón de tan vasto entendimiento y de ética tan rígida, no haya adivinado entónces que aquellos sucesos, siquiera hubieran sido de órden secundario, eran preanuncios.... No haya presentido con clarovidencia, que podían ser los primeros efectos de una evolución formidable en el mundo de las creencias durante largos siglos....

Y, mira Martincho: alrededor de esta ocurrencia, más de una disquisición sociológica sería discreta, pertinente...

—Impertinente dirás: porque para mí es la cosa más natural que un ateo se pronunciara en tales términos, respecto al hijo de Dios y al verbo hecho carne.

—Y porque de él hicieron carne, se la comieron los leones,—agregó el estudiante filosóficamente.

—Oh! contigo no es posible tratar en sé-

rio una cuestión religiosa. Te estás contaminando con todos los pecados, y para nada tienes en cuenta la salvación de tu alma. Yo te conjuro....

—Antes escucha,—le interrumpió el jóven con aire caviloso, poniéndole suavemente la mano en un hombro. — Quiero, ya que en lecturas nos entretenemos, enseñarte dos líneas de otro libro que no es fósil, como tú calificas lo clásico....

Es de nuestro tiempo. Hay mucho en sus páginas que invita á meditar... al menos, á los que viven estudiando y sueñan con los grandes pensamientos que enamoran....

Aguarda. Es éste...

Y extrajo un tomo elegante, que estaba debajo de una regular pila de volúmenes.

Lo hojeó breves momentos, y con mano hábil dió con sus citas.

Las tenía anotadas al márgen.

—Atiende ahora. El primer juicio lo formula el biógrafo, de esta manera, refiriéndose á Jesús:

«Sócrates y Molière no hacen sinó arañar la epidermis. Jesús introduce el hierro candente hasta la médula de los huesos.»

¿Es eso exacto?

—¡Que falsario! El redentor era todo pura bondad, infinita clemencia, aún para sus mortales enemigos.

Ricardo pasó al segundo, con un acento de inflexiones raras y diversas, como si quisiera posesionarse en absoluto del valor intrínseco de las frases y de las proyecciones ocultas de la intención que las inspirara, y como si estuviera solo con su pensamiento y su goce intelectual:

«Y él, que tan dueño de sí mismo y desembarazado se encontraba en las márgenes del risueño lago de Tiberiades, se sentía incómodo y como fuera de su centro junto á aquellos pedantes. Sus perpétuas afirmaciones de sí mismo llegaron á tener algo de fastidioso, y, á su pesar, tuvo que hacerse controversista, jurista, exégeta y teólogo. Su conversación, tan llena de gracia ordinariamente, llega á ser un fuego graneado de disputas, una sucesión interminable de luchas eclesiásticas. Su armonioso génio se gasta en insípidas argumentaciones sobre la ley y los profetas, en las cuales desearíamos no verle algunas veces el papel de agresor.»

—¿Y esto?—interrogó Gardello, con el ceño fruncido y temblantes las álas de la nariz.

—¿Esto? — repuso Ricardo con su reposo inalterable. Para comprenderlo bien sería preciso recordar todo lo pasado á orillas del Tiberiades y en el valle terrible de Ghenna; los hechos y calidad de sus adversarios; y por fin, el espíritu y tendencias de la época...

Pero, en el fondo, no sé porqué me imagino que él también perdía muchas veces la paciencia, si á lo que afirma este autor, agregas los latigazos á los mercaderes....¿No es cierto?

—Una impostura propia de quien no tiene fé en nada....Y á qué vienen las citas excépticas é innobles, de hechos sin prueba ni fundamento alguno, que acabas de leer con deleite?

Ricardo colocó el libro sobre las rodillas, y mirándole otra vez sonriente:

—Para mostrarte—dijo—que tú tienes un poquito del carácter que se atribuye á Jesús..

—Como ese es un sacrilegio no te acepto el paralelo, aunque se trate de defectos. No te alabo el gusto estragado de tus selecciones literarias, y es hora de que te deje.

—Bien se advierte que ni siquiera por curiosidad juvenil, has leído las Memorias de Júdas de Petrucelli della Gattina!

—Hasta otra vista!—gruñó el seminarista sulfurado.

Y hundiéndose bien el sombrero de teja, cuyo borlón tremuló á impulso de su excitación nerviosa, partió á gran priesa.

—Consuélate! — gritóle Ricardo, riendo.— El autor y el libro están excomulgados.

VII

Teoría y parábola

En el día que se siguió al de la función religiosa en la Concepción, Martín Gardello, con plan hecho, á juzgar por su ánimo resuelto, se encaminó á casa de Ricardo en la hora que acostumbraba visitarle por temporadas.

Apesar de los enojos con que casi siempre concluía las pláticas, por él transformadas en controversias ardientes, y de no retribuirle su amigo las visitas con la corrección debida; y, de lado la intención que ahora lo inducía á verle de nuevo, el hecho es que Ricardo ejercía en su espíritu la sugestión propia de los caractéres elevados, obligán-

dole á reservarse sus inquinas y emulaciones para mejores tiempos.

Lo que no hacía desde meses atrás, había absorbido en Ricardo gran parte de la mañana, y era ello la lectura del evangelio por san Mateo.

Algo de extraordinario debió estimularlo á este ejercicio espiritual, pues no entraba en sus hábitos dejar de mano los libros de ciencia, sus amigos predilectos.

De lo atento de su lectura, daban fé á las márgenes de las hojas, anotaciones ó comentarios de ciertos pasages.

Momentos antes de presentarse Martín, había puesto el texto sagrado en la mesa de luz, y quedádose muy meditabundo, con la vista en el techo, como si estuviese recordando cosas interesantes ó impresiones ha poco sentidas.

La aparición de Gardello, en esa oportunidad, le produjo algún efecto.

Lejos de darlo á conocer, hizo sentar al seminarista como otras veces á su lado, y lo trató con su afabilidad invariable.

—Vengo á felicitarte, — dijo Martín con cierta unción evangélica.

—Me dirás por qué.

—Por haberte visto anoche en la iglesia, contraído por largos instantes á la ceremonia.

—Ah!

—Ya es mucho Ricardo, para los que te estimamos, que tu hayas pasado del pórtico y mantenídote en el recinto sagrado con el respeto digno de tu persona.

—Sí,—repuso el jóven con aire distraído. Entónces, tú me viste?

—Y me sorprendió agradablemente, como á otros cuya relación tu no cultivas, pero que te aprecian de veras.

—Gracias.

—También, no podrás negarlo, mediaba un motivo al concurrir á esa fiesta, muy satisfactorio para nosotros; y era el de la asistencia al coro, de nuestra amiguita de la infancia María Inés, cuya voz de canto cautiva á todos.

Se ponderan los dones de su garganta, así consagrados á los himnos de magestad.

Esto diciendo, con estudiada circunspección, las narices de lebrel bien abiertas, y muy móviles sus redondos ojos, Gardello tuvo más de una visual rápida para Ricardo.

Ni un músculo se contrajo en la faz del

estudiante, quien á su vez lo miró en las pupilas con firmeza, sin decir palabra.

—Sabrás que se ha resuelto á profesar de hermana,—continuó Martín, — y que va corriendo el tiempo de prueba.... Hasta se afirma que hará voto de castidad. Pocas como ella tan bien preparadas por la comunión, el exámen de conciencia y la lectura de doctrina para el nudo celestial, resultante del castigo de las pasiones mundanas y de la concentración del corazón y del alma en lo divino. Es un dechado de purezas.

Esta vez, observó á Ricardo de lado, aguardando una manifestación cualquiera de amistad ó de recuerdo.

Valdemoros continuó impasible, sin desplegar los lábios.

Ante su rostro de mármol, el seminarista se desconcertó un poco. Parecía que aquel carácter no tuviese parte débil, que hubiera sido fundido para enclaustrar las emociones dentro de arca de acero.

—Noto que no te causa mayor interés nada de esto,—añadió Martín ante el fracaso de su plan. La ciencia infusa de Dios, en virtud de la cual, las almas creyentes y extasiadoras, llegan á refundirse en el seno

de la divinidad, no es de tus preferidas, y hago yo mal en discurrir sobre cosas que le atañen.

Siguióse una larga pausa.

Después, como saliendo de un sueño, Ricardo, en actitud de recapitular ideas—dijo lentamente:

—La ciencia infusa. . . . Con solo enunciarla está demostrada: misterios á base de fé.

Así me explico que se apele al éxtasis, es decir, á una especie de histérico, á una suspensión del uso de los sentidos, á una peregrinación mental más allá de los espacios estelares según lo definen los místicos y lo acaudalan los filólogos, y que se busque como recurso para incautar candores y sustraer cariños á la tierra. . . .

—¿Que estás diciendo incrédulo?

—Si, á la tierra que calienta, que germina aparte de otros brotos y frutos, flores de carne para que sean delicia del hombre, lo embriaguen con su esencia y lo rindan con su hermosura. . . .

Oye Martín, esta divagación mía, si así la quieres considerar . . . . La excelsitud del nazareno está precisamente en el hecho de haberse sustraído á las pasiones humanas,

por excepción á la ley universal; y al decir que su reino no era de este mundo, implantó, depurada y vigorosa la semilla de la religión del amor....no del que tu hablas, sinó del amor terreno, con todas sus encantos y dolores.... Piensa como más tarde, la iglesia católica se asimiló el amor espiritual que Dante preconiza en Beatriz....

—Para afianzar el vínculo indisoluble.... El alma de Beatriz era extasiadora y confirma la palabra de Cristo.

—No: lo que confirma es que á la simple lujuria era preciso ponerle un freno, para que la especie saliera de su extrema corrupción, y se salvara.

—Jesús condena el mero deseo impuro, dice la doctrina.

—Y vuelves á tus ideales de célibe impecable! La sana razón y aún la leyenda religiosa, dicen que los seres han nacido para quererse, juntarse y reproducirse.

—Entónces, tú no reconoces que hay algo que se asemeja á suprema virtud, y aún á sublime martirio, en la resuelta voluntad de abstenerse y dedicarse en absoluto á la vida contemplativa?

—Lo que en el fondo encuentro, es flaca

voluntad para la lucha, — que es acto y es ley anterior á toda satisfacción ó delicia....

—Las ideas de los libre pensadores ó racionalistas, que lo mismo importa, me hacen acordar á las llamadas serpentinas que yo ví cuando chico.

Pasan de los colores más fuertes á los tonos medios, y después á los más débiles, para volver á los muy subidos, según el enfoque de la exageración ó de la hipérbole. Así, podría decirse que ensayan todas las teorías, para quedarse al fin sin ninguna que valga una creencia consoladora.

—Yo no pretendo ser sectario. Juzgo de esas cosas según mis alcances, y las respeto. Pero, veo que de los procederes lógicos del libre exámen en filosofía, tú haces un truecatintas; y no salgo de lo cierto, porque los has comparado con las variantes de la luz blanca á través de cristales de colores.

Tú tenías otro símil, y lo callas, acaso por espíritu de equidad!...

—¿Cuál?

—Este: en lo alto de un campanario una veleta, y al extremo de ésta, inmóvil en lo móvil, un signo...

—Sí, una cruz por ejemplo! La ocurrencia

es feliz, y la acojo. Por supuesto, es lo único que no cambia, que está siempre fijo y firme á través de los siglos y de las revoluciones, por que es símbolo de fé, y la fé es la que obra milagros. Acuérdate que Cristo dijo al enfermo por él atendido: no te he sanado yo, te curó tu fé.

—¿Y qué hizo en el pozo de Siquem?

—La inoculó en un espíritu hostil.

—¿Y con la adúltera acosada por la turba?

—Condonó la culpa, y la absolvió de pena.

—Toda la doctrina reposa entónces en la moral absoluta del sentimiento,—repuso Ricardo con acento grave y tranquilo. La parábola mediadora entre la ley mosáica y la ley romana, nada dijo de nuevo; pero tampoco confirmó lo viejo. El que no haya pecado, tire la primera piedra. En el fondo de esto solo se ve la clemencia, que va contra la ley; pero, que puede ser hija de la justicia.

Y, ahora verás... Yo tengo también mi evangelio en glosa... Sin pertenecer á tu religión positiva, venero lo que en ella sublima el sentimiento. En cuanto á las ideas, ya habían hecho camino en Oriente antes que las condensara en su prédica el maestro de Nazareth.

Lee, si quieres, esta nota marginal...

Cogiendo el libro de la mesa de luz, abrióla al medio, donde indicaba una cinta verde, y se lo pasó á Martín Cardello.

El seminarista, hasta ese momento, se mostraba más tolerante y afable que otras veces.

Recibió de buen grado el volúmen, y leyó en tono de complacencia:

«No falta quién niegue el episodio.

De todos modos, la parábola queda.

Queda como una frase de luz, en la inmensa sombra de la impenitencia mundana...

Cuento viejo, es cierto; pero sin ser paradoja siempre nuevo, de todos los días, de todos los pueblos, de todos los climas, pues que siendo la parábola profundamente humana tiene aplicación á todas las profesiones y todos los gremios, en la ciencia, en la literatura, en la política, en la prensa, en la crítica, en las artes, en la milicia, en el foro, y repite en todos los tonos: mejor es perdonar que odiar: no basta invocar la ley para el castigo: la ley puede ser mala y el juez falible: no habléis del pecado los que habéis vivido y vivís en el pecado: con esa piedra dáos primero en la frente los que decís respetar la ley por el solo egoís

mo de que se aplique á otros: por una sola mácula no condenéis al que es puro los que alentáis un corazón podrido: distribuir justicia no es lapidar, sinó impeler á cada uno, á lo que cada uno se debe á sí propio y al derecho ageno: antes que afrentar al semejante que arrastra resignado su desdicha, fijaos si bajo las ropas no lleváis la marca de algún verdugo, de esos sayones invisibles que azotan sin piedad los cuerpos y ponen lepra en las almas....»

Ricardo, en este punto, retiró suavemente el evangelio de las manos de Martín, diciendo:

—Desearía que en un día feliz desde el púlpito, al final de un sermón inspirado en estos temas, dirigieses á los penitentes contritos bajo las bóvedas del templo éstas ó parecidas palabras:

El que de vosotros haya perdonado alguna ocasión por la sola fé pura, no por interés, que se ponga de pié en nombre de Dios!

—Supuesto el caso,—observó Gardello un poco turbado,—¿porqué no habían de levantarse todos?

—Por que serían hipócritas en su casi

totalidad: ó no habrían pasado por la doble prueba de los ódios y de los amores, lo que es inverosimil.

Si hay excepciones, las considero dignas de Jesús—el augusto rabí de Galilea.

—Hoy te encuentro más excéptico é irónico que nunca! Sin duda incluirás en la lista á los que usamos hábitos?

Ricardo cambió de ceño, y miró sonriendo al seminarista.

Tras breve silencio, contestó afable:

—Tu has de tener el alma toda blanca, como el ropage de las vírgenes en la primera comunión.

Martín Gardello se levantó, calóse el sombrero de teja y fuése sin decir palabra.

El estudiante, con silbos suaves y cadenciosos, se puso á preludiar la romanza «Salve dimora....»

VIII

Una conversa piadosa

Cirilo, á quien el jóven dispensaba confianza sin reservas porque era respetuoso y discreto, y sabía que por él haría el sacrificio de su persona en cualquier circunstancia, entróse al cuarto de estudio con pasos muy medidos á poco de haberse marchado el seminarista.

—Don Ricardo,—dijo con semblante muy expresivo,—ahora que he visto salir á un hombre de iglesia, me se viene á la boca el nombre de mi tía Marcela, que sabe usted sirve en un convento hace años....

—Es verdad que me lo has dicho. Quiere salir?

—Si señor; pero para trabajar aquí en casa, en lo que se la ocupe.

—Y qué le pasa?

—No le pasa nada que valga, sinó que no le gusta la superiora por que tiene mal

génio, y es medio gruñona...Ella dice que queriéndolo á usted tanto, no comprende como no está á su lado para atenderlo en todo... Es vieja, pero todavía guapita para el arreglo de casa. Nunca se enferma, no es pedigüeña, y se enoja solo con los cargosos cuando golpean mucho la puerta de calle.

—¿En qué convento se encuentra?

Cirilo dió el nombre y dirección.

—Ah! Cuando tú me hablaste de esto, no atendí bien los datos.

Con mucho gusto la colocaré aquí.... Me acuerdo de Marcela, que era buena y cariñosa conmigo, cuando niño, lo mismo que tu honrada madre.... Puedes decirle que estoy muy en ello, pero que no deje su empleo hasta que no conversemos sobre el asunto.

Ignoraba que á tu tía le gustasen los claustros.

—Gustarle, á según, señor... Por necesidad se entró la pobre allí. Como no se casó de moza, de vieja le dió por servir en monasterio, creyendo que la vida sería más sosegada que en muchas partes donde hay quehaceres fatigosos. Y ahí anda con su gorra de criatura y su delantal hasta el suelo.

—Será conversa?

—Eso mismo! Las hermanas y novicias la tratan bien por que ella es hacendosa y humilde, de mucha conformidad... Siempre la mandan en busca de cosas de bordados y de flores, pues es entendida y no la engañan los merceros.

—Ya! Ojo experto. ¿Puedes verla hoy?

—Sí, señor. Por costumbre yo llamo, y hablamos un ratito en el átrio.

—Bueno. Dile que aproveche una salida, y venga esta tarde.

—¡Qué gusto va á tener!

—No pierdas tiempo. Toma.

Y sacando de su cartera un billete de banco se lo entregó, añadiendo:

—Dáselo á Marcela, y que lo acepte para sus urgencias sin observación ninguna.

Cirilo se fué; y Ricardo se quedó un tanto meditabundo, de pié frente á la ventana, con la mirada errante en los follages, como abstraído por este incidente al parecer sin importancia.

Sin duda la tenía, porque él dijo á media voz, siguiendo en la mente un plan combinado de pronto:

El medio era lo difícil.....

Tal vez tenga éxito el que se presenta.

Paseóse largo rato por la habitación sumergido en reflexiones, y casi maquinalmente se dirigió al jardín.

Ciertas plantas predilectas cambiaron la dirección de su pensamiento, y se puso á examinarlas una por una.

En un pequeño invernáculo había helechos y céspedes de escasas dimensiones. Tenían por compañeras rosas de la China, de anchas campánulas color purpúreo aterciopelado y un elegante pistilo concluído en penacho de filigranas. Las violetas empezaban á abrir, iniciándose las blancas como estrellitas de nácar entre las matas de un verde sombrío. Los nardos no se habían agotado, ostentándose muchos todavía apiñados al extremo de sus liseras que difundían denso aroma voluptuoso.

Madreselvas y jazmines del país entrelazados con amoroso abandono, lanzaban hácia fuera sus guías cargadas de pétalos, como prodigando la envidiable esencia de sus mágicos idilios.

Al pié de un limonero, las losas estaban sembradas de hojas de azahares, y en una maceta puesta junto á su tronco, un jazmín

de los Alpes brindaba sus ramas color lila á los insectos zumbones que habían desflorado el árbol con insaciable deleite.

Como dos de ellos volteasen veloces en redor de la cabeza de Ricardo, y lo viese el jardinero desde un rincón, prorrumpió risueño:

—No los espante, señor, que es de buena señal que los bichos obscuros jiren delante de los ojos, y no piquen.

—¿Porqué es así, Jerónimo?

—Porque entónces no largan la hiel y ponen la miel.

—Túrbia como el abejón es la consecuencia. Con todo, no les haré daño.

—Es que hay muchas clases de esos bichos venenosos en el mundo, y más vale no hostigarlos.....

—Por ahí sí veo un poco clara la cosa. Pero flores y frutas, las más ricas, se han hecho para ellos.....

En esta plática familiar estaban cuando regresó Cirilo, quién comunicó á Ricardo que dentro de una hora vendría la tía Marcela, cuyo gozo y contento la habían llevado á los extremos de besar á su sobrino en el pórtico mismo, á riesgo de una amo-

nestación severa por la demasía en la ternura.

Suerte era, según Cirilo, que no vió aquello ninguna hermana ó conversa.

—Está bien,—dijo Valdemoros. Cuando llegue hazla pasar al escritorio, á donde yo vuelvo.

Todo ese lapso de tiempo, lo dedicó á escribir algo que concentró su mayor atención en el papel, como si en realidad lo que hacía hubiese puesto en juego las fuerzas vivas de su espíritu, y las fibras de su sensibilidad moral.

Leyó una y más veces, á tréguas, lo que había trazado y al fin pareció encontrarlo á su gusto.

Luego escogió una hoja de papel fino con lijero tinte celeste, á que hizo un pequeño márgen, y se puso á transcribir con letra muy clara su obra del momento.

En esa tarea, ya casi concluída, le interrumpió Cirilo para anunciarle la presencia de Marcela.

—Que entre,—dijo Ricardo dejando la pluma.

La tía de Cirilo era una viejecita ágil y despierta, aseada y pulcra, de modales sua-

ves y voz dulce de gran mesura. Traía en la cabeza una especie de cófia muy blanca, como único indicio de su cargo promíscuo, y en el semblante pintada la satisfacción de que se sentía poseída en aquella hora para ella de gratísima sorpresa.

Ricardo le dió afable la mano, y la hizo sentar cerca llenándola de palabras alentadoras.

—Ah, don Ricardo! Hacía mucho tiempo que no pasaba yo por una alegría tan grande, como ésta que me ha causado Cirilo al decirme que usted era gustoso de que viniera á servirlo en su casa..... Es verdad, eso?

—Sí, Marcela, todo es cierto, y yo tendré placer en mejorar su condición, pues á sus años las tareas diarias pesan demasiado.

—¿Le parece á usted? Verá señor como yo sola arreglo su casa y dejo todo en su sitio en corto tiempo.... Tengo mucha práctica. Y además sirvo para la cocina; en el convento suelo hacer algunas pastas que gustan á todas... coso y bordo un poco....

—De todas sus habilidades estoy enterado; pero aquí no pondrá en juego sinó algunas, las más necesarias.

Antes, Marcela, debo serle muy franco: yo deseo que usted me sirva en el convento.

—¿Y, cómo señor?

El rostro de la conversa reveló un gran asombro.

—Le explicaré.

Voy á hablarle bajo promesa de absoluto secreto.

—Oh, seré como una muerta!

—Así lo espero, buena Marcela, y yo compensaré como es debido su abnegación. Para usted no habrá compromiso alguno si cumple estrictamente con mis instrucciones; y si llegase á contraerlo por cualquier circunstancia no prevista, yo estoy para salvarla de las responsabilidades, sean ellas cuales fueren.

¿Está usted atenta?

—Con todos mis sentidos.

—Bien. En el monasterio que usted sirve hay una persona que yo estimo mucho, y con quien por causas poderosas, anhelo comunicarme, aunque no obtenga correspondencia. Mi interés por ahora, se limita á que ella me lea.

Para esto, el medio discreto sería la intervención de usted.... No se alarme Mar-

cela; será la amable interceptora de dos espíritus, sin dejar rastro de sus pasos; algo así como una hada benéfica de los cuentos que entra y sale de los aposentos en un rayo de luna.

—¿No me verán, entónces? -indagó la conversa cada vez más sorprendida.

—No. Ni la verán, ni se hará usted ver, ejecutando mi mandato que es honesto, en horas apropiadas.

—Estoy ansiosa por saber.....

—A su tiempo. Nada tiene usted que hablar con la persona aludida, y su misión se reducirá á colocar una pequeña hoja escrita por mí en el libro más predilecto de oraciones, siempre que yo se lo recomiende.

Naturalmente, nadie mejor informada que usted de las costumbres del convento, y de las oportunidades propicias en que quedan solas las celdas.

—Si, si, yo sé bien esas cosas!

—Lo he supuesto, y veo no equivocarme.

¿Le sería difícil, Marcela, poner mis confidencias escritas dentro de un misal cualquiera, ó de un.....

—Pasionario?—le interrumpió la conversa brillándole los ojos.

—Esto es, aunque ignoro si en cada celda lo hay.

—Si, señor, en todos está, porque es el libro de la historia de Cristo.

—Mejor, si es el usual....

Se trata de una amiga de la infancia, que nunca he olvidado, y que ahora me consta quiere profesar.

—¿Es novicia?

—Si.

—Muy bella, de ojos pardos muy grandes y cabellera negra?

—Son sus señas.

—Oh, ya sé! Es un ángel, señor, que muchas envidian y no lo confiesan. Se llama María Inés de Atares, es hija de españoles radicados aquí de antiguo, que la visitan siempre.... Tiene su celda, cláustro por medio, sobre el jardín, enfrente mismo del cantero que ella cultiva..... No puede mirársele sin quererla, porque todo es gracia y bondad en su persona. Cuando dicen que nació para el cielo, una, piensa, don Ricardo, qué alegres estarán los serafines.

—Que no necesitan de estas alegrías de la tierra, Marcela, por que ellas se hicieron solo para los hombres.

Volviendo á lo que interesa más ¿cómo hará usted para desempeñarse en esta delicada diligencia?

Así interrogada, la conversa se reconcentró en sí misma, y á poco dijo con firmeza y calma:

—Como he comprendido todo, deje señor á mi cargo el cumplir bien con sus deseos. Ahora no podría decir si mañana mismo se presentaría una ocasión; pero yo veré..... Quede tranquilo don Ricardo, porque estoy resuelta á inventar motivos si es forzoso, por complacerlo al pié de la letra.... Si me descubren quedo perdida, pero nada me importa por deber y gratitud á usted que es tan bueno conmigo.

—Para ampararla estoy yo sin reservas, si tiene fé en mí.

—Una fé que llena mi alma entera!

Valdemoros se levantó y fué á ocupar la butaca en que se sentaba siempre para escribir, cogió callado la pluma y puso final á la cópia.

Doblada cuidadosamente aquella página íntima, la colocó en un sobre sin dirección, y poniéndolo en manos de Marcela, dijo:

—Retirará usted la cubierta al depositar

la esquela entre aquellas páginas del pasionario que le parezcan, por indicios, las más preferidas.

—Muy bien.

—Trate de no ser observada por la superiora en sus manejos, y no le importe que lo hagan las demás hermanas ó novicias; pues éstas no tienen porqué abrigar dudas sobre usted ni entrarse al foro de su conciencia.

—Sor Vicenta, que es la superiora, no me dá temor; pues con ser muy rígida en todo, hasta en algunas menudencias, le gusta la comodidad, y no se cuida mucho de visitar las celdas.

Pero, tiene una compañera que vino no sé de qué país, á quien llaman sor Silenciaria, porque no habla nunca, y apénas se le ve la cara por una endija de la «corneta», y esta hermana se fija por dos, y va después con el cuento ó el chisme á la superiora, al extremo de que las penitencias se sucedan pronto como cuentas de rosario.

—Esta misma sor Silenciaria,—arguyó Ricardo con seriedad,—nada podrá probar contra usted.

—Ah, no?

—No, desde que no haya denuncia.

—Pero ¿ella?

—Ella? Aunque la siguiera en todos sus movimientos, sin usted saberlo, no la delatará nunca—esté segura de lo que afirmo. Tampoco revelará á nadie lo que ha ocurrido en el secreto de su celda.

—Me basta, don Ricardo. Seré fiel á quien de mí hace tan gran confianza, y le daré noticias de lo que sepa desde el primer momento.

Marcela, muy conmovida al expresarse así, guardó el billete en el seno.

Al despedirse, agregó en tono de fé sincera:

—Adiós, señor. No me considero pecadora si de algo llego á ser útil á la ventura de dos personas tan dignas de mi respeto.

—De la dicha de la tercera en sus últimos años, me encargaré yo,—dijo el jóven.

Cuando se retiró la conversa henchida de reconocimiento y de esperanzas, Ricardo, como descargándose de un peso que hasta entónces había tolerado en su espíritu imbuído en ideas superiores, dejó caer con lentitud estas palabras:

¿Qué intención cobijaba Martín Gardello

al insistir en hablarme de la novicia, á pesar de mi duro silencio? Acaso proporcionarse armas para la insidia y la calumnia.

Es hombre de zalagarda. Desde hoy lo llamaré Martín Venticello.

IX

Nazareno ideal

Tres días después, un domingo por la mañana, la profesora de pintura sorprendió agradablemente á su discípula en lijeros retoques del nazareno.

La novicia había oído misa temprano en la capilla, y vuéltose á reanudar la tarea con un entusiasmo nuevo, nacido acaso del juicio bondadoso con que sor Vicenta apreció su tela, así que pudo examinarla con detención.

Lo que más la consolaba, era que su superiora no hubiese hallado en el semblante del mártir ningún rasgo ó detalle profano que mereciese inmediata enmienda. No le había dicho que eliminase nada, y esto era mucho.

Por su parte, la señora Georgia miró un

buen rato el trabajo sin pronunciar palabra.

Después fijó sus ojos inteligentes en la jóven con una sonrisa de satisfacción bien marcada, diciéndole:

—Minés, usted hace progresos cada día más notables. Esa cabeza está muy bien modelada; pero el conjunto más que expresión doliente completa, tiene un sello de altivez que en cierto modo anula la humildad del Cristo. Esa mirada tan abierta y elocuente que usted le ha puesto, revela sí, pasión muy honda; pero convendremos en que más intensidad de sufrimiento le vendría mejor en el reflejo. ¿No le parece á usted lo mismo?...

—Sí, señora, — respondió la novicia un poco emocionada;—todo lo que usted advierte lo reconozco, y retocando estaba, cuando usted ha venido á corregir mis yerros.

—Ah, estaba en eso? Entónces confirmo la opinión tan ventajosa que tengo de mi linda discípula....

Venga usted para acá!—agregó, entrelazando su brazo con el de ella; — venga, y decláreme con su ingenuidad encantadora si ese nazareno era el que tenía en su cabecita soñadora y no podía trasladar á la tela...

La emoción de Minés subió de punto, y se puso nerviosa.

—Precisamente esa.... no era, maestra. Pero, se le acerca mucho.... Yo no he podido hacerla como la he imaginado....

—Ya.... Una cosa es idear, y otra que la mano obedezca con fidelidad; porque algo nubla á veces la vista, y á veces también el corazón toma parte, andando más á prisa de lo necesario.

—Oh! cuando pintaba pensaba solo en él....

—Sí.... en él naturalmente.

—Para reproducirlo lo mejor posible, con todas las perfecciones, como merece el más adorado....

—Pues, el más adorado!—corroboró la señora Georgia, sin apartar la vista del lienzo, cual si en él buscase el secreto que lo inspiró, antes que en las explicaciones de la autora.

—Y no he podido, como usted vé.... á pesar de mi empeño....

—Si está insuperable, con todos sus defectos, mal que pese á su modestia! Es una tela hermosa, de un colorido lleno de vigor y sentimiento.... y hasta estoy por aconse-

jarle que no la retoque ni en un cabello, pues en su afán de pintarla demasiado á lo vivo tal vez la perjudicase....

—¿Entónces, así queda?—preguntó Minés trémula de ansiedad.

—Sí, no hay que modificarla,—siguió la maestra un tanto pensativa;—dejemos el modelo como salió de su ensueño artístico.... ¿Usted no vió nada, Minés, en la calle ó en el templo que se asemeje á ese busto en los perfiles, en algunos detalles fisionómicos, en el torso ó en la barba?

—Si algo ví en la iglesia no tengo memoria,—balbuceó la novicia encendida por el rubor;—ni hubiera podido tampoco retener nada que valiese la pena....

—Es que eso le daría más realce, de modo que mi suposición hace justicia á su talento.

De cualquier modo, la obra es un honor para la pintora y ornará como pocas la capilla.

Además, es un orgullo para mí....

Minés se arrojó en sus brazos, confundida, sin dejarla terminar, porque le cubrió los labios con su mejilla de rosa, en ese instante llena de fuego, casi febril, que la maestra besó con efusión.

Pasado este transporte, la profesora continuó, sin disimular su contento:

—Lo dicho queda, la tela está consagrada. Lo demás es simple juicio de apreciación y comentario. En este género de pintura, es preciso salirse un poco de lo muy trillado y vulgar. Sus pinceladas tienen mucho de cerúleo, pero también de real, de humano. ¿Qué nos ofrecen en el sacrificio de la misa? Carne y sangre.

Sangre y carne ha purpurreado usted ahí, y de qué manera!... No se comprendería lo divino mismo, sin poner algo de vida, de calor del mundo.... al ménos, de aquello que nos ha seducido más con razón ó sin ella ¿no es cierto?

Siéndonos Dios desconocido, nos hemos apoderado de la encarnación en su hijo, para adornarlo con todos los primores de la belleza.

Y ¿qué hacer entónces?

Buscar un modelo.... Escoger de lo que es hermoso por naturaleza, los tipos más perfectos; y entre los perfectos el que nos parece más adorable ¿verdad que sí?...

Así hablando dulcemente, en tanto acariciaba entre las suyas una mano de la no-

vicia, la maestra tenía la vista clavada en sus pupilas, cual si anhelara leer en los recónditos de su alma virgen, el proemio de un poema inefable.

Minés apoyó el rostro en el hombro de su interlocutora, y dijo con la suavidad de un hálito:

—Yo no sé....

Siguióse una pausa.

Por la ventana abierta entraba sonoro y vibrante el tañido de las campanas, que llamaban á misa de las diez, unido á los ecos del salmo *laudate dominem in sanctis ejus*, cantado en el cláustro opuesto por un grupo de novicias fervorosas.

Aquellos sones y coros desviaron á la maestra y discípula de sus temas del momento, pues la primera dijo:

—Cumplidos mis deberes con usted, voy á oir esta misa. Traía ese plan.

—Si usted me acepta, la acompañaré.

—Con mucho gusto.

—Oiré dos, y ésta á su lado.

—Y yo me iré después con una doble impresión agradable, la que he sentido al contemplar su nazareno y la que usted me va á proporcionar cuando recemos juntas.

Minés le cogió la mano agradecida, y se encaminó con ella á la capilla, no muy apartada de allí.

Penetraron por una puerta lateral, y como la concurrencia era numerosa, resolvieron colocarse un poco atrás, en dos pequeños espacios que habían quedado libres junto á la pared.

Al abrir su libro, la señora Georgia por antigua costumbre paseó una mirada sobre los circunstantes más próximos; pero, por rápida que ella fuese, no la privó de notar allí cerca la presencia de un jóven de aspecto grave, apoyado en una columna, que parecía atento á las fórmulas del servicio divino.

La profesora experimentó una sensación de sorpresa, no fácilmente reprimida; pues creyó ver en aquel caballero, que lo era y bien bizarro, los contornos y facciones que había modelado el pincel de la novicia.

Nada dijo, y se consagró á sus oraciones.

Otra visual veloz le había bastado para observar que su improvisada compañera estaba absorbida en los ruegos mentales.

Mantúvose en apariencia concentrada algunos minutos en la lectura espiritual; y

luego, al abandonar la posición de rodillas para sentarse en el pavimento, juzgó propicio el instante á una nueva observación fugaz....

Los ojos del jóven estaban fijos en Minés; unos ojos profundos y sombríos, llenos de extraños reflejos.

¡Oh! ¡Eran los de la tela!....

Esta creencia pesó en el ánimo de la maestra, al punto de que confusa ella misma, no leyó la oración de la página á la vista; sinó que maquinalmente, recitó para sí un sáfico-adónico que sabía de memoria, y se adaptaba á la impresión del momento.

El final de su soliloquio, condensó en una frase todas las sospechas:

¡Dios mío! ¡Es el comienzo del poema!....

Y volvióse, como alelada, hacia Minés....

Esta proseguía tranquila y absorta, sin indicio alguno de inquietud, como si nadie existiera á su alrededor.

Estaba tan bella en su actitud de contricción y humildad, que para serlo más que muchas santas, solo le faltaba en torno de la cabeza el nimbus de esplendores suaves con que se simboliza la inyocación de los grandes poetas.

Esto es lo que de ella pensó su profesora al contemplarla, en medio del profundo asombro que embargaba su ánimo, y la había alejado por completo de la compunción religiosa.

Concluída la misa, ella esperó que al levantarse y salir, su discípula se diera la distracción de mirar en torno, siquiera fuese por natural impulso de mujer.

Pero, no sucedió así. Minés conservó la vista en el suelo hasta volver á pisar el de los cláustros.

En cambio, la señora Georgia notó al cerrar la puerta lateral, que la del jóven seguía en sus menores movimientos á la novicia.

Ya en mitad de la galería, la maestra se detuvo, y dijo á Minés más amante que otras veces:

—Hasta aquí no más, mi querida niña, pues me retiro, para volver muy pronto. Quiero dejar pasar unas horas, á fin de asegurarme en un segundo exámen de su preciosa tela, de si he sido ó no justiciera al estimarla como lo hice.

¿Va usted hoy á casa de sus padres?

—Sí, señora; con sor Vicenta, á quién ellos aprecian mucho.

—¡Que goce usted con sus grandes cariños, y recuérdeme.

—Ah! ya sabe cuanto la quieren.

—Adiós.

La profesora la estrechó entre sus brazos con una vehemencia no habitual en ella.

—Hasta pronto, entónces? — prorrumpió Minés enternecida.

—Sí, mi adorada, no tardaré en venir!

La novicia la acompañó hasta la puerta de salida al átrio, y la vió alejarse con pena.

X

La rosa negra

Empezaban á descender las sombras de una noche fría, cuando sor Vicenta y Minés regresaron al convento.

En la casa paterna, por la tarde, la jóven había recorrido sola todos los sitios que fueron su encanto en otros años, contrariando el propósito hasta entónces cumplido de solo verlos de lejos, para no reavivar memorias que apartasen su espíritu de lo puramente religioso.

Esa vez había podido más que ella un impulso que venía de lo íntimo de sus sentimientos, y guiado por decirlo así sus pasos por lugares de simpáticos recuerdos.

Observó con pesar, que ya algunos de ellos habían cambiado de aspecto, y despojádose de la poesía que tuvieron en su infancia, cuando ella era la reina querida de sus pequeños compañeros de juegos.

El estanque, aquel estanque orlado de junquillos olorosos, en cuyo plano túrbio se complacía en ver retratarse las estrellas, ya no existía.

Allí se había hecho un pequeño parque, con senderos enarenados y bancos de piedra.

Tampoco se conservaba la glorieta de madreselvas. La había reemplazado un cenador con cúpulas ramosas.

Uno de los paraísos de la hamaca empezaba á envejecer, y mostraba desde lejos su cabeza calva, y los grandes gajos empobrecidos. Las dos únicas casuarinas, aparecían tupidas desde la raíz por innumerables hiedras de hojas tersas y lucientes.

Un aura nostálgica pasó por el espíritu de Minés, en presencia de aquellas transformaciones; y era la misma que aún la domi-

raba, á su vuelta á la celda, en cuyos umbrales se detuvo suspirando.

Entróse al fin, cerró la puerta y puso luz

Quitóse el velo lentamente, se alisó el cabello con la mano, y se sentó junto al atril.

Sobre el pasionario había un rosario de cuentas de hueso pulido, que ella había puesto allí al salir.

Cogiólo é hizo pasar algunas entre sus finos dedos, durante minutos. Luego lo suspendió de la perilla de losa blanca de la cabecera del lecho, que estaba inmediato; y enseguida, abrió el libro para buscar el pasaje de la vía crucis, motivo de su tela.

El volúmen, por acaso, se abrió por el medio, y allí se encontró con una hoja de papel en cuatro pliegues.

No se acordaba Minés de haberlo puesto como señal en su pasionario, que disponía de varias guías de seda granate.

Su color celeste claro, casi lila, no era tampoco el del que ella solía hacer uso en la escritura.

Sin poder reprimir un movimiento, efecto de su natural sorpresa, la desdobló en el acto, creyéndola en blanco, y fué más grande

aquella al verlo cubierto de elegantes caracteres trazados por una mano firme y experta.

No tenía dirección, ni firma.

Los reflejos amarillentos de la bujía colocada á un extremo del atril, bastaban para leer con facilidad aquellas letras bien perfiladas en líneas rectas, sin máculas ni enmiendas.

Al principio, Minés volvió á plegar el papel, y sintió miedo.

Se levantó, recorrió la celda, examinó objeto por objeto, y al enfrentarse con el lienzo de pintura fué presa de un temblor sin darse cuenta del motivo.

Solamente llegó á pensar que los ojos del nazareno, en la semi-obscuridad, tenían en ese momento un brillo extraño, y que la observaban atentos en su misma expresión dolorosa y triste.

Tornó á sentarse un poco agitada.

Aunque no se atrevía á enterarse del contenido del papel, algo la atraía á extenderlo delante de su vista; y este deseo, al comienzo vago, se hizo irresistible en cierto modo cuando la excitación de su ánimo colmó la ansiedad.

No le quemaba las manos. Algo de mágia debía tener porque la subyugaba en su misterio.

¿Quién lo había puesto allí?

¿Qué decía?

La letra....

¡Oh, esa letra!

Minés volvió á desdoblar muy despacio el billete, que tremulaba entre sus dedos á medida que acrecían irregulares los ritmos de su pecho; y al fin leyó, impelida por una sugestión invencible.

Decía la página celeste:

«Puedes leer tranquila estas líneas trazadas con latidos, porque ellas no han de hablarte otro idioma que el que has aprendido en tu léxico de castidad y pureza.

Puedes leerlas sin incurrir en pecado, aunque profanas te parezcan en símil con el pasionario de tus devociones.

Están escritas en horas en que yo también me aislo del mundo, aunque no en arrobamiento místico, sinó en rapto mental de sentimientos bien humanos y comprensibles.

Sé quees ésto todo lo contrario de lo que anhelas y buscas con el goce contemplativo. Por eso, te suplico que me toleres y perdones.

Mi éxtasis, si de alguno soy capaz, se refiere á las delicias de otras pasiones acendradas, sobre las cuales han de velar tus ángeles mismos con las álas extendidas, para cobijar nobles misterios bajo su sombra bendita.

La visión de la fama y del renombre, plega sus rémiges y me incita, mientras estudio. Todo lo olvido.

Más de pronto, el corazón se rebela con grandes alientos y ensancha el pecho. Siento que renacen los recuerdos más remotos. . . . Es que otra imágen se intercepta, y vuelve mi alma á su primer amor.

Dura guerra, me aconseja la primera con sonrisa irónica: dulce paz, murmura la segunda con mirada de clemencia!

Flores raras no has de tener siempre en tus altares, fuera de la pasionaria mística y la violeta, amiga inseparable del crespón.

Yo tengo una rosa negra sin perfumes, porque nació del dolor.

Dicen que así debe ser la ilusión sin esperanza.

Una maga me ha hecho creer que blanca, muy blanca como el azahar se volvería, y como el azahar aromada, si sobre ella cayese

una lágrima sola de las que vierte una virgen en la soledad del cláustro....Te la ofrezco humildemente.

Tengo también una «spirita», que en sueños siempre viene sin que yo la llame.

Me visitó anoche.

Estaba adorable con su vestido azul marino y el velo celeste aprisionando su cabellera negra. Me dijo leve: no duermas en tanto te miren mis ojos, porque ruego por tí. Yo contesté: baja, que tengo para tu imágen un santuario perpétuo. ¿Cuál es? preguntó. Mi corazón.

Y mi «spirita» plegó los ojos pardos y se fué...

Es feliz el que vive de su fé pura, sin otra reserva que la de morir en paz.

Pero, es más fuerte y admirable el que viendo desconocida la suya, lucha siempre y lo sacrifica todo, sin tener para nada en cuenta lo que habrá después de la muerte!

Eres tú así?...

Sondea un poco tu alma y verás que aún guardas, concentrada, y oculta para tí misma,—una parte de esencia deliciosa que no es del cielo sinó de este mundo.

Cuán feliz de poseerla sería la rosa negra que te he brindado!

Tú oras en símbolo, y en símbolo te hablo. Yo bien sé que me entenderás sin esfuerzo, y que en tu grandeza moral has de reservarte para tí sola mi confidencia, sin inquirir para nada, cual fué el hado bueno que puso entre las hojas de tu pasionario este salmo de vida y amor.»

Concluída la lectura, la jóven tuvo un sobresalto.

Oprimió el billete contra su seno, y miró á todos lados alarmada, como si hubiese temido que la expiaran y se lo arrebatasen de las manos.

En esa actitud permaneció largos minutos atenta al menor ruido, turbada y anhelante.

Algo repuesta, leyó segunda vez, deteniéndose en casa vocablo....

Todo aquello la arrancaba de súbito de su esfera de ensueños vagos y difusos, de los ámbitos remotos en que volaba mentalmente en cada plegaria, para confundirla de nuevo con el terrenal ambiente que nutre y alienta los apetitos de la carne, incuba ambiciones lúbricas y pone ódio letal en los corazones.

Su tribulación fué acrecentándose por se-

gundos; y llegó á aturdirse con los gritos extraños que venían del fondo de su alma.

Arrojó el papel sobre el atril, corrió á la ventana y la abrió, buscando acaso en la frescura del aire un consuelo al ardor de su frente.

No permaneció mucho allí.

Se puso á vagar por la celda, parándose á veces, cual si quisiera oír las palpitaciones de su seno. Sin darse cuenta de lo que hacía, cubrió con un paño la tela; cerró el pasionario y apartó el atril: pero, se apoderó nuevamente de la carta profana, y la estrujó en un arrebato impulsivo.

Después, como arrepentida, la fué desarrugando despacio, aplanándola con sus manecitas calientes, en tanto su espíritu se hundía en una cavilación profunda.

La impresión había hecho su crisis, y Minés empezaba su memento; discurría sobre la actitud que debía adoptar después de aquella extraña sorpresa.

Acercóse otra vez á la ventana con la vista en el cielo. No lucía una estrella. Resaltaban más las tinieblas espesas con el pálido resplandor que la bujía proyectaba hácia el jardín y el huerto.

Parecióle grata aquella obscuridad inmensa, porque se sentó junto al alféizar, y allí se estuvo largo tiempo inmóvil y abismada, cual si ella sola vislumbrase una luz salvadora á través de los sombríos doseles de la silente noche.

Muy tarde, cerró la ventana sin ruido.

Volvió á su asiento del atril, colocó delante el manuscrito sin dirección ni firma, hesitó un momento, y se puso de nuevo á leerlo con una ánsia dolorosa.

Mucho después, la novicia se conservaba en calma, quieta con las dos manos en la frente.

Se hubiera dicho que estaba su pensamiento léjos del mundo real, entregado en absoluto á una honda oración.

Acaso....

Pero, de pronto, deslizándose de entre sus dedos una gota de llanto, cayó sobre el papel y formó con la tinta una pequeña rosa negra.

XI

Ultimo retoque

Como lo había prometido, la profesora de pintura se dirigió temprano al convento al siguiente día.

Su jóven discípula había concluído por inspirarle un vivo interés. Ya no se trataba del simple afecto hácia una niña llena de primores. La novicia había ganado á sus ojos en personalidad: entreveía en ella un fino intelecto y una mujer de corazón.

Sagaz y observadora, la señora Georgia estaba en posesión de lo que llamaba «el proemio de un poema secreto», y creía no engañarse al medir sus proyecciones.

Una mujer de corazón era para ella la que es capaz de sentir altas y nobles pasiones, de vencerlas en oportunidades, ó de culminarlas con la extrema abnegación y sacrificio, poniéndoles hasta el sello de lo sublime por impulso propio de temperamento y por energía de carácter.

Bajo el aspecto dulce y apacible de aquella juventud llena de rasgos sobresalientes, había un tesoro inapreciable de vida psíquica, y un poder de voluntad nada común.

La discreción y el silencio de la jóven ante ciertas preguntas, sus dudas, sus hesitaciones, sus reticencias, el dominio sobre sí misma para ocultar lo que en rigor ocurría en sus centros nerviosos, todo quedaba explicado en la tela del maestro de Nazareth.

Pero ¿comprendía bien Minés estos fenómenos de su espíritu? Se daba exacta idea de las influencias exteriores en su concepción artística? No habría procedido de un modo inconsciente al reproducir en el lienzo una imágen que ella llevaba en su alma, sin saber que era sencillamente humana y que era su ensueño?

Si era verdad que se había dado por entero á la pasión divina, acariciaría entónces un ideal muerto, forjándose la ilusión de que viviría lo que su propia vida.

Esto pugnaba con la realidad de las cosas.

Si era cierto que todo acaecía porque en el fondo de su ser algo había quedado de

adherido á las cosas terrenales, entónces, ¿cómo consentir que aquella naturaleza selecta se arrancase á las venturas del hogar y de la familia cuando su vocación presentaba una faz accesible á las emociones profanas?

Había necesidad de oponerse á la consumación de un voto perpétuo, de propender á que esa sensibilidad exquisita no se esterilizara en el cláustro por exceso de inocencia ó de candor, de fé ó educación mal dirigida.

No sería esto fácil; pero era bueno tentar la obra piadosa, ya que la más pura simpatía, acrecentándose de pronto en presencia de hechos bien elocuentes, aunque invisibles para todos, arrastraba á la maestra al amor de aquella jóven, para quien quería con anhelo un porvenir distinto al que le deparaba la profesión religiosa.

Singulares circunstancias la habían puesto en el secreto de un extraño idilio de difícil desarrollo y finalidad, pero de un interés seductor, que hacía más atrayente el destino de la virgen solitaria.

La revelación le había venido de un conjunto de accidentes, insignificante para otros,

y para ella hilos de luz que convergían al fondo de una celda disipando todas las sombras y poniéndole en transparencia la incubación lenta de una pasión acendrada dentro de los mismos goces de la existencia contemplativa.

No era para ella un misterio tampoco el nombre del jóven que vió en la capilla recostado á una pilastra; pues se había interesado mucho en averiguarlo desde que se apartó del convento, y obtenido informes exactos que la llenaron de satisfacción.

El caballero estaba á la altura del ideal soñado.

¿Podría ella abordar el tema sin alarma?

Convenía no llevar confusión al ánimo de la novicia, envuelto en los celajes místicos é inclinado á los fervores con más intensidad que nunca, tal vez porque empezaba á sentir los efectos de una desviación involuntaria y resistida.

Si no acertaba con el medio de insinuarse hábilmente, corríase el riesgo de que la sensitiva plegara sus hojas al menor roce, y una tribulación penosa fuese la consecuencia del tanteo espiritual.

Era preciso identificarse con los afectos

íntimos de la discípula, y por estudiadas transiciones conducirla de grado en grado al terreno de la confidencia, siquiera fuese ésta demediada, como la confesión de privilegio.

Tarea muy árdua parecía la de desofuscar; pero, en realidad, la evocación de la pasión contraria á la mística, podía sustituir en instante propicio un ofuscamiento por otro, lo suficiente al menos para avivar con un soplo la llama de un cariño entrañable, que sin duda la jóven apagaba con firme tesón cada vez que renacía en el fondo de su pecho.

Qué feliz sería ella, si lograba hallar para su alumna predilecta la fórmula de hacerla amada y venturosa!

Con solo pensarlo sentía el placer de madre, y se atribuía el poder de conseguirlo con un poco de tino y con muchas ternezas.

¡Oh! Al fin tendría que abrirle su corazón y confesarle que latía para muy grandes y queridos amores!

Y, resuelta á iniciar su campaña, penetró sonriente y ufana en el convento.

Encontró á Minés en el huerto, junto á

su cantero de violetas, recogiendo flor por flor con pulcritud, de manera que los tallos resultasen simétricos y bien nutrido el ramito.

—Sabía que vendría, y era para usted, maestra—dijo la novicia al devolverle su saludo. He escogido las mejores.

—Gracias! Pero, las que ya faltan, y pudiéramos llamar primicias de la planta ¿serán para la virgen?

—Oh, siempre las tiene!

—De modo que soy la única después?

—Sí, la preferida.... Siempre me acuerdo que á usted le gustan tanto.

—Son mi delicia. Dicen que flores bellas como éstas recuerdan la primera juventud, y aún la niñez, y me es agradable hacer memoria de la mía, ya lejana.... La juventud es tan corta! Un año es mucho en la vida, y eso no lo comprenden los que están en los albores todavía.

—¿Se puede aprovechar de otro modo que en las prácticas de virtud?...

—Nó, estas nunca se deben abandonar. Pero, sin desatenderlas, cada uno busca sus dichas, un poco egoístas si se quiere, mas muy necesarias para el propio contento....

—Ah, sí! — murmuró Minés suspirando. Mejor parece ahorrar esas alegrías en bien de otros.

—No tanto,—repuso la profesora sonriendo. Alguna cosa hay que reservarse para sí, aún para mantenerse fuerte con un fin piadoso; pues muchas amarguras hacen negros los años.

La jóven se quedó callada, mirándola con dulce melancolía.

La señora Georgia notó desde el primer momento que su discípula estaba un poco marchita, con esa palidez propia de quien ha sufrido insomnio prolongado.

Dos curvas sombrías rodeaban sus ojos pardos, en tono armónico con el azabache de sus cejas y pestañas luengas y vibrátiles; y en la expresión de su semblante todo, denunciábase bien claro que ella sabía lo que era estarse con el dolor á solas.

—La juventud es leve, fugaz,—continuó la maestra;—y cuando yo pienso que desde edad temprana me dediqué con pasión á la pintura, creyendo alcanzar siquiera fama ya que no fortuna, y que no lo he logrado, estoy por convencerme que erré la vocación, é hice mal en no oír consejos.

Y al pronunciarse así, la señora Georgia se reía de buena gana, mostrando una dentadura todavía muy blanca y luciente, sin que su graciosa mueca formara arrugas en la tez bien conservada y tersa, en contraste con una cabellera de nieve, que fué rubia dorada en su brillante mocedad.

—Yo no acepto eso de mi sábia maestra, —dijo Minés,—porque todos los que la conocen solo tienen palabras para elogiar sus méritos.

—Bondades, hija, halagos de la amistad.... La experiencia, que es más sábia y viene tarde, me habla á cada paso de hermosos tiempos perdidos, por amor al arte.... Ahora, no me queda más que seguir adelante con la profesión, sin esperanzas de triunfos.

Cuando yo era jóven, mi amada discípula, tuve oportunidades de ser feliz, con sólo conservar la pintura como una distracción de lujo; pero, perdí á mi esposo en poco tiempo, y por respeto á su memoria para mí tan querida, me empeñé en ayudarme á mí misma, desechando ofertas que hubieran lisonjeado la vanidad de otra mujer.... Me quedé sola, y los años pasaron....

Así que me desofusqué de mi pasión artís-

tica, ya las primaveras habían volado, y con ellas, los cantos y las aromas... La poesía con álas no revoloteaba en mi rededor, ni me llegaban esquelas de esperanzas y promesas...

La novicia se estremeció.

—Usted no sabe nada de esas pequeñeces encantadoras, mi casta hermanita, que con ser así tan insignificantes, en la juventud ardorosa se estiman mucho, porque llenan toda el alma de rosas y de azahares... Pues! El mundo se reduce á esas mágias diminutas para los que han nacido para juntarse y quererse.... Las estrellas solo brillan para ellos.... Si en los jardines las flores se abren frescas y lozanas, es porque ellos se están amando; los pájaros les dedican sus himnos de alegría; y en cada rayo de sol les llega un recado de los ángeles de la guarda, que se están preparando para venir á cantar en coro en la noche blanca de las nupcias....

Después, en vísperas, cuando se duerme, las hadas bajan con cada hilo plateado de luna y traen los dones para los nóvios en canastillas de celajes, pero llenos de perfumes desconocidos á la tierra, por que son

esencia del paraíso donde vive el amor espiritual....

—Oh, mi querida maestra!— prorrumpió Minés asombrada:—qué telas pinta usted!

—Las que perdí en mi juventud, por ofuscada, y que ahora vieja y sin ilusiones recuerdo de un modo vago y descolorido.... No me resta más que la memoria así envuelta en un cendal de tristeza; pero es mi placer dulce, en medio del desencanto mismo, por que lo que pasó de adorable por el corazón enternecido, no se lo lleva la sangre que cruza á ráudos y á veces lo ahoga!

Minés puso la mano en su seno, como si en el suyo hubiese sentido una ruda opresión.

Siempre con ojo atento, la señora Georgia, se interrumpió, preguntando solícita:

—¿Qué pasa á usted?

—Oh, nada!....Estoy algo nerviosa, y suelo sentir algunas palpitaciones que se van pronto.

—Yo soy una indiscreta....Acaso mis expansiones pueriles sobre cosas de antaño...

—De ningún modo. ¿No dije á usted que era muy sábia pintora?.... Todo eso es hechicero, y yo la oigo con admiración.

Minés hacía esfuerzos por sonreir.

Pero, la palidéz había desaparecido, y sus mejillas mostraban grupitos de rosas dispersas como si su maestra se las hubiese diseñado con un pincel mágico.

—Bien está,—observó ésta suave y afable. No hablemos más de candores y vamos á examinar otra vez la tela, su preciosa obra que ha de ser su orgullo y el mío.

¿No le ha hecho ningún retoque?

La jóven recuperando de pronto su calma, contestó con tono grave:

—Sí, y uno muy grande.

—¿Es posible, Minés?

—Ay, maestra! Lo ha sido tanto, que imploro su perdón....

—Desde ya lo otorgo,—repuso la señora Georgia sorprendida, pero penetrada en el acto con su vivacidad de pensamiento que la novicia se había puesto sobre sí y destruído la tela en una crisis de reacción.

—Hoy, apénas entró el sol en la celda, borré la pintura.

—¿Y porqué?—interrogó la profesora con alguna ansiedad.

—No me pareció bien, al fin.. Le faltaba algo del que yo había ideado.

—Ah! algo le faltaba....

—Sí, no estaba completo; y no pudiendo darle á los ojos la expresión que yo quería... por que el pincel se ponía rebelde, como ocurre en algunos casos, verdad maestra?... preferí deshacer el trabajo....

—Qué desastre inesperado! Me apena. Pero, no importa, desde que el modelo existe.

—¿Existe?

—No está en su mente?

—En mi mente, sí....

—Entónces, con una dósis grande de paciencia, y decidida voluntad, no hay más que volver á empezar. Esta vez saldrá perfecto!

—Ah, no! Me considero tan inhábil que saldría peor...Creo que no es para mis fuerzas.

—Sin embargo, es bueno probar. Mi opinión es que usted las tiene de sobra.

—¿No me advirtió usted que mi nazareno tenía más altivez que dolor en el rostro, lo que yo reconocí al momento é intenté corregir?....

—Muy cierto. Pero, también es verdad que desistí del retoque y pedí á usted por último que lo dejase como estaba.

Repito que no se ha malogrado todo, desde que la imágen se conserva ahí, como al comienzo. . . .

—Mire usted que nardos hermosos para mi virgen,—dijo Minés,— avanzándose hácia un bastón enhiesto que se contoneaba al soplo de la brisa junto á un cordón de bejucos.

—Mucho más por ser de los últimos,—respondió la profesora, siguiendo dócil el cambio de pensamiento de la novicia y acompañándola en todas sus vueltas y giros por el cantero.

Era ya evidente que su tentativa escollaba, y que convenía por el instante renunciar á la exploración minuciosa.

La destrucción del lienzo la había desorientado.

Había que esperar.

Una ayuda, un apoyo cualquiera, le habría venido muy bien en esta gestión delicada.

¿Dónde encontrarlo?

Contra todas sus previsiones, la novicia había hecho exámen de conciencia reaccionando enérgicamente y dádose cuenta clara de lo que en realidad le ocurría, presintiendo los efectos de un peligro grave.

Pero ¿á qué causa inmediata ú ocasional se

debía esta actitud severa consigo misma, que no parecía dejo amargo de un desengaño, sinó esfuerzo voluntario hácia una cruel penitencia?

Si la señora Georgia hubiese sabido lo que Minés halló entre las páginas de su pasionario. . . .

Ignorante de ello, tenía que estarse á sus datos precarios y á sus solos impulsos generosos, que la alentaban de veras á no desmayar en la empresa árdua de orientar sentimientos en un corazón virginal.

Como ya avanzara la mañana, maestra y discípula volvieron á los cláustros: y, una vez en la celda, pudo aquella verificar que la tela no era en realidad más que un fondo obscuro.

—Lástima grande!—exclamó al despedirse, señalando el lienzo. Nunca había pintado usted cosa más expresiva.

Pero, llevo un consuelo.

—¿Será así?—preguntó la novicia meditabunda.

—Como usted lo oye. En los fondos sombríos de Rembrandt, siempre hay, según ciertos críticos, algo de misterioso y fantástico que no se vé.

Y bien, mi querida niña! Detrás de esa mancha negra que su pincel despiadado ha hecho, está todavía, por que yo la veo, la hermosa cabeza que se esfumó....

Y, sin darle tiempo á contestar, la maestra la besó y se fué corriendo.

La lega Marcela, le abrió con humildad la puerta que daba al átrio, diciendo con voz semejante á un soplo:

—Si supiera señora qué triste se queda cuando usted se vá!

Léjos estaba de pensar la maestra, que aquella vieja conversa podía ser su mejor aliada.

XII

Gota que colma

Cuando se vió sola, Minés cerró la puerta de su celda, casi de un modo maquinal; y siempre preocupada, se sentó junto al atril.

Reflejábase en sus facciones el estado de espíritu vago y en apariencia indiferente, de quién sale de grandes crisis y no acierta á equilibrar su pensar y su sentir por abatimiento moral y físico.

Las emociones habían sido profundas!

Todo la inducía á un nuevo memento; pero ¿sobre qué? Ella misma no lo sabía.

Al borrar la tela, estaba segura de haber ocasionado un disgusto á su maestra; y ella, por su parte, se confesaba causante de su propio sufrimiento: del que se había impuesto por un escrúpulo tal vez desmedido y fríamente cruel.

Llegó un momento en que se dijo: Dios mío! ¿qué pasa en mi alma?

Se prosternó ante la imágen de la virgen, y oró largo rato.

Más confortada, tornó á su asiento, rodeó el pasionario con los brazos, posó en él la frente y se estuvo así por tiempo indefinido.

Llegada la hora del almuerzo, y como no compareciera al llamado, vino sor Vicenta en su busca.

—No, hermana superiora,—dijo Minés,—hoy no iré á la mesa. El que necesita alimento es mi espíritu.

La religiosa púsole la mano sobre su cabeza, y se alejó.

La novicia recayó en su austero recogimiento.

A intervalos, plegaba las manos, sin que se oyese una queja, ni aún su leve respiración.

Luego, se sucedió una extrema quietud. Aquello no era sueño, ni ensueño. Quizás, arrobamiento; el rapto mental á que ella aspiraba siempre en sus conflictos dolorosos, y la reintegraban en su fé y sus energías.

Cuando levantó al fin la cabeza, tenía la mirada fija, muy fija, en algo solo para ella visible; pero una serenidad completa se esparcía en su semblante á modo de baño de luz suave en un lampo de nieve.

Estrechó más contra su seno el pasionario, en un arrebato de gozo, como si él le hubiese proporcionado la calma que no esperaba horas antes, cuando se sentía bajo el peso de hondas vacilaciones.

Qué cambiantes adorables tenía la pasión divina!

Sometía á prueba las almas, y así que estaban á punto de desfallecer, venía en su socorro, y las hacía resurgir enteras con el solo milagro de creer. . . .

Las impresiones del mundo se borraban de súbito, sin dejar huella: solo quedaban fuerzas para seguir levantándose hasta Dios, en cuyo amor infinito debía refundirse la mísera esencia humana.

Venerado pasionario!

El tenía exclusivamente el privilegio de aliviarla en sus penas, en cada página y en cada oración, porque resumía las esperanzas fundadas y las verdades eternas. Oh! Era la fuente de los designios suspirados y de las venturas que no tenían nombre en la tierra, tan pequeña é implacable con los mismos seres que se complacía en criar de su limo, para exterminarlos después con mil flagelos y calamidades.

La palabra bendita se leía en cada hoja, y convertía al más perverso.

¿Porqué, sinó, llegó esa palabra al alma de la samaritana y la redimió, cuando ella no quería oirla, y más bien la odiaba?

¡Oh, que bello pasaje!

Así discurriendo, la novicia abrió el libro llena de unción, pasando de una mano á otra las páginas con gran pulcritud, en busca del episodio del valle de Siquem.

Fácil le fué dar con él, porque había allí una esquela doblada, de color celeste casi lila, semejante á la primera que encontró, y que tanta turbación trajo á su ánimo.

Minés retiró las manos con presteza, y se quedó en suspenso.

Toda la calma de que disfrutaba desapareció de golpe.

Atónita, miró al lienzo.

Lo que su maestra le había dicho al retirarse, se le representó bien á lo vivo.

En el fondo obscuro, sin lineamientos ni perfiles, parecía resurgir más severa y fascinante la cabeza que ella había borrado.

Y, bien! Pues que conservaba muy oculta la primera carta anónima que recibió, porque le faltó coraje para destruirla, no había razón para negarse á la lectura de esta otra, desde que ella se consideraba con fuerzas para resistir y vencer á las tentaciones mayores.

Por otra parte, la ocasión le ofrecía campo para ponerse de nuevo á prueba y salvar incólume el tesoro de su conciencia.

Sin salir, no obstante, de su asombro, abrió la esquela, que decía así:

«Será por un efecto de telepatía; pero yo sé que anoche has soñado, y que luego has orado con fervor.

Lo que soñaste, ha repercutido en mi pecho como un eco lejano de armonio que trae todavía en su sonoridad el suave temblor de tus dedos.

Me parece que tu ángel de la guarda ha encojido sus álas, y te contempla arrobado, porque vé volverte á la vida real cuando estás dormida: á la vida del sentimiento humano que tú tienes en penitencia austera en una celda de tu corazón, y que en la silente noche, mientras descansas, escapa de esa celda para decir á tu alma religiosa que él no es la culpa, que él no es el pecado: que él es la pura esencia de tu ser mismo, y que eres cruel al sacrificarlo.

Lo que oraste, llegó á mi oído como una voz de arrepentimiento por una falta que no has cometido: pues que siendo casta como un rayo de luna, tu sueño de rosa fué la mejor plegaria que alzar pudiera tu alma de rodillas.

Y me he preguntado ¿porqué aborrecerás despierta, lo que dormida tu alma acaricia?

Contra tu propia voluntad, en la hora callada, el anhelo brota del seno de los martirios que le impones; y en vez de morir al renacer, te conmueve inefable, y te invita al cármen donde la ley de Dios se cumple.

Sé que el ideal tiene también sus lágrimas.

Crées sufrir mucho, no tienes hora fija de reposo, y te has impuesto la tarea de ver-

terlas sobre el gran dolor anónimo; el gran dolor de los que no esperan ni agradecen, en definitiva, por aquello de que la gratitud solo es «una emoción de los débiles». Santa abnegación! En cambio, yo pienso que estarías más cerca de la gracia absoluta si dejaras libertad á tus impulsos, y advirtieses que hay quien espera, y te sería profundamente grato, al labrar tu propia dicha terrena.»

No contenía más el pequeño pliego.

Minés lo dobló lentamente, y volvió á colocarlo en el sitio en que lo había hallado, cerrando el libro.

Ya no se sintió con gusto para releer el pasaje del valle de Siquem; y levantándose, anduvo á pasos cortos por la celda, rígida, como aterida, sin crispaciones ni abismamientos.

Parecía estar en perfecto dominio de sí misma, aunque fría, cavilosa, severa, cual si estuviese sepultando en los recónditos de su pecho una memoria terca, ó una ilusión tenaz, pues todo inducía á leer en su rostro algún *memento mei deus* en soliloquio de inmensa amargura.

Transcurrieron las horas.

Caía la tarde, cuando ella se arregló el velo de modo que sus facciones quedasen casi ocultas: retiró la esquela del pasionario, guardándola en una pequeña arca donde estaba ya la primera, y le echó llave.

En esta diligencia se mantuvo fluctuante algunos minutos....

Después, sin acercarse á nadie, con la vista en el suelo, cruzó el cláustro, pasó al átrio, dió unos pasos indecisa, y al fin salió á la calle.

Púsose á andar con rapidez, sin fijarse en los que pasaban á su lado, como una sonámbula.

¿A dónde iba?

Unicamente el ánsia de respirar otro aire que el de la celda, podía explicar aquella determinación.

Pero, en realidad, se imponía otra penitencia.

Hizo muy largo trayecto, y de ello llegó á advertirse cuando el cansancio la obligó á moderar la marcha.

En el fondo de la calle por donde caminaba, alzábanse imponentes las dos torres de una iglesia, situada en grande eminencia.

Allí descansaría y renovaría sus oraciones.

Junto á una plazuela de pocos árboles, sitio predilecto de traviesos bulliciosos, un organillo hacía oír en torpes compases la romanza *E lucevan le stelle* de Tosca.

En la esquina cercana, un transeunte se detuvo de súbito, y la miró con profunda atención.

Minés pasó siempre como una sonámbula, con las manos juntas y semi-plegados los párpados.

Por rara coincidencia, mucho antes que llegara al pórtico del templo, ya estaba en él el hombre metido en carnes, alto y macizo, que otras veces tuviera cerca de sí orando.

Cuando este devoto sujeto iba á subir la escalinata, un mendigo que había perdido en la mocedad una pierna, le alargó el brazo con el mugriento sombrero invertido, paladeando el nombre de Dios.

El hombre lo miró con aire frío y socarrón, diciéndole ásperamente:

—Perdone, hermano. Al hospicio!

Y siguió adelante.

Minés, agena á todo esto, sintió contrariedad á la vista del personaje de los encuentros; y acortó el paso, hasta que aquel se entró en la iglesia.

Fuése acercando despacio, sin notar que álguien la seguía: puso una moneda en la mano del menesteroso, y salvó sin demora las gradas.

XIII

Las dos pasiones

La casa de Ricardo distaba muy poco del templo á que se había dirigido la novicia: y ese mismo día, horas ántes que ésta dejara el convento, la lega Marcela se presentó en ella para trasmitir sus novedades.

Consagrado á sus libros de estudio, muy agradable fué á Valdemoros dejar la lectura para atenderla, y oir de sus lábios impresiones para su vida de sentimiento, hasta en los mínimos detalles.

La conversa le informó de un modo suscinto de sus procederes en la misión que se le había encomendado, y de los medios de que se valiera para depositar las cartas en el pasionario, según lo propicio de las circunstancias.

Su conducta le satisfizo plenamente, — luego de interrogarla sobre la forma sigilosa empleada en el cometido.

Los manejos no habían tenido trascendencia alguna en el cláustro. Ni siquiera sor Silenciaria, con su ojo de corneja experimentado, había visto nada que comprometiese el desempeño de la tarea impuesta, debido esto tal vez á la mesura y á la reserva encomiable observada por la novicia.

Solamente, la lega había sospechado, pues no podía ofrecer pruebas, que se ejercía cierta vigilancia sobre los actos de Minés, pero de manera que ella no percibiese que era objeto de tan asíduos cuidados.

Por otros datos, más ó menos confusos, pero guiadores de hechos para él comprensibles, como el de la penitencia voluntaria, Ricardo llegó á abrigar la esperanza de que sus cartas hubiesen sido leídas, lo que bastaba á su propósito.

Cuando la conversa se retiró, díjole complacido:

—Por ahora, dejaremos las cosas así.

Creía haber hecho lo suficiente, y confiaba en el tiempo.

En los pleitos del corazón era preferible

llegar hasta la perención de la instancia, antes que al apremio, siendo el contrario la pasión mística, de suyo tenaz y á veces invencible.

El desofuscamiento, si sobrevenía, tenía que serlo á grados, por reacciones casi insensibles y paulatinas.

Pero, algún acto personal suyo, en sentido de complementar el esfuerzo, llegaría á imponerse presentada la ocasión, sin herir escrúpulos respetables.

El era fuerte, sereno, reflexivo. Capaz de alentar grandes ideales por temperamento y vigor de intelecto, no le habían sosuzgado sin embargo, las gracias de otras mujeres, ni las incitaciones de la carne rósea y palpitante, que á otros volvían fácilmente esclavos de los apetitos sensuales.

En tanto, Minés había formado con su solo recuerdo en torno de su vida retraída, casi huraña, un ambiente de calor y luz que doraba su aislamiento, tal como dora la claridad de la mañana la espesura en que oculta su nido el ave solitaria.

Parecía convencido de que la resolución de la jóven de entregarse por completo á la existencia conventual, había dado creces á

su simpatía, á sus vivas ánsias y anhelos, cada día más vehementes en las horas del trabajo y del estudio, en el paseo, en la noche, en el sueño, en la alegría y en el pesar.

Una cosa así debía ser en toda su latitud lo que se llama pasión: quizás ésta venía de muy léjos, y se le había entrado en el pecho con los mismos átomos que nacían y vibraban en rededor de su cabeza y la de ella, cuando ya en la pubertad se vieron por última vez.

La imágen gentil de la niña vivía en su memoria, bañada de inocencia y de candor; y alternábase con la de la mujer ya desenvuelta y radiante de dones, que renunciaba al hechizo de su belleza en holocausto á una vocación austera é infecunda.

Hasta entónces se había contentado con mirarla de léjos, sin que ella lo supiera, sin atreverse á abordar el peligro, casto, duro, pero encelado y atento.

De alma superior para embridar sus impulsos, desconfiaba empero que estos mordieran el freno de repente, como cuádriga propensa al desboque.

De ahí que se midiese en todos sus actos, y se esmerara en obtener por la dulzura y

el cariño, lo que la lógica severa no era capaz de conseguir en el criterio de la mística.

Como varón de alientos, reconocía que las espuelas se ganaban con la altivez; pero que era solo con la elocuencia sujestiva de las pristinas purezas, que se ganaban los corazones.

¡Cuán distinto era esto al afán enfermizo de las medias-almas que pululan en el valle, por el solo instinto de vivir; que buscan el apego de otro ser para descargar en sus hombros la mitad de sus dolores, y que en vez de propender á que en cada lágrima no se derrame una gota de veneno, aumentan el caudal de la degeneración y el infortunio!

El consideraba en Minés la santidad, y de esa santidad quería ser dueño, para retribuírsela con todo su poder de hombre íntegro, sano y generoso.

Creía en la junción difícil de dos caracteres opuestos, y en la dicha positiva por el nudo del respeto mútuo.

Las religiosidades de hipocresía solo tendían á pervertir: y bajo este aspecto casi común, Martín Gardello se le antojaba un

histrión con hábitos bajo la banderola de Cristo resucitado, ó la de un ente-colmillo bajo la del cordero pascual.

Todo lo que le seducía la novicia en la liturgia, porque era en ella sincero y adorable, resultaba repulsivo en el falsario compañero de su niñez.

Para Ricardo, en esto de cultos externos, las almas debían ir desprovistas de sus abrigos de carne como los convidados del cuento lúgubre de Poe, al presentarse en el santuario.

Así podrían estimarse de verdad las máculas y las nítidas limpiezas.

Pensando hondo, sobre lo que más le atañía de cerca, el jóven no abrigaba gran fé en el éxito de sus pretensiones; pero, habría mérito de todos modos en luchar contra el propio desengaño aunque fuese aislándose como un Ayax en el peñón de la soberbia.

Algo complicaba su situación presente é introducía conflicto en su espíritu, pues estaba á punto de rendir sus pruebas finales.

Por aquellos días corrían vientos aciagos. Se hablaba de guerra, y sentíase en el país la zozobra que precede á los dramas cruentos.

El malestar general repercutía en el seno de los hogares; se esparcían fatídicos rumo-

res; y empezaba á notarse un éxodo parcial de elementos activos hácia la campaña y el extranjero.

La poca animación en el tráfico imprimía ya á Montevideo un aspecto de abatimiento muy acentuado, é iniciábanse movimientos anormales de tropas con destino á puertos y ciudades del interior.

El espectro de una lucha civil enconada infundía pavores y vaticinábanse largos días de duelo, con su cortejo de males acerbos, desolación y ruina.

En caso de producirse el hecho fatal, la corriente debía arrastrar al gran número, tanto hácia uno como á otro campo; pues nadie estaba exento de cargas exigibles, ni libre de obligaciones para con su credo y su bandera.

La dispersión se efectuaba de una manera lenta y progresiva, antes que se hubiese lanzado la voz de alarma.

Las precauciones de que se hacía uso daban incremento á la inquietud, y ponían trastorno en todos los planes y cálculos; sin que del efecto de tan grave perturbación, se sustrajeran los proyectos mismos de la vida familiar.

Era natural esa conmoción ante los preanuncios del desastre, y cada uno se apresuraba á asegurar sus intereses, como se amarran barcos ante los síntomas de tempestad inminente.

Ricardo tenía los suyos en la campaña, donde el pampero de los ódios arrasa todo iracundo; pero, salvo algunas medidas elementales de previsión, vivía él conforme y resignado sobre la suerte que corriesen, pues sabía bien que no eran eludibles los estragos que aporta una borrasca de sangre y fuego.

El mismo ¿se vería libre de ella estando á la conclusión de su carrera, y con planes legítimos de felicidad futura?

No. Lo probable sería que concurriese á la acción, por causas que tal vez hicieran complejas, sucesos de otra índole, relacionados con su existencia íntima y privada.

La paz del corazón y el sosiego del hogar, que él había empezado á querer por entero, ante los paisajes fascinadores del sentimiento exaltado, bien podían disiparse de súbito, á un solo golpe de contrastes ciegos y brutales.

Entónces, mayor libertad quedaría á su acción personal para cumplir con los deberes

de adepto, y encontrar léjos bajo las álas de aquella borrasca en vísperas, el consuelo del olvido.....

¿Del olvido? ¡Quién sabe! Su temperamento era demasiado integral para no vivir de la emoción y la memoria.

Llegó á creer, al divagar así, que en su caso solo olvidan los insanos ó los muertos....

Sin dejar de seguir pensando en estas ó análogas cosas, propias del momento de crisis, puso fuego á un cigarro, tomó su sombrero y salió á la calle para disfrutar de su habitual paseo.

Cirilo, que estaba en la puerta, le dijo, procurando reprimir su entusiasmo:

—Señor, todo el mundo asegura que hay revolución. Hoy marchó un regimiento....

Ricardo apuró un poco el habano, y siguió callado su camino.

Caía el sol, la atmósfera estaba serena. En los viadores de ordinario por aquel barrio, que era populoso, no se advertía mayor agitación que otras veces.

Cruzaban carruajes en crecido número, algunos con militares de categoría.

Grupos de pillitos alineados, realizaban

marchas y contramarchas marciales en la calle, aclamando nombres propios á intervalos, como libélulas que anunciaran una próxima tormenta.

Ricardo recorrió varias cuadras, hasta llegar á la plazuela donde un organillo ambulante tocaba una romanza de Puccini.

Fué allí donde se atravesó la novicia, sin levantar la vista del suelo, con el velo muy caído sobre los ojos, y el andar firme y mesurado.

Valdemoros la reconoció en el acto que reemprendía su paseo, y volvióse con rapidez bajo la impresión de una profunda sorpresa.

Minés no lo vió, en medio de su abstraimiento.

Ricardo siguió en pos, á distancia, violentamente atraído por aquella aparición repentina, que él no soñaba en sus mismas divagaciones mentales.

¡Sola! ¿Adónde irá?

Las torres de desmedida altura que dominaban grande extensión de la anchurosa calle, le indicaron pronto el derrotero fijo.

A esa iglesia se dirigía sin duda por algún ejercicio obligado.

Continuó su marcha con lentitud, hasta

observar que la jóven vacilaba á pocos metros de la escalera de mármol, y entónces se detuvo.

Pero, la interrupción fué muy breve.

Minés dió la limosna al pobre, y traspuso ágil los cortos escalones de la entrada.

¡Cruel contradicción! se dijo Ricardo.

Ella parece buscar todo su consuelo á cada paso en la pasión de lo divino; y yo busco en el cariño de la mujer toda mi ventura.

¿La extasiadora imperará ya en absoluto sobre un corazón nacido para el amor humano, ó la virgen enamorada lucha contra la embriaguez de los místicos ensueños?

XIV

Miserere.

El átrio estaba desierto.

No se veía cruzar persona alguna en el interior de la iglesia, poco concurrida siempre, después del Angelus.

Tan solo dos viejecillas cubiertas de merinos negros y arrodilladas en la nave del centro, revolvían sus rosarios, profundamente contraídas á los rezos.

Se destacaban en corvadura, enjutas, inmóviles en la semi-obscuridad del recinto, sofocando los accesos de tos para no interrumpir el curso de sus humildes plegarias.

La novicia atravesó como una sombra leve la nave lateral izquierda, y fué á prosternarse ante un altar, que á esa hora apénas alumbraba una lamparilla de luz amarillenta.

Estaba delante de la virgen del Cármen.

Cuán bella le pareció otra vez!

Su ruego fué modulado con unción, en voz muy flébil, como un suspiro.

Pero, este ruego, no se parecía á otros que ella había alzado en horas de tribulaciones y dolores agenos, con absoluto desprendimiento de sí misma.

No: ya no era el cántico interno del espíritu en la oración por todos, ni el salmo vago y melancólico que se eleva cada día en cumplimiento de un simple deber religioso.

Era algo que la abrumaba y la afligía; algo semejante á un miserere triste: una súplica intensa que brotaba del fondo de su

conciencia, y llegaba á sus lábios trémulos á modo de pensamiento que se desborda y se impone, en el deseo extremo de expandirse, de comunicarse, de hallar el consuelo que no le daba la confesión misma.

Porqué nó, la confesión?

Ella respetaba el sacramento de la penitencia.

Pero, cosa extraña! Demediaba la confesión en este trance, á su manera.

En su súplica iba mezclado algo personalísimo, algo profano, algo que era distinto de la absorción del ser por el culto de lo divino, de que no podía desligarse, que la distraía, la dominaba en las noches silenciosas, al punto de impulsarla á decir á la imágen callada, lo que no se sentía con fuerzas para decir al confesor.

Al sacerdote! No. Ella creía, con alma de mujer, y lo creía de buena fé, que había secretos en lo íntimo de su pecho que debían reservarse, ó morir allí, sin que nadie los sospechase; y que si álguien podía conocerlos, apoderarse de ellos, condenarlos ó absolverlos, ese ente superior era exclusivamente alguno de los que no viven en la tierra.

Allí estaba de hinojos frente á su ídolo

predilecto; debía oír su confidencia, porque era símbolo de bondad, casta, pura, que enjugaba lágrimas y predecía venturas, que era toda piedad, caridad y clemencia.

Sí, á ella le contaría uno por uno los conflictos de su jóven vida, los tormentos de su sentir, las hondas ansiedades de sus días de aislamiento, de sus días sombríos de penas y de sollozos ocultos, atenuados por la fé, pero siempre renacientes, á toda hora vivos y punzantes, cuanto más apartado el espíritu de las pompas y placeres; y, así su ruego, sin ella pensarlo, tendía á resolver el problema de su destino, del que recién parecía darse cuenta, cual si todo su sistema nervioso hubiese recibido una sacudida inesperada, y abiértose su pecho á una emoción nueva, durable, irresistible.

Tenía la mirada húmeda, llena de brillo; teñidas de rosas las mejillas; el seno ondulante, los brazos caídos; y en sus rojos lábios á cada palabra débil parecían repercutir los latidos con crueles intermitencias, como si el corazán se resistiera á entregar por entero el tesoro de sus intimidades.

¿Es ofender á Dios, pensar en otra cosa que en él?.....

Aquí en el fondo, yo siento que nace una ternura terrena. Yo no sé si podrá más que mi pobre voluntad. Si es culpa, defiéndeme virgen adorada, dáme fuerzas para vencer sus tentaciones!

Al principio quise el olvido.... aún de aquellas cosas que pasaron cuando yo era niña..... aquellos caprichos que solía tener cuando estaba á su lado, y me hacía caricias, caricias inocentes porque él era niño también....

Solo ansiaba venerarte á tí, á tí consagrar todo mi pensar y mi sentir la existencia entera, y pude un poco no acordarme...

Después, la soledad llena de encanto, no fué ya soledad virgen del mayor dolor!..... Se fué poblando de recuerdos y de sombras blancas, que me hablaban en el misterio apénas dormía, que me llamaban tristes como si yo no tuviera calor en la sangre ni latidos en el pecho, como si hubiera muerto sin despedirme, sin decir un adiós á los seres que me amaron.... Y sufro, sufro por el mismo extremo de solo en tí buscar la salvación de mi alma, que yo no sé si está pura ó impenitente.....

Después de orar en la mañana, se apode-

ra de mí un pensamiento extraño, tenaz, fascinador.... No podría explicarlo bien. Pero, mi corazón se agita, y lloro....

Tomo el libro de rezos, y al fin de cada oración — consuelo que pronto pasa!—ese pensamiento vuelve, cada vez más hermoso..... Cómo me encanta entónces la luz del sol!... Y en la noche obscura, madre santa, cuando el rezar me alivia, busco el reposo, y no viene! Soy tu sierva, de tí me acuerdo en cada segundo, suplico tu amparo! El sueño huye de mis ojos; es otra cosa que sueño, lo que me hace suya; la noche se pone azul, muy azul..... y me imagino que cantan un himno todos los que viven en la tierra!.... Si un sopor me invade, mi cabeza se aturde, se extravía; pasan por ella visiones agenas á mi pasión, y en ese instante creo que me abandona hasta el ángel de la guarda!....

Si es mortal pecado, ven en mi ayuda.... no me dejes sola, tú que eres llena de gracia en los cielos, y yo tanto te adoro. Si no lo es, qué hacer virgen bendita? Yo vacilo y tiemblo, tengo miedo!

En estas incoherencias y otras análogas, en tierno balbuceo, pasó la novicia largos

momentos, como si dichas en voz bajita y tono humilde, allí en la soledad y la sombra, con unción suprema, esperase una palabra de consejo ó de perdón.

La lamparilla iba agonizando, y por grados despedía los vivos reflejos precursores de la extinción.

En uno de ellos, y cuando la jóven tenía fijos sus ojos, como en éxtasis en la virgen, parecióle que de los piés de esta imágen se desprendía poco á poco otra ténue, vaporosa, que vino quedito hasta ella y la rozó como un hálito para desvanecerse en el acto en las tinieblas.

Ante aquella aparición súbita y misteriosa, que creyó reconocer y se forjó realidad, la novicia ahogó un grito de sorpresa, moduló luego algo indefinible, é inclinando del todo su cuerpo, posó la frente en las losas.

Así inmóvil, yacente, creeríasele muerta, en medio de la calma y solemnidad del sitio.

Transcurrieron minutos, sin que diera signos de vida.

Algún ruido se produjo de pronto en el templo.

Era motivado por la entrada de una pequeña comitiva que se dirigía al bautisterio.

Apénas hubo pasado, la novicia se agitó suavemente, y fué reincorporándose con lentitud, primero sobre los codos, después con las manos, hasta afirmarse de nuevo en las rodillas.

En esa posición se mantuvo entre temblores.

Estaba muy pálida ahora, con los ojos bien abiertos. Una expresión de asombro cubría sus facciones demudadas.

La virgen parecía envolverla toda con una mirada luminosa, afable, compasiva, á la macilenta claridad de la lámpara, como recordándole que ella padeció por el amor, y que ese amor fué sublime por el martirio, tal cual en sus creencias ingénuas y candorosas se lo había imaginado la jóven.

Volviéndose, más que tímida, medrosa, hundió la vista en las sombras de la nave, entre las que buscaba sin duda la causa de su rara situación de espíritu y de cuerpo, á esa hora y en aquel lugar.

Se oprimió la frente, y luego giró la cabeza en torno para convencerse acaso de

que nadie había cerca y que estaba á solas con su imágen del Cármen.

¿Sería posible que álguien la hubiese observado ú oído momentos ántes, apesar de la discreción y del recato que había sabido guardar siempre desde su niñez en todos los ejercicios del culto?

No, nadie la había visto y escuchado!

Era tan solo la virgen la que había recibido en lo augusto del misterio las cuitas de su alma, tan sinceras, écos de humildad y contricción impregnadas de fé y tierno llanto.

Pero entónces ¿porqué sentía aquellas palpitaciones en su seno que le cortaban el aliento?

¿Que había ocurrido de extraordinario en medio de su plegaria, que la tenía así conmovida, confusa, llena de duda é inquietud?

Oh! Su conturbación provenía tal vez de una idea constante y profana; aquella que absorbía su mente cuando se prosternó en demanda de ayuda, y que volvía á asaltarla de improviso al acordarse que una visión se había interpuesto ó brotado de la imágen de la virgen, acaso efecto de su estado febril, y venídose leve é impalpable há-

cia ella, hasta acariciarla y desvanecerla en un rapto fugaz.

Y al pensar en aquel de quién era símbolo la visión, volvió á estremecerse, porque hasta los menores detalles acudieron á su memoria.

Recordaba que había visto una cabeza de cabellera profusa y unos ojos nublados de tristeza serena, pero de un reflejo humano y apasionado, y unos labios encendidos que la besaron con su aliento desde lejos.

No! Esto tampoco podía ser. Todo fué un aura de delirio!..... Sus grandes ojos pardos solo servían para adorar la divinidad, no para recibir sensaciones de esa especie.

La novicia llegó á reconocer que la alucinación había sido completa.....

Ya no eran para ella los dulces devaneos mundanos que comienzan con la juventud en flor y presentan la vida como un cármen delicioso cubierto de esplendores, nutrido de aromas y de arrullos. Ah, no!.... Los dorados ensueños de virgen que suspira por el ideal de una felicidad sin nubes; las castas ilusiones que surgen cada mañana como rayos de sol en primavera; las esperanzas

en indecibles deliquios y los grandes afectos que atan las almas en pos de afanes y de luchas, nada de eso era para ella, y tan solo envidiarlo aunque fuera durante el sueño la mortificaba y entristecía.

Para encontrar la dicha verdadera había que excederse á la propia miseria, hacerse superior al mismo pecado venial, rendir al éxtasis todas las fuerzas que insumía el placer de los sentidos, á fin de ofrecerse en esencia á lo divino sin una mácula, sin una impenitencia, como si la prisión de la carne solo se hubiera impuesto para prueba de absoluta castidad.

¿Cómo este sentimiento impío, se preguntaba ella en su pensar amargo, se ha entrado en mi ser sin que yo lo haya deseado ni querido?

¿Y porqué vuelve con más rigor y me atormenta en la soledad de las noches cuando yo lo rechazo con enojo?....

La jóven tornó á plegar sus manos, y por mucho rato se mantuvo contrita y fervorosa, absorta en la oración, cual si sintiese caer gota á gota allá en lo profundo de su alma un copioso rocío celeste.

Del bautisterio salía el eco de un llanto

infantil; el del pequeño que, al recibir el óleo y crisma, se rebelaba acaso contra la sal que se le daba en vez de azúcar.

La novicia se puso de pié, y marchóse al fin con andar lento, la cabeza baja y las manos cruzadas sobre el seno.

Entre los pliegues de su blanco velo lucían esta vez sus ojos con un fulgor tranquilo; pero vacilaba un poco á cada paso, como si á cortas tréguas la acometiese una incertidumbre ó una congoja no esperada.

A la derecha, delante de ella, en la parte sombría, se dibujaba un confesionario.

Cuando estuvo cerca del mueble mudo y rígido, se detuvo de súbito, creyendo distinguir junto á él otra sombra más obscura, la de un hombre, que se movió con rapidez.

Oyóse una voz reprimida, aunque resuelta y varonil, que dijo:

—Pues que has orado, debes haberte acordado de mí. Te imploro dos minutos, ántes de salir!

La jóven demostró conocer en el acto aquella sombra y aquel acento.

Presa de violenta conmoción, se lanzó há-

cia quien lo profería y poniéndole su manecita trémula sobre los labios, repuso conteniendo el aliento, con angustia infinita:

—Calla, por Dios!....

XV

En pos del ensueño

El día que se sucedió al de este encuentro en la iglesia, fué un domingo de sol, alegre y templado.

Durante la mañana, Ricardo había recorrido en todas direcciones el jardín, más pensativo que otras veces, notándose en su semblante algunos signos de impaciencia.

Almorzó sóbriamente, y recomenzó sus lecturas, sin interrumpirlas hasta pasadas las dos de la tarde.

Después se dirigió á su cuarto de vestir, puso algún cuidado en el arreglo de su persona, dió órdenes á Cirilo, y salió diligente, prévia una vista al reloj, que señalaba las tres.

En la iglesia, al separarse, la novicia le había indicado una hora más tarde, diciéndole con tono grave:

—Pues que quieres hablarme, te ruego que no insistas en hacerlo en este sitio. Te esperaré mañana en la casa de mis padres, que tú bien conoces.

Y él se anticipaba para llegar con puntualidad á las cuatro, sintiendo todavía el frío de la actitud asumida por Minés apenas hubo dominado su emoción, así como lo parco y severo de sus palabras.

Todos sus pensamientos derivaban hácia un pesimismo rudo. Importábale mucho, con todo, persuadirse que eran inútiles sus afanes, y que en la primera estrofa había terminado el idilio de su adolescencia.

Se daría el placer de mirarla y de oirla en la edad del criterio, después de haberla encariñado tímido y pulero en la edad de los candores.

Si de escucharla resultaba una pena por lo que ella expresara, sería siempre el verla un encanto triste, pero al fin encanto, tratándose de una mujer que no pertenecería nunca á otro hombre.

Cuando los mejores años se sacrifican á

las costumbres monacales, y se está recién en pleno vigor de juventud, las conversiones hácia lo terreno, que no han logrado por atracción sugestiva los propios afectos de familia, son poco ménos que imposibles por el solo influjo de otro sentimiento que no sea el de una pasión avasalladora é irresistible.

Oh! Ella parecía no alentarla, y que no era su organismo delicado para los grandes é intensos amores!

Minés vió llegar al jóven, á través de las lijeras cortinillas que envelaban las vidrieras.

Se sentó en un sofá, reprimiendo los repentinos saltos del corazón. En varias ocasiones había sentido una congoja igual á la que en esos instantes hacía presa de su alma, secreta y duramente combatida por encontrados impulsos.

Sus padres estaban ausentes. Habían destinado ese día para visitar á una de sus hermanas, casada, que residía en Melilla.

La novicia, en posesión del plan doméstico desde días atrás, había aprovechado tal circunstancia para invitar y recibir á Ricardo, sin que nadie oyese confidencias que

ella se resignaba á escuchar acaso por única vez.

Impetrando auxilio á su fé y decisión á su voluntad, salió al encuentro de Valdemoros, estrechóle dulcemente la mano, y lo condujo á la salita de labores con vistas al huerto, y en cuyas paredes se veían pinturas y símbolos de religión.

Sentados cerca el uno del otro, se mantuvieron un momento en silencio.

Como si recién la examinase en todos sus detalles, Ricardo tuvo atenta su mirada en Minés, concluyendo por decir á modo de expansión que fluyese de su discreto exámen:

—Ha sido forzoso un rasgo de audacia de mi parte, para sentir este goce de estar cerca de tí. No lo esperaba. En algo contribuyeron las circunstancias. Te ruego me perdones; yo reviví al mirarte, entré á la iglesia y sucedió aquello....La larga separación, los recuerdos, un deseo vivo de saludarte, por lo ménos me disculpan ¿no es verdad?

El mundo me ha enseñado que lo mejor suele ser lo que se amó desde niño, cuando es puro, y si puro se conserva.

Minés le oía con recogimiento.

No llevaba ropaje azul ese día, sinó uno negro recubierto en el seno y hombros por una esclavina blanca.

Un velo del mismo color rodeaba en múltiples ondas su cabeza; pero, no tanto que no asomase en una de las sienes una guedeja del cabello, á modo de crespón sobre mármol muy pulido con vetillas cerúleas.

En sus grandes ojos pardos, muy abiertos por la emoción, brillaba una luz serena. Miraban bien de frente, de un modo profundo, cual si quisieran sondar la intención del que había sido el compañero predilecto de su infancia.

—En la iglesia me pediste que callase. —continuó Ricardo con voz muy suave,—y te obedecí sumiso, porque tu sensatez se impuso á mi temeridad. . . . Ahora, eres tú la que te reservas, cuando más ansío oir tu habla, sabiendo, porque lo sabes, cuán hondo llegará á mi espíritu el eco de tu acento.

Sin dejar de observarle, sobrecogida en su interior por la impresión sufrida, pero con entereza para disimularla, Minés contestó en el mismo tono:

—Tu noble amistad inspirará todos mis ruegos. No es eso bastante?...

—Es mucho y te lo agradezco. Pero, no es todo. La simple amistad no colma la dicha.

—Otro sentimiento me está vedado.

—Será porque así lo deseas, Minés. Creo que no existe ley alguna que á eso te obligue, si pones la mano en tu pecho, que es nido de virtudes.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu misión sería envidiable en el hogar, si un hogar mereciese por reina la santidad.

La novicia se removió lentamente en su asiento, con la vista errante en un rayo de sol que entraba de través por un vidrio rojo y teñía de púrpura encendida el cuadro del Gólgota en la tarde del martirio.

Luego volvió á fijar en el jóven sus pupilas, guardando honda pausa, que interrumpió al fin para balbucear llena de tristeza:

—Ya no estoy en el mundo.

—Por eso te quiero más.

—No son esas palabras para mí.

A pesar de todo, gracias!—añadió Minés,—sin que en su rostro pálido se reflejara la menor contracción.

Ricardo quedó un instante callado.

Después, haciendo un esfuerzo, prorrumpió con sentimiento, mirando á otro lado, como si hablase á solas:

—Será verdad que ya no alientas caros afectos de la vida, que renuncias á una ventura cierta por la esterilidad de los cláustros!...

—Por el bien de otros, no es pecado.

—¿O por el temor á Dios?

Minés clavó en el jóven su mirar sereno, y susurró:

—¡Por amor á él!

Y plegó las manos, volviéndose hácia la imágen de Jesús.

—Por la esterilidad de los cláustros,—repitió Ricardo, como imbuído recién en temas que nunca le merecieron especial atención, y discutiese consigo mismo la importancia de sus efectos positivos.—Pues!....Que se ame y practique la virtud de dolerse del mal ageno; que adore á Dios cada uno según sus creencias, está bien....Una conciencia cualquiera es un sagrario, y nadie debe obstinarse en desalojar el error allí anidado, sin pecar de intolerante....Con todo, no comprendo!....Querer un poco ménos á los padres; desligarse uno ó más grados de los

cariños del hogar; disminuir á la amistad dos tercios, es ya sério....Creo que sale de lo común y que puede ser un mérito raro. Pero, es más grave renunciar en el albor de juventud á los derechos de naturaleza, á los impulsos propios de la carne y de la sangre, y pensar que el sacrificio de sí misma consiste en abstenerse de los goces del mundo, cuando en el fondo, lo que se hace, es abstenerse del sacrificio....

La novicia, que le seguía en calma, le interrumpió con su inalterable dulzura:

—Yo no lo entiendo así.

—Se explica,—continuó Ricardo. — Cómo lo has de entender á tus veinte y dos años, si todo en ellos, lo habrás aprendido, ménos aquello que debiera conocer tu alma y que obliga á tu sexo?... Llevar al frenesí el pensamiento por lo que no se vé ni se palpa, y al éxtasis el sentir por las imágenes simbólicas, con descuido de lo que ríe y llora, es sencillamente sustraerse á las cargas de la vida.

—¿No te parece aquella bien pesada?...

—No. Son otras las que gravitan de verdad.... más que las del simple ruego por los que sufren.

—Mi profesión no es de egoísmos.

—Aunque sea la de hermana de caridad. Para hacer el bien por amor al bien, no es necesario enrolarse y jurar votos.... Si los pronuncias, tú que tienes el corazón virgen, te preguntarás un día con amargura ¿eran éstos todos mis deberes de mujer?

—Y, sí!—prorrumpió la novicia temblándole los labios.

—¿Eran éstos, — prosiguió Ricardo,— los únicos de mi sexo, sin las afinidades que lo vinculan al hombre, sin las delicias y los dolores de la madre, que convierten la más humilde en un ser respetado y adorable?

Minés se puso inquieta y miró ansiosa el crucifijo colgado en la pared del frente.

—No lo mires!—dijo el jóven con pena. —Lo que ese mártir predicó no es la doctrina que te han enseñado.

Y levantándose, se puso á andar de uno á otro extremo á pasos lentos, haciendo de su voz murmurio:

—No fué eso!... Lo que él decía en el fondo de sus máximas y de sus parábolas, era que los sexos habían nacido para amarse, para unirse, para formar proles.... y de no ser así ¿quiénes habrían mañana de re-

cordarle y de bendecirle?... Había que criar una nueva grey, con jugos de fraternidad y de amor. Cuán mal se interpreta la jerga inimitable del sublime vagabundo!...

Cambiando de tono, se detuvo delante de la jóven, añadiendo expresivo é insinuante:

—¿Te acuerdas de nuestros primeros años, de aquellos días felices en que no había estas nubes, estas sombras tristes?... Entónces tu alma estaba libre.... no era para el rezo solo tu boquita de clavel.... Eramos tan amigos!

—Y lo somos ahora, Ricardo!—repuso ella con los ojos velados por un llanto silencioso. Aunque no pensemos lo mismo, mi afecto puro es para tí siempre.

Si me acuerdo? Oh!... No se borra tan pronto la memoria dichosa.

Y animándose por instantes, dió otro giro y firmeza á sus palabras.

—Pero, qué quieres de mí? Soy bien lo sabes una humilde creyente, tal vez la devota que odian muchos, sin saber que hay fatalidad en ciertas cosas, y que en mí ésta es una de ellas. Me han enseñado á amar lo sagrado, ante todo, y un poder que yo no resisto, porque me subyuga, ha fijado

para siempre mi destino. Si en mí has cifrado una esperanza, sin yo merecerlo, relévame Ricardo, pues yo no te haría feliz con mi corazón partido en dos. Ni qué venturas podrías soñar á mi lado!... Jóven, arrogante, y no te adulo mi noble amigo, lleno de talento y de virtudes, qué mujer bella y de méritos sería insensible á tu justa pretensión! Cuántas envidiarían esta suerte que yo renuncio!...

¿Crées ahora en el sacrificio?...

—Así, no. Mejor fuera que me hablases de una estrella que se apaga.

Y esto diciendo, fuése á mirar por los cristales los árboles del huerto con un aire vago y distraído.

La novicia se reconcentró, conteniendo apénas la salida de las lágrimas.

Al cabo de un rato, y sin volver la cabeza, dijo Ricardo:

—Todavía guardo en una carterita de piel unas hebras de tu cabello, que me diste cuando eras niña. La única prenda ganada en aquellos idilios, ya lejanos, ahora sin frescura y sin aromas, como flores muertas.

—Prenda de amistad sincera, ¿no es cier-

to?—respondió Minés sobresaltada y enternecida.

—Sí.... En aquella edad parece que no había intención. Ya que en rigor, lo que te han enseñado, es á temer y desconfiar de los hombres, confundiéndolos á todos en un anatema común, te la devolveré para tranquilidad de tu conciencia.

—No seas cruel, Ricardo. Yo te ruego que la retengas!...

Y Minés ahogó un sollozo.

—Noto que me lo pides con sentimiento, y me basta.... Acaso te he herido sin yo pensarlo. Discúlpame. Has esparcido en mi espíritu una gran suma de desencanto con tu resolución extrema, y no es extraño que de vez en cuando yo desentone.... No te molestaré más con mi presencia y mis palabras, que son écos profanos....

—No tanto, Dios mío!

—Y en vez de empeñarme obsecado en decir á tu oído cuantas delicias encierra el cariño, te dejaré á solas con tus horas divinas.... pues que así te consideras feliz. Debes creer que te respeto y te admiro.

Acercándose de nuevo, le tendió la mano, que ella estrechó temblorosa.

La voz se le había anudado en la garganta.

Ricardo salió en seguida sin volver el rostro, mesurado, severo, con esa conformidad dolorosa que guarda para sí toda la hiel, por profundo que sea el desengaño.

La novicia siguió atenta hasta extinguirse el rumor de sus pasos, con la mirada enclavada en el suelo. Oprimióse luego el pecho, como si allí sintiera un desgarramiento; tambaleante, dirigióse á su dormitorio, y prosternándose ante la imágen de la virgen con riego de lágrimas, posó la frente en el piso.

En esa actitud permaneció mucho tiempo, sin moverse; y cuando lo hizo para contemplar al ídolo del Cármen, pareció como otras veces confortada por un consuelo inefable transparentado en su plácida sonrisa, y en la lumbre de sus ojos.

XVI

Voces que llaman

Se siguieron días sombríos.

Los vaticinios siniestros no cesaron en largas semanas, la atmósfera se fué poniendo candente, y al fin se entró en el penoso período de las espectativas y de las incertidubres crueles.

Acontecimientos graves perturbaron hondamente el país, y los afectos más preciosos se sintieron conmovidos y desgarrados ante el espectáculo de las pasiones sin freno. A todos alcanzaba el rigor de las cóleras y de los rencores en una lucha que podía durar mucho tiempo.

Tanto en el fondo de los hogares, en el secreto asilo, como en lo recóndito de los conventos, se debatían los sentimientos íntimos con indecibles zozobras á la llegada de noticias ó datos funestos, aunque fuesen

falsos, ó exajerados por los entusiasmos del amor ó del ódio.

Las asociaciones permanentes y las improvisadas de caridad, ponían en juego todos sus recursos para atender múltiples reclamos, y proveer á los futuros, sin reserva de esfuerzos abnegados. No eran óbices á este empeño las simpatías y antipatías. Había que socorrer á los desgraciados por un interés común, á fin de preservar á unos vencidos de iguales consecuencias fatales que á otros, si se quería humanizar la guerra, y no cubrir de manchas indelebles las enseñas de los opuestos campos.

Hasta en el monasterio de Minés entraban ráfagas extrañas, llenas de calor, como si la general contienda no respetara en sus expansiones violentas ni los sitios aislados de paz y mansedumbre.

Decíase en los cláustros que aquellos ardores en los aires, más que de incendio, eran resuellos del espíritu maligno mezclados á los del hipogrifo negro con seis álas rojas en que cabalgaba entre nieblas en las trágicas noches de la venganza y el exterminio. Eran el castigo y la expiación, que abatirían por igual á todos los impenitentes.

Sor Mercedes preparaba una expedición á la campaña con abundantes elementos, que estaría pronta, apenas se indicara la necesidad de su auxilio.

Sor Silenciaria formaría parte de ella, conceptuando la hermana iniciadora que por su taciturnidad se contraería con mayor eficacia que otras enfermeras á la cura de los heridos.

Aunque esta religiosa manifestaba siempre tener mucho temor al espíritu maligno, por lo cual se encerraba días enteros en su celda á pretexto de penitencias voluntarias, miedo que podría aumentarse ahora que ese espíritu equitaba en un hipogrifo, sor Mercedes había llegado á imaginarse que la taciturna revelaría ejemplar celo en los hospitales de sangre, y que era conveniente ofrecerle la ocasión de distinguirse.

Conociendo las excelentes aptitudes de la conversa Marcela para este género de servicios, la hermana solicitó de sor Vicenta el concurso de esa útil colaboradora en obras de caridad; pero supo por ella que la lega habíase retirado del convento hacía algún tiempo, constándole que estaba colocada en casa particular, cuyas señas le indicó.

Lejos de desistir, sor Mercedes fué en su busca, encontrándola en dicha casa, en calidad de ama de llaves.

Oído el propósito, se rehusó con sentimiento, agregando que por distintas razones hubiese sido para ella una gran satisfacción acompañarla.

Su señor estaba ausente. Un día después de hacerse cargo de su puesto, él le dijo que quedaba al cuidado de su casa, en compañía de un matrimonio de hortelanos á quienes venía dispensando favores desde meses atrás, y que atendían el jardín y la huerta.

No le previno cuando volvería.

Por la tarde, Cirilo, que era su sobrino, trajo los caballos, y partieron juntos.

Cirilo le dijo al despedirse de ella, que el viaje sería tal vez un poco largo, porque don Ricardo iba á arreglar asuntos muy importantes lejos de Montevideo.

Dado el compromiso contraído por Marcela, la hermana no insistió, y tornó al convento.

De paso por el cláustro, encontróse con Minés y Amelia, que se dirigían á la capilla con sus devocionarios.

Detúvose á saludarlas, y les manifestó su contrariedad por lo que le sucedía.

Como todas se afanaban en contribuir al objeto piadoso, prometieron hacer empeño para hallarle la auxiliar, y hasta avanzó Amelia tenerla ya casi segura, por tratarse de una lega á quien ella mucho quería, llamada Dionisia.

La hermana agradeció, y siguió para departir con la superiora.

Cuando sor Mercedes hizo el relato de su gestión infructuosa, citando nombres propios y la casa en que servía Marcela, quizás sin intención ni cálculo ulterior, Minés se puso sobre sí, y recuerdos aún recientes acudieron en tropel á su memoria.

Qué raras coincidencias!

Algún tiempo había pasado, desde su entrevista con Ricardo, que en vano luchaba por olvidar. Por primera vez oía su nombre en el convento, y en boca de una religiosa austera. Luego, Marcela....de ama de llaves de Valdemoros!

No abrigaba ya dudas....

La recompensa había sido digna del servicio.

Las cartas que aparecieron dentro de su pasionario, el recato guardado siempre por la lega, al punto de no acercarse nunca á ella,

su salida del monasterio poco después de aquella tarde melancólica.... todo lo veía ahora claro, sin sombra alguna de equivocación ó de error.

—Vamos, Amelia!—dijo con un acento extraño, que jamás le había conocido su compañera.

Y sus labios, muy encendidos, de una tersura impecable, temblaban entreabiertos cual si estuviesen modulando una plegaria secreta.

Ya en la capilla, desierta á esa hora, la novicia miró con atención prolija á ciertos sitios; el coro, la pilastra próxima al altar, los episodios de la vía dolorosa, el cancel de entrada, como si buscase algo, alguna sombra, algún fantasma evaporado en su mente.

Tampoco había notado esto Amelia en ninguna ocasión, pues una vez en el santuario su amiga se concentraba en un profundo recogimiento.

Pusiéronse de rodillas y oraron.

Concluído su ejercicio, volviéronse juntas y silenciosas.

Recién en el cláustro, Minés preguntó:

—Irá Dionisia?

—Ahora mismo lo sabré.

Y se separaron.

Muy pronto, las novicias volvieron á reunirse.

—No puede,—dijo Amelia. Tiene á la madre enferma, y va á pedir licencia para asistirla.

—Ah! Ella también tiene sus dolores.

Amelia la miró con terneza.

—Qué tienes hoy, Minés?....

Será porque se acerca el día de nuestros votos?

La jóven se estremeció, como si la arrancasen bruscamente de un sueño.

—Oh, no! Que cosas se te ocurren.... A cada momento estoy pensando en los que están en la guerra, me imagino en lo que han de sufrir....No te pasa esto á tí?

—Si, que me ocurre sin quererlo....Pero cuando una ha rezado por todos ¿qué más queda que hacer? Orar siempre; así la tristeza es menos....

—Orar! Verdad....si orando se olvidase todo lo que una quisiera, y no quedase más que el consuelo. ¿Cuando estás dormida Amelia, tú no sientes á veces unos gritos raros en el alma, y que se encoje el corazón, así como si lo apretasen fuerte?....

Y la novicia cerraba su manecita hasta no dejar ver uno solo de los dedos.

—No, yo no siento eso, — repuso Amelia toda confusa; — solo que tenga algún pesar grande, de los que vienen sin motivo, y la obligan á una á llorar como una tonta.

En ese instante, la figura chata y obesa de sor Silenciaria asomó por el extremo del corredor, sin que el roce de sus anchos zapatos negros sin tacones produjesen el menor ruido sobre las losas.

Con los pliegues de la toca muy ceñidos á la frente, orejas y mejillas, dejaba tan solo ver una nariz corta y carnuda entre dos ojos verdosos con estrías amarillentas velados por párpados de un violáceo obscuro.

Cargada de hombros y un tanto patizamba, la hermana Silenciaria no carecía sin embargo de cierta desenvoltura y agilidad en el desempeño de funciones que no exigiesen gran pulcritud y esmero.

Por ser escudriñadora y callada, las conventuales se guardaban mucho en su presencia, pues cuando era preciso hablaba al oído de la superiora cosas que después producían desazones y penitencias.

Se la creía muy amiga de su comodidad,

y aunque solía ir á los hospitales, nadie sabía que hubiese asistido tan solo una noche á un enfermo. Pocas la igualaban para alcanzar frascos y drogas ya preparadas en la farmacia, para arrebujar un poco á los pacientes, y para traer fundas y sábanas limpias del cuarto de planchadoras.

Ahora se entretenía en el convento en cortar vendas y en hacer hilas. Pero se decía que dejaba siempre los deshilaches al comenzar, al punto de no hallarse más de dos docenas de hebras en su canastillo, así que por cualquier pretexto suspendía la tarea.

Las novicias, que ya habían concluído la suya, se encargaban espontáneamente de complementar el esfuerzo de la hermana taciturna.

Luego, ella decía que al ahorrarle ese trabajo la habían despojado sin consulta de una parte de su deber, por lo cual se impondría algunas horas de castigo disciplinario.

Si reaparecía, era para ocuparse de doblar gasas y reunir copos de algodón en cajas listas al efecto, y que debían remitirse á los hospitales de sangre por intermedio de hermanas enfermeras ó de la cruz roja.

Un acto de grande abnegación se elogiaba

en ella; y era el de haberse decidido á acompañar á sor Mercedes en la primera excursión que realizara á la campaña, y cuya fecha debían determinar los sucesos.

Así que la vieron llegar las novicias, le abrieron paso respetuosas.

Sor Silenciaria pasó, paladeando una jaculatoria, sin dejar en pos más que un zumbido sordo de grueso coleóptero acorazado.

Cuando estuvo bien lejos, las jóvenes reanudaron su diálogo.

Pero, esta vez, para lamentarse de que el jardín y el huerto estuviesen ya en esqueleto con los avances del invierno.

Que días sombríos!

Y divagando sobre detalles frívolos, caían al fin en el tema obligado, el preferente en todas las conversaciones, ejercicios espirituales y ceremonias sagradas, que era el de guerra con su séquito de horrores.

Cuántos habrían caído para siempre, y qué sería de los heridos al raso entre lluvias y aires helados!

Las pocas noticias que entraban al convento presentaban las cosas de un modo terrible; los combates eran frecuentes y en cada uno de ellos se perdían vidas preciosas.

—Tú tienes hermanos en la guerra?—preguntó Minés emocionada.

—No lo sé,—dijo Amelia. Tiemblo de pensar que se hayan ido. Esto de no saberlo todo, es insoportable.

—Qué angustia! Si.... insoportable....

Yo te quería expresar eso mismo, hace un momento; hablarte de penas que se sienten cuando una está sola, y se despierta inquieta...

Una sabe porqué ¿no es cierto?—añadió Minés exaltándose un poco, impelida sin duda por un ánsia de expandirse que le ahogaba el corazón—Los sufrimientos de otros se parecen á esos gritos que una oye en el sueño.... Son como voces que llaman tristes..... que vienen de lejos, y no se callan!

Dijo esto último la novicia con tal vehemencia, que Amelia volvió á alarmarse.

—Tú te afliges demasiado por cosas que no se conocen, —balbuceó blandamente.— Cualquiera supondría que tenías al ser más querido en esta guerra espantosa y que le veías ya morir.

Al escucharla atenta, Minés sintió una punzada aguda en el seno que soportó con

todo el heroísmo de su fé, y repuso esforzando una sonrisa:

—Alucinaciones mías, sospechas que me vienen de pronto, y lo presentan todo de duelo.... No hagas caso! Yo no tengo hermanos varones. Mi padre es viejo y no quiere mal á nadie. Ya vés que no hay motivo....

Es por lo que otros sufren que á mí me duele sin poderlo remediar.

—¿Quieres que recemos otra vez? Tú sabes que eso nos conforta.

—Bueno; pero ¿en mi celda?....

—Sí

—Allí estamos solitas.... nadie nos oirá.

Y á paso tardo, impregnadas las dos de melancolía, marcharon juntas enlazadas de las manos, para reiniciar sus coloquios y meditaciones sagradas ante la pequeña imágen que Minés veneraba en su celda.

Concluídos estos ejercicios, y al parecer reposadas y tranquilas, las novicias se miraron con aire satisfecho.

Luego Amelia, llena de pueril curiosidad, se dirigió al lienzo, exclamando:

—¿Porqué lo tienes cubierto, Minés?....

Y apartó el cortinado.

Su sorpresa fué grande, cuando vió que el nazareno había desaparecido.

E interrogó atónita con los ojos á su compañera.

Esta quedó muda, con la mirada fija en el fondo obscuro del lienzo, cual si por su parte contemplase la imágen cuya desaparición asombraba á Amelia.

Rompió el silencio, diciendo con acento amargo:

—Se fué.... Yo sola tuve la culpa de que se fuera!

—No te entiendo.

—Pues sí,—continuó Minés, como embargada por una preocupación séria.

Una mañana me imaginé que él me decía con los ojos que no era Jesús, y lo borré de dos brochazos. Después me ha parecido un poco raro esto que he hecho....

—Y á mí también. Era tan hermosa la cabeza de tu redentor! ¿No te confesaste después?

—¿Confesarme? No... no había motivo. Todo fué un capricho mío que debo corregir, dice mi maestra, pintando otro busto más á mí deseo.

—De ese modo te se puede perdonar. ¿Y cuando lo empiezas?

—Ah, no sé! Estas desgracias que á todos nos afligen, me quitan el ánimo por ahora. En vez de entregarme á la pintura y al armonio, quisiera ayudar á aliviar y á consolar...

Amelia un poco pensativa, observó, revelando secreto anhelo:

—Yo te acompañaría muy gustosa. Creo que pronto sucederá, porque he oído decir á la superiora que traen muchos heridos y enfermos á Montevideo.

—Mejor sería que no sucediese. Pero ya que eso no tiene enmienda ¿para qué estamos nosotras? Es tan dulce creer que una sirve para alguna cosa útil... ¿Vendrás conmigo, Amelia?

—Ay, sí!

—Verás como aún sufriendo, gozamos.... Ya que solo vivimos para llorar, nos mirarán con un poquito de simpatía, ellos que así desafían la muerte sin acordarse de los corazones que se retuercen de dolor.... Y les preguntaremos por los que quedan.... Sí, por los que no han venido.... Por tus hermanos, si están en el peligro: y por otros aunque no sean de la familia, pues todos merecen nuestro afán piadoso, nuestro recuerdo, nuestras lágrimas ¿verdad?....

Estas últimas palabras de Minés salieron como encadenadas con un sollozo irreprimible.

Amelia que la oía en suspenso, se arrojó en sus brazos, y la estrechó llorando.

XVII

El tren nocturno

Un sábado, por la tarde, después de los ejercicios de costumbre y de un predicado por la paz, sor Mercedes vino al monasterio bastante impresionada, á causa de las nuevas recibidas de campaña.

Algunas semanas hacía que las zozobras no habían cesado, siguiéndose la série de días infaustos, sin una sola interrupción que presagiara el aplacamiento de las pasiones en lucha.

Muy al contrario, todo inducía á creer que su exacerbación iba en aumento, y que el flagelo cruento no haría crisis en tiempo indefinido.

A mayor efusión de sangre—se decía—

menor probabilidad de bonanza. Los rencores estaban distantes de decaer; el abismo llamaba al abismo, el termómetro marcaba fiebre alta, y se entraba en el período álgido del delirio.

Sería bien larga la cadena de funerales; y doblar á muertos, la única voz de las campanas.

Sor Mercedes comunicó á las conventuales, que las noticias transmitidas á esas horas, daban cuenta de un combate sangriento que había durado todo un día.

Acontecimiento tan doloroso, la decidía á marcharse en el primer tren que hubiera con destino al norte; pero, aunque no se le había podido informar del momento preciso de la partida, á causa de las interrupciones en el trayecto á recorrer, ella creía por otros datos que tendría lugar en la noche siguiente, por lo cual iba en busca del tributo de útiles ofrecidos para completar su equipaje de enfermera.

La comunidad correspondió solícita al pedido humanitario, excediéndose á los anteriores esfuerzos.

La misma sor Silenciaria, reprimiendo su pena por un viaje tan ocasionado á aven-

turas, empezó á arreglar su maleta de un modo minucioso, sin olvidarse de una caja de caramelos rellenos á que era muy aficionada, y de otras dos de rapé que sorbía con deleite en sus horas de reclusión.

Esa noche fué casi de vigilia.

Terminados los arreglos, se rezó un poco; y luego se comentaron los sucesos que tenían conturbados los espíritus.

Los informes eran muy breves, y en mucha parte obscuros.

Se ansiaban detalles, con ese interés propio que suscitan los dramas culminantes; y la aparición del nuevo día, como una completa luz reveladora.

Ya muy alto el sol, la señora Georgia entró al convento; y á riesgo de tropezar con sor Silenciaria que iba hácia el refectorio en busca de una taza de chocolate con bizcochos y á quien saludó con la mano por respeto á su taciturnidad, se dirigió sin detenerse á la celda de la novicia.

Muy grata fué esta visita para Minés, que hacía tiempo no veía á su maestra, á quien creía disgustada por los episodios de la tela.

Así es que al abrazarla, le dijo:

—Gracias, señora! Su presencia me llena de alegría.

—Qué gozo siento al oir á usted decir eso! Me prueba que conservo el afecto de mi querida discípula, aunque no la vea con la frecuencia de ántes. Pero, qué le hemos de hacer!..... Atenciones y compromisos á cada paso, para las que vivimos del arte, y luego estas cosas terribles que están pasando, traen á una sin tiempo ni gusto para manejarse con método y sosiego.

Hoy no pude resistir; y aquí me tiene por algunos instantes, pues voy enseguida á dar mi condolencia á otra discípula que acaba de perder al hermano menor en la guerra.

—Ay, qué pena!

—Muy grande; pero hay que esperarlo todo de este mal de los males.... Mire usted, aquí traigo un recorte de periódico donde está la nómina de muertos y heridos en el último combate, que se ha podido obtener, pues aseguran que el nùmero es más crecido....

Vea, entre los caídos para siempre: Pedro Arboleya, que es el hermano de mi alumna Guma. Una calamidad!

—Oh! y la lista tiene muchos nombres....

—Es larga!—prorrumpió la señora Georgia, reteniendo con fuerza el recorte en sus manos.—Después de citar los muertos, menciona los heridos; son más de trescientos los que se nombran aquí, como primera información.

La novicia acercó su asiento al de la profesora, y la miró con un aire hondamente doloroso.

Temía los lábios y las manos trémulas.

—Amelia teme que sus hermanos se hayan ido á la guerra,—dijo visiblemente conmovida;—y desearía saber si figura ahí el apellido de ellos.... Velázquez.... Dios mío! Estará?

—Veamos. No hay que desconsolarse todavía....

Y la señora Georgia leyó para sí, rápidamente.

—No, no está! —exclamó al fin.—Y no tiene nada de extraordinario, pues no todos los que se exponen en las batallas sucumben ó caen heridos; ni tampoco estos últimos han de ser todos graves.

Lejos de eso; más son los de carácter leve.

Es de presumir que lo sean en su mayor parte.

Infortunados!

De todas maneras les es necesaria la asistencia prolija de los seres que los quieren; de ese estímulo del cariño noble, que no se cambia por nada en el mundo, y que tanto se echa de menos en la hora del padecer....

Sé que una comisión de hermanas va á partir con ese generoso propósito, y quisiera dejarles este recorte, que les puede ser útil... para guiarse por los apellidos....

—Oh, si señora! Démelo usted, porque yo me haré cargo de eso.

La señora Georgia se quedó en suspenso, observando detenidamente á la jóven.

El acento de ésta había sido tierno y suplicante, y extendido sus manos con una ansiedad incontenible.

Luego de vacilar un momento, y conmovida á su vez, la maestra dobló en muchos pliegues el impreso hasta reducirlo al menor tamaño, y repuso:

—Bueno, se lo paso á usted, y recuerde mis palabras al entregarlo; pues entre los heridos hay personas de distinción que de-

ben ser socorridas de inmediato, y se encuentran en la soledad del campo entre gentes extrañas....¡Dios los salve á todos! Adiós mi adorable niña, ruegue mucho por ellos. Mañana volveré á acompañarla un buen rato.

Y atrayendo á Minés, la estrechó contra su seno, como pudiera hacerlo una madre amorosa.

Ella le retribuyó las caricias, sin decir una palabra.

La señora Georgia desapareció con la misma celeridad que había empleado al presentarse.

La novicia ni atinó á acompañarla, como era su costumbre; y sin moverse de su sitio, desdobló el recorte, y se puso á leerlo con extrema avidez.

De súbito, lo plegó, y se dejó caer en su asiento muda y helada.

En la lista de los prisioneros y heridos graves, había tropezado su vista ansiosa con este nombre: Ricardo Valdemoros....

A esa hora, se notaba una gran agitación en el convento.

Se acababa de saber por un ciclista emisario, que el tren marcharía así que obscureciera, llevando botiquín y enfermeras hasta

una estación del norte, en cuyas proximidades se había improvisado un hospital de sangre.

Con este motivo, la actividad se duplicó á fin de terminar el arreglo de los objetos que debían entregarse á sor Mercedes, encargada de dirigir la expedición.

Ante lo inusitado del movimiento, Amelia corrió en busca de Minés.

La jóven no estaba ya en su celda.

Cuando se repuso un tanto de la impresión sufrida, Minés salió al átrio para evitarse interrupciones, y penetró por allí á la capilla.

Apenas se sentían sus pasos.

Iba pálida como una muerta.

Deslizóse fugaz por la nave de la izquierda, en momentos que el hombre de contextura récia y cuello bovino se ponía de rodillas ante el altar de San Roque, y se daba golpes en el pecho.

Ella pasó, y fué á prosternarse frente á la imágen de la virgen, sin más ruido que el que hacer pudiese una mariposa al cruzar el aire.

En tanto duró su rezo, el devoto cambió de posición, sentóse en una silla baja de pino rojo, cruzó sus manos sobre el abdómen, y

entró en beatífico sueño, salpicado de alguno, sonoros ronquidos.

Sor Silenciaria, que había llegado á considerar de no poca temeridad el viaje resueltos entró á la capilla para iniciar un espiritual coloquio con la inmaculada; pero, un tanto inquieta por aquella sinfonía de bronquios, sin saber de donde provenía por la casi obscuridad del recinto, tomó los rezongos por écos de un armonio diabólico, y limitándose á hacer la señal de la cruz, se escurrió rápida de nuevo al cláustro.

Cuando Minés, pasados largos momentos, se reincorporó, la sonata bronquial había concluído, y su extraño compañero de rezos no estaba ya en su silla habitual.

Para el regreso á su celda, la jóven volvió por el átrio.

Allí se encontraba el sujeto velludo, con el brazo extendido y el puño cerrado, frente á frente de sor Silenciaria.

Al notar aquello, la novicia se imaginó en el primer instante algo de amenaza en una mímica tan violenta; pero, no era así, según pudo inferirlo bien luego, por las pocas palabras que alcanzó á percibir en su tránsito veloz.

Lo único que pretendía con voz atildada de la hermana taciturna aquel varón religioso, era que se apresurase la venida del capellán, ante quien quería esa tarde hacer algunos pequeños descargos de conciencia, constándole que tan digno padre se marcharía por el tren de la noche.

Este capellán merecía toda su confianza. Solo con él consumaría el sacramento, porque estaba en los secretos de su alma penitente.

Minés siguió rápida el camino de la celda; y una vez allí, se encerró echando llave á la puerta.

La actividad no cesó en el monasterio.

Dos horas más tarde, cuando caía la noche, veíanse aglomeradas gran número de personas en los andenes de la estación central del ferrocarril, con motivo de la salida de un tren expreso.

Deudos, amigos y funcionarios en perpétuo vaivén, se alternaban y reemplazaban en las múltiples oficinas recomendando cartas, visitas y recuerdos.

Cada soldado, de los pocos que iban de custodia, tenía en torno un grupo de mujeres del pueblo, que suplicaban el envío de no-

ticias de sus parientes, apénas llegasen al lugar de su destino.

En aquella abigarrada concurrencia de distintas clases sociales, duelos, anhelos y esperanzas se umían por el lazo común del sentimiento.

Las lágrimas y quejas podían más que el resuello de los rencores.

Parecía que para la incertidumbre, el tiempo era poco; y para odiar había mucho tiempo. El aborrecimiento al vencedor, era atenuado momentáneamente por la suerte que podía caber al vencido.

De la conversación de los grupos de mujeres, no era fácil coger una frase entera, si bien hablasen sin cesar ni descansar, pero en cambio solían trascender en aquellas expansiones confundidas, vocablos expresivos, lamentos vagos, reproches cariñosos, encargos de abrazos y ternezas.

El furgón tenía ya su carga completa. Se le había colocado detrás de la máquina; luego seguía el vagón de la custodia, y por último el de las hermanas é individuos de la cruz roja, á quienes acompañaban algunos médicos y practicantes para distribuirse en diferentes puntos del trayecto.

Sor Mercedes y su compañera la taciturna, se habían instalado en un extremo del coche con sus respectivas bolsas de viaje delante.

Quedaban algunos asientos libres.

La noche se presentaba plácida, y muy azul, con una luna resplandeciente; lo que hacía tolerable cierta crudeza en la atmósfera, propia para fuertes rocíos.

Muy contados segundos antes de sonar el silbato de partida, una mujer de andar rápido y ágil subió al tren sin impedimento alguno del guarda que estaba en la plataforma, por haberla considerado tal vez hermana de caridad.

Iba cubierta con un sobretodo negro de mangas ámplias y capucha redonda ceñida á la cabeza y bien plegada en la frente y mejillas, de modo que quedasen semi-ocultas las facciones. Una presilla del mismo género, unía herméticamente los dos extremos del cuello.

Su único equipaje, consistía en una pequeña balija de mano.

Embargados los que allí se hallaban por preocupaciones sérias, no causó extrañeza alguna la presencia de esta dama, que fué á ocupar silenciosa un asiento cercano al de sor Mercedes.

Esta sí pareció reconocerla.

La recién llegada no dió muestras por su parte de timidez ó encogimiento, al instalarse junto á un ventanillo.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, puso sus manos dentro de las anchas boca-mangas, y fué su actitud de absoluta abstracción respecto á lo que pudiera ocurrir á su alrededor.

Sor Silenciaria, como si recién se diese cuenta de lo que veía, hizo un movimiento de asombro, y miró á sor Mercedes.

—No se le ocurra hablar ahora, hermana— dijo ésta con aire adusto.

El tren arrancó.

XVIII

Bajo el fuego

Ricardo había sido herido en uno de tantos episodios de un combate encarnizado, de esos que se libran implacables entre hermanos con lujo de denuedo.

Revistaba en una de las álas extremas, en un pequeño cuerpo de voluntarios, al que

había cabido una suerte desastrosa, comparada con la sufrida por las demás unidades de pelea.

El episodio se desarrolló entre asperezas para concluir en un llano reducido, al declinar un hermoso día de otoño.

Ordenadas las filas y distribuidos los puestos, sin poner reservas por lo precario del personal en acción, el cuerpo de Ricardo entró al fuego ocupando á su frente posiciones forzadas, aunque resultaron buenas para una regular defensiva.

El terreno en que había hecho su despliegue aquella fuerza de infantería, era muy accidentado y pedregoso.

Un tala pequeño y algunas otras plantas agrestes, hirsutas, surgían dispersas entre las toscas, y sus delgados troncos no podían servir de parapetos, antes bien, de blancos seguros los quitasoles de sus ramajes.

En cambio, las canteras á flor de tierra acodadas y los salientes lomos de una muy vasta de gneis, eran utilizables para el resguardo posible y la fijeza del tiro, y no había que desdeñar estas reducidas ventajas del suelo, allí donde no se habían hecho sentir todavía los efectos del cañón.

Los hombres se tendieron boca abajo en orden abierto, aprovechando cada uno lo más favorable de su sitio, y á la voz de mando empeñaron la pelea.

Fué un duelo de larga duración.

Muchas balas pasaban por lo alto entre tañidos secos, otras se hundían en la tierra delante de la línea y no pocas rebotaban en los peñascos ó caían hechas tejos en medio de los combatientes, sin producir daño alguno.

Ricardo se batía á un flanco, hincado á medias en una espesa mata de espartillo.

A su derecha, al final de un declive, una cañada con cauce lleno, formaba como una extensa herradura infranqueable.

Casi encima de la barranca, entre él y el curso de agua, un sargento tirador disparaba su fusil bien echado en el hueco de dos rocas; y quién una vez, sin desatender su función importante volvió el rostro moteado de pólvora, para decirle tranquilamente:

—Si este infierno sigue así una hora más, ninguno de nosotros sale con el pellejo sano.

En verdad el fuego era muy nutrido, y parecía ser poco aquel espacio para la lluvia de plomo.

Estaba el aire cuajado de silbidos lúgubres, al punto de ocurrírsele agregar al mismo sargento:

—Nunca oí tantos chasquidos ni en pororó. Es bueno que se eche, porque alguna de esas largas le va á tocar.

Ricardo no contestó.

En ese instante, ordenaba á su fiel Cirilo que apurando en lo posible su zaino, trajera del parque siquiera cien cartuchos de repuesto.

No dejaba de reconocer que aquel huracán de proyectiles despedidos por armas de repetición, al cruzar la atmósfera como millares de víboras enfurecidas que hubiesen echado álas, solo podía concluir con una victoria inmediata, ó al bajar la noche con una hábil retirada.

Dándose una trégua de reposo, tornóse al sargento para dirigirle la palabra; pero al mirarlo, lo consideró ya tardío.

El camarada se hallaba ahora boca arriba, con la parte inferior del rostro hundido en el pecho, mudo y tieso.

Del extremo de su barba rubia, polvorienta, pendía á modo de carámbano un grueso coágulo de sangre negra.

El jóven se acercó y lo sacudió.

Nada había que hacer.

El proyectil, penetrando bajo el lábio, tan móvil y contráctil un momento antes, había pasado al cuello y recorrídole el cuerpo hasta buscar salida á mitad del muslo izquierdo.

Ricardo se apoderó de los cartuchos, y volvió á su sitio.

En tanto cargaba el arma, se le ocurrió pensar filosóficamente que el diálogo tenía poca vida cuando el máuser llevaba la palabra.

Por algunos minutos continuó vaciando sus cápsulas, sin separarse del lugar que le correspondió en aquella zona de terribles fragores.

De todos modos, pronto había de sonar la hora de concluir!

De pronto, su compañero de la izquierda que estaba en el mismo ejercicio con tesón, pálido y ceñudo, lanzó un quejido y rodó de costado con las dos manos en el vientre.

Era muy jóven; apénas le apuntaba le bozo.

Cuando lo atravesó la bala, peleaba en cuclillas para fijar mejor el tiro.

Todo cuanto había callado en la pelea, lo habló ahora, ronco y colérico, y al hacerlo se retorcía entre agudos dolores.

En un corto lapso de alivio, pidió que le aplacasen la sed que lo devoraba.

Los demás combatientes continuaron sordos en su cruda faena; y algunos, ciñéndose cada vez á los recaudos de piedra.

En ciertos rostros lívidos, ennegrecidos en parte por la humaza, poníase bien en transparencia con los ojos saltones de una fijeza dura la tiranía del instinto de propia conservación.

Los oídos casi atrofiados por el ruido de las explosiones, no recibían écos, menos la voz del moribundo.

Los mismos gritos, esos gritos heróicos que suelen lanzarse en el rigor del combate con el brío de un toque de clarín, se perdían en el estruendo.

El mocetón se arrastró un trecho sobre las rodillas, para caer de espaldas junto á Ricardo entre espantosas convulsiones.

Y allí se revolvió gritando:

—Bien me decía mi madre que no viniese á la guerra, porque iban á dejarme morir como un perro!

Las balas seguían cruzando en mayor cantidad por encima de las cabezas, y muchas se hacían pedazos en las peñas esparciendo á todos rumbos sus fragmentos, guijarros y terrones.

Del pequeño y correoso tala habían volado á trizas las ramas de la copa, y el tronco retorcido aparecía cribado.

Bien léjos, á retaguardia, algunos caballos dejados por inútiles, se veían ahora en tierra sacudiéndose de lomos con los cascos en el aire.

Así que Ricardo agotó su munición, puso el fusil en una piedra y echando mano á su cantimplora vacía, dirigióse veloz á la cañada, la llenó de agua y bebió mucha.

La llenó segunda vez, y vino sin demora al sitio en que se revolcaba iracundo el jóven soldado.

Miróle éste con ojos de extravío, alargándole el brazo, tembloroso, presa de una ansiedad indecible.

Ricardo colocóle callado en la boca hecha yesca la cantimplora, de que él se apoderó con las dos manos, para sorber hasta la última gota.

Ya sin fuerzas, la dejó caer sobre el pecho.

Sus lábios se removieron sin poder articular vocablo alguno; pero señaló con la diestra á su compañero el bolsillo interior de la blusa.

Luego se reflejó en su mirada algo como una lumbre de gratitud; se quedó con ella puesta en Ricardo, estiróse entre temblores, y al fin se puso rígido.

Abrióle aquel la blusa, estrajo una cartera vieja de cuero amarillo ceñida al medio por un cordón, y la guardó. Serían papeles de familia.

Después se incautó de los pocos proyectiles que conservaba el yacente en la canana, pasándolos uno por uno á las fundas de su bandolera, y colgó la cantimplora en la del cinto.

Por último encendió un cigarrito de hebra negra, cuyo humo aspiró con placer; y, empuñó la carabina.

Como el enemigo había ganado terreno, y proseguía el avance con audacia, en cada alto arreciaba el turbión de balas, y llegó á acentuarse un movimiento de flanqueo decisivo.

En esas horas trágicas el entendimiento suele nublarse, las pasiones embravecerse como fieras acosadas, los hombres tornarse

en máquinas, el ódio en fuerza motriz, los clamores refundidos en el estridor de la borrasca en himnos á la muerte sin piedad ni perdón.

Un aura así fatídica soplaba en la aspereza convertida en bastilla de corajes enfurecidos.

Muy escasos proyectiles sumaban las cartucheras que en variedad de formas usaban estos combatientes, y aunque pedidos por reiteradas veces no llegaban renuevos ni fuerzas de protección.

Un gran trozo de caballería se dispersó con estrépito en uno de los extremos; y la metralla hacíase ya sentir en los pedregales para disolver los últimos puestos de resistencia.

Cuando se dispuso el repliegue, se hundía el sol con un color rojo de sangre entre negros vapores.

Las trompas del vencedor tañían dianas.

Empezó entónces la retirada en desórden.

Al vadear un brazo fangoso de la cañada, fueron volteados algunos hombres.

Por delante, se alejaban á paso lento varios heridos que iban arrastrando sus fusiles ó se apoyaban á treguas para tomar alientos.

Era necesario improvisarles un antemural para que la oleada de dispersos aglomerándose sobre el vado, no arrastrara los más animosos y presentase enorme blanco al nutrido fuego del vencedor.

Ricardo, que marchaba de los últimos, se paró de pronto, prorrumpiendo con voz entera:

—Llegó la hora.... A ver cuántos son los que vienen conmigo!

Diez ó doce hombres silenciosos, pero resueltos, le secundaron.

Parecían de aquellos á quienes en realidad no impone lo crudo de la lucha, y en los momentos críticos de la derrota hacen uso de la reserva de bravura que han guardado en sus fuertes corazones para vender cara la vida.

Así que pasó la avalancha de los prófugos, muchos de ellos exhaustos de municiones, Ricardo y los suyos saltaron el brazo lodoso de la cañada, y dieron el frente en el ribazo, á mitad de un valle estrecho, para facilitar á los heridos el acceso y pasaje de un pequeño calvario que allí cerca se veía, y tras del cual podían recibir auxilios.

Por uno de los costados de ese calvario

y con asombro de los fugitivos, apareció un inete á gran galope que encaminó su montura hácia el grupo que daba cara al peligro en aquellos minutos angustiosos.

Traía colgado al cuello una bolsa de cuero repleta de cartuchos.

—Llegué tarde?—preguntó con las facciones descompuestas por la carrera, la fatiga y la ansiedad.

Y arrojó la bolsa sobre las hierbas.

—Cualquier hora es buena para morir, Cirilo,— respondió Valdemoros que en corto lapso de tiempo había visto desplomarse á tres de sus compañeros.

Simultáneamente un proyectil, penetrando por la abertura del recado de Cirilo, deslomó su zaino, que se abatió de golpe como herido por una chispa eléctrica.

El cambujo cayó parado, barbotando con fiereza:

—Para qué lo quiero, si no he de disparar!.....

Y ocupó puesto en la línea, con la agilidad del cimarrón bravío que se revuelve contra la bala que silba para triturarla con los dientes.

Entre sordas descargas y agudos ecos de

trompas, la fuerza de avance vaciló ante aquella obstinada resistencia, y abrió un claro á la acción de la metralla.

Cirilo se derrumbó con el cráneo destrozado.

Valdemoros que concluía de hacer tiro y ponía nueva carga, dijo á media voz inalterable:

—Me has ganado una jornada!....

En tanto así se mantenía esta pelea entre caballos derribados que servían de barrera y de mampuesta á los tiradores, el cañón calló de pronto; y el grueso de tropa del asalto coronando las alturas, reforzó su primera línea de fuego.

La diminuta guerrilla protectora fué envuelta por un torbellino de plomo.

En medio de terribles explosiones, Ricardo alzando los brazos lanzó un grito enérgico, escapósele de la diestra la carabina, y cayó de espaldas.

Sobre este cuadro lúgubre distendía ya el crepúsculo sus velos de crespón, cuando una compañía de fusileros cuyo capitán venía herido en la cabeza, llegó al juncal funesto convertido en pantano de sangre todavía caliente.

XXI

Horas amargas

El oficial que acababa de ganar la posición y que era de escuela, evitó que se ultimase á Ricardo y se le despojara de sus prendas.

De allí, á un kilómetro, se encontraban las poblaciones de una estancia, propiedad de un ganadero brasileño, ausente á la sazón con su familia.

La casa principal conservaba el mobiliario, y fué una de las que se solicitaron para la asistencia de heridos en los primeros momentos.

Este edificio distaba muy corto trecho de una estación ferroviaria, lo que facilitaría el transporte de aquellos á Montevideo ú otros centros urbanos, apénas funcionasen con regularidad los trenes.

Valdemoros, en quien su generoso adver-

sario había reconocido á uno de sus condiscípulos distinguidos, fué llevado á aquel punto con especiales recomendaciones.

Se le alojó en una pequeña pieza con ventanilla al campo, provista de lo indispensable, y se le atendió con noble solicitud por el doctor Caserio, del servicio militar.

La herida era en el pecho. El proyectil había atravesado un pulmón y salido por la espalda, sin lesión de huesos.

Algún tiempo iba transcurrido desde el suceso. A fin de prevenir la infección el médico hizo la higiene del caso, con delicado celo.

Si aquella no sobrevenía, era de confiar que se operase la formación de la membrana epitelial, y en conclusión la del tejido de cicatriz que obturase el orificio.

De todos modos, cualquier complicación posterior podría ocasionar la hemoptisis por un simple desgarre.

El estado del enfermo se diagnosticó de grave.

En las horas subsiguientes á la primera cura, Ricardo se sintió bien. No hubo manifestación de pus ni fenómeno alguno anormal en los lóbulos pulmonares.

Un día después, por la noche, luego de un exámen reposado, el facultativo reservó su pronóstico.

El herido pasó esa noche inquieto. En la madrugada se apoderó de él la fiebre, con un poco de delirio.

Cerca del mediodía, llegó á la estación próxima el expreso que conducía á sor Mercedes.

Mientras realizaba el trayecto á pié con sus compañeros, que traían consigo sus bolsas de viaje, dijo á la novicia dándole recién la mano.

—Ha sido el suyo un gran acto de abnegación.

—Un deber de conciencia, hermana, — limitóse á contestar la jóven.

Conocíase en los rostros de las religiosas que habían hecho vigilia entera.

Llegadas á la casa, sor Mercedes se puso á órdenes del doctor Caserio, quien la instruyó de todo lo pertinente, y presentóle los enfermos que exigían cuidado solícito y constante. Uno de ellos era Ricardo. De éste le dijo que á pesar de su constitución robusta, era de temerse una gravedad mayor, pues se había demorado un poco la diligencia de

desinfección, por falta de medios de transporte al hospital improvisado, y que debía contraerse á combatir la fiebre por los medios que indicaba.

Las hermanas entraron de lleno á su misión, sin pensar en el descanso, después de aquel largo viaje lleno de intermitencias y zozobras.

Valdemoros mereció sus primeras atenciones.

Encontraron al herido en un estado de somnolencia febril.

Un practicante acababa de tentar inútilmente que tomase una cápsula de quinina, pues á ello opuso tenaz resistencia.

Al retirarse dijo á sor Mercedes:

—Ha llegado hasta la amenaza. Parece que despreciara la vida. Quizás usted pueda más que yo.

El termómetro quedó en más de treinta y nueve y medio.

A intervalos, Ricardo emitía palabras entrecortadas, moviendo la cabeza de súbito, como si la sintiera oprimida por un peso intolerable.

Sor Mercedes, que había puesto en orden en una mesita los remedios, y seguía las

contracciones del paciente, se apresuró á ofrecerle una cápsula, con el tacto que le era peculiar en esta clase de tratamientos.

El herido se resistió, moviendo otra vez de uno á otro lado la cabeza á manera de péndulo, de un modo inconsciente, mecánico, instintivo.

La hermana, siempre calmosa, probó la opresión suave en los costados de la boca, y le entreabrió los lábios, tentando poner la droga, á la menor docilidad.

Esta no asomó.

Cuando los lábios tremulaban y se movían para dar paso á algún eco del delirio, pronto volvían á cerrarse, y sentíase el roce de los arcos dentarios al ceñirse con energía.

Sor Mercedes se sentó de nuevo junto á la cabecera, desistiendo por un instante de su propósito.

Arreglóle un poco la almohada, y esperó, sin que en su semblante marmóreo se notase alteración alguna.

Era una mujer de mirada plácida y un aire profundamente resignado, dueña de sí misma, grave y discreta. Denunciaba por su actitud, sus modales, sus nobles reservas, que no había equivocado la vocación.

Sin impaciencias ni sobresaltos, ponía los ojos en el enfermo, y le socorría templada y dulcemente, á veces por intuición, así que notaba la necesidad de la ayuda.

Tal procedía con Ricardo, sin tomarle de sorpresa sus naturales rebeldías, confiada acaso en la eficiencia de sus recursos.

Así, con el mayor reposo, al oír las palabras incoherentes del herido, que se sucedían con más frecuencia, colocóle bajo el brazo derecho el termómetro; y ensayó de nuevo las cápsulas, pero con el mismo resultado negativo.

Sor Mercedes cogió entónces una cajita, entre otras que estaban en la mesa, y que contenía polvo de quinina; echó cierta cantidad en una copa pequeña, en la que vertió un poco de agua, la agitó bien y revolvió con una cuchara hasta disolver el remedio.

En seguida la puso al alcance de su mano, y dejó transcurrir algunos minutos, los suficientes para retirar el termómetro.

Marcaba cuarenta, dos quintos más que una hora antes.

El reloj señalaba las once.

La hermana revolvió el líquido de la copa

segunda vez, lo observó al trasluz, y levantando un poco la cabeza del herido, hizo presión con los dedos en la parte superior é inferior de la boca para obligarle á sorber el licor benéfico.

Igual obstinación.

La enfermera duplicó su esfuerzo enérgico; pero él sacudió con vigor el torso, que se curvó como un arco, y apretó las mandíbulas á modo de extremos de tenaza.

Sor Mercedes lanzó un débil suspiro, y se apoyó siempre silenciosa en el ángulo del lecho, con la copa en la mano.

Ricardo continuó delirando con palabras cortas, ásperas, ininteligibles.

Una de las otras dos hermanas, que permanecían quietas, como sepultadas en el fondo obscuro del aposento, abandonó sin ruido alguno su silla, y acercándose á sor Mercedes, alargó su brazo hácia la pequeña copa, diciendo en voz muy queda y tímida:

—Hermana, me permite usted?

Sor Mercedes, sin contestar nada, le pasó lentamente la copa y le cedió el puesto.

La que á esto se había atrevido era la novicia.

Echóse lijeramente hácia atrás las ondas de su velo y se inclinó bien hasta ponerse casi en contacto con el herido.

Después de un instante de hesitación, deslizó su brazo bajo la nuca de Ricardo, le alzó la cabeza para dejarla en posición adecuada, y le puso entre los lábios el borde del cristal.

El jóven contrajo sus músculos faciales con una mueca de dolor, y separó aquellos siempre plegados, secos, ardientes.

Entónces, la novicia juntó á la de él su mejilla con firmeza, y murmuró á su oído quedito, como un hálito de paz que lucha con un hálito de fiebre:

—Sí.... sí!

Ricardo cesó repentinamente de agitarse, y abrió los ojos, que hundidos en sus cuencas, solo expresaban extravío.

Ella alzó despacio su semblante y lo miró en las pupilas.

El herido plegó otra vez los párpados con lentitud, y la enfermera estrechándolo en su hombro como á una criatura, le acercó de nuevo la copa, que ahora él bebió hasta la última gota, con pausa, aunque penosamente.

Al desprenderse, la novicia se irguió aspirando el aire con ánsia, cual si hubiera hecho un grande esfuerzo; dejó la copa en la mesa, arreglóse el velo y á pasos inseguros volvió á su asiento.

Allí se estuvo largo rato sin levantar la cabeza; pero, cuando llegó á alzarla, se encontró con los ojos verdosos de sor Mercedes, que la miraban de un modo penetrante é inquisidor.

Pasado algún tiempo, ella invitó á la novicia á repetir la prueba.

El herido, que parecía gozar de relativa calma, no opuso tampoco esta vez resistencia mayor; pero sin abrir los ojos y con muestras visibles de fatiga.

Cuando un reloj de pared, en la habitación contigua, daba las dos de la madrugada, concilió un poco el sueño.

Minutos después, una hermana vino en busca de sor Mercedes y de su compañera; cambió con la primera algunas palabras muy bajas en forma de rezo, y pronto salieron las tres quedándose sola la novicia, callada é inmóvil en su asiento.

Del interior, solían venir rumores tristes, ayes periódicos, quejas amargas.

El ruido de lavajes y desinfecciones era frecuente.

Un efluvio de carnes maceradas ó descompuestas, unido al olor del iodoformo se distendía é iba condensándose luego en aquellos reducidos espacios, hasta deprimir la atmósfera vital.

Los escasos muebles aparecían en desórden, no pocos sembrados de hilas y vendas ya inservibles.

La mariposa que ardía en el vaso, seguía dando su débil claridad, la indispensable para percibir los objetos á medias tintas.

La puerta que daba á un zaguán estrecho y en tinieblas, estaba entornada, tal cual la dejaron las hermanas al salir.

Por allí asomó la cabeza y olfateó un perro de campo, cual si buscase al amo ó siguiese un rastro.

La novicia se levantó, y andando en puntas de piés, cerró la entrada.

Con el mismo sigilo, se dirigió á una ventanilla que daba al campo, y la entreabrió lo bastante para renovar el ambiente.

XX

La pócima y el beso

Una ráfaga de aire puro penetró en el aposento.

La noche aparecía sin velos, serena, transparente, con los astros muy brillantes.

En el nexo próximo de dos colinas sin árboles, allí cerca, se destacaban varias tiendas dispersas, refugio de otros heridos.

A través de estas lonas grises lucían algunas pobres claridades, velas de sebo sostenidas en puntales de madera.

Próximo á la ventanilla se elevaba un ombú jóven, copudo y ramoso, desde cuya cima un zorzal lanzaba á intervalos sus notas plañideras.

La jóven respiró con fuerza el aura mansa durante segundos; y ya satisfecha afir-

mó como pudo la hoja de la ventanita, á fin de que no se abriese del todo, y se volvió hácia la cama de Ricardo.

Este seguía en su reposo.

Le examinó con cuidado el vendaje del pecho, tanteóle el pulso con su manecita de seda, compúsole el abrigo, pasóle un pañuelo por las sienes, le aderezó el cabello con cierto deleite; y hecho esto miró á todas partes temblando, cual si recién se penetrase de sus procederes y temiera oir una voz de sospecha ó de reproche rudo.

La apacibilidad ó la indiferencia aparente de su rostro, había desaparecido.

De sus ojos pardos surgía una expresión intensa de ansiedad, y por el latir de sus arterias podía ella creer que le había contagiado el herido su fiebre.

Inspeccionó los remedios, preparó la pócima de quinina, graduó el termómetro, y aguardó llena de emoción el momento de administrar aquella.

Dormía! Parecía que el delirio ya no había de volver; que la fiera dejaba de ensañarse con su pobre cuerpo destrozado, y que el vértigo no sería dueño de su cerebro hecho frágua.

A las seis debía venir el médico.

¡Ay, que horas largas!...

Así preocupada, la novicia no separaba la vista del paciente, atenta al mínimo movimiento, celosa de sus deberes, más anhelante que nunca de trasmitir sus humildes consuelos al que sufría.

Cuando ella no lo esperaba, Ricardo despertó, alzando con lentitud los párpados marchitos.

Al principio fué su mirar vago; pero, luego, como presintiendo la proximidad de alguien en la semi-obscuridad que rodeaba el lecho, volvió un tanto la cabeza, y fijó en la novicia sus ojos obscuros y relucientes.

Un buen minuto los tuvo en ella, cerrándolos á breves lapsos, cual si quisiera cerciorarse de que no era todo fruto de su mente enferma; hasta que alguna lijera crispación, denunció en él cierto estupor, porque volviendo á bajar los párpados por entero, balbuceó:

—Ah!. . . .un sueño . . .

—Porqué, sueño?—preguntó una voz suave, insinuante, cariñosa.

Y al mismo tiempo, una mano tibia opri-

mía otra de las suyas, en un rapto de efusión incontenible.

—Es Minés que me habla?....

—La misma. Es Minés que viene en busca de su compañero de otros días, para aliviarlo en sus dolores.... No me quieres á tu lado?.... Díme si te daña mi presencia, que no faltarán almas piadosas que velen por tí.

—Oh, no!—repuso el jóven apelando á todas sus fuerzas para sentarse en el lecho. —Ninguna como tú para mi consuelo, acaso el último que recibiré!....

Al expresarse así, se creería que había recobrado por completo la salud; una animación súbita llenó todo su organismo postrado, y sus manos temblorosas buscaban con ahinco las de Minés para estrecharlas y comunicarles el goce inefable que resurgía en su espíritu hondamente impresionado.

La novicia, á su vez, por una transición extraña, se sentía atraída y fascinada al contacto con el jóven; una transformación repentina se fué operando en ella á medida que la emoción iba en aumento, y bajo su dominio, le echó los brazos al cuello, diciéndole con el encanto de un arrullo:

—Porqué el último consuelo!.... Piensas morirte? Ah, no! que estoy yo aquí.... Yo te salvaré, mi Ricardo, mi único amigo. Qué alegría tengo de verte contento en esta hora después de tanto sufrir.... No te has acordado de mí, muchas veces?....

—Siempre Minés. Vivía de tu recuerdo... Ahora serás mi ángel protector.

—Angel, nó, pobre de mí!.... Tu amiga, tu hermana, tu enfermera....

—Todo eso es poquito.

—Poquito?—moduló ella bañándolo con la luz de sus ojos.—Poquito....Oh!

Y ahogando una espansión que le hizo ondular el seno, le puso la cabeza en la almohada, como si se tratase de un niño, le acarició la sien, lo contempló de hito en hito, mezclando su aliento puro con su aliento febril, y al fin murmuró con una vocecita armoniosa, dulce, arrobadora:

—¿Es que tú quieres hablarme de amor? ....Los enfermos no piensan en esas cosas, ni yo puedo oirlas.

—Así harás que siempre tenga el alma enferma de verdad.

—Oh! dos males á la vez sería muy cruel. No habría cura.... Es preciso ser juicioso,

Ricardo....Deja ese pensamiento....al menos hasta que estés sano y fuerte.

En tanto así hablaba, le oprimía la cabeza contra su pecho que palpitaba con violencia, como si el corazón se moviese á saltos.

—Declárame que tu almita es mi gemela, y que si hay pecado....

—Si, que lo hay!

—Es tan dulce pecar!

—Te va á aumentar la fiebre — arguyó Minés, deslizándose del jóven. — Calla, ¿quieres? voy á darte el remedio; ya debe ser tiempo...

Asió la copa que tenía preparada y la agitó lo necesario, acercándola delicadamente á la boca del herido.

Este, que había vivido extrema dicha en aquellos cortos segundos, aún cuando sentía renacer agudos sus dolores, quiso gustar todavía del deliquio, y se rehusó con un pretesto:

—Es muy amargo! Si tú lo endulzas....

Y se apoderó de la mano que quedaba libre á la novicia, con un movimiento apasionado y un gesto suplicante.

El zorzal del ombú seguía vertiendo á raudales sus silbos melodiosos, destacándose

nítidas las notas en el silencio de la alta noche.

Recién parecieron poner atención los dos al himno solemne del noctámbulo alado, en extraño concertante con el himno de sus almas; hasta que Minés dijo, estremeciéndose:

—Bebe primero.

El apuró la pócima, y se quedó mirándola embelesado.

La linda cabecita de la jóven, toda envuelta en el tul blanco, casi invisible su cuerpo en la penumbra, bien podía recordar en ese momento una de las imágenes angélicas de un lienzo maestro.

Apénas sorbió Ricardo el brevage, ella tendió el brazo, trepidó un instante; pero pronto encorvó poco á poco el talle gentil, fué acercando su boquita muy roja á los lábios candentes del herido, y se los selló al fin con un beso de intensa ternura.

—Gracias! Ahora puedo morir.

Ella le posó la mano en la frente, presa de fuerte congoja, y repuso:

—Tienes que obedecerme en todo.... No hables más, ni menos así .... Me lo prometes?

—Te lo juro.

Entónces se arrancó de su lado vacilante, y fuése á la ventanita, en cuyo marco apoyóse para interrogarse á sí misma.

Había quedado inquieta, bajo zozobra y confusión, después de aquella escena tan distinta de sus hábitos y vida de oraciones.

Su pensamiento divagaba de la casa paterna al convento, á la iglesia, al coro, al hospital; acudían desordenados á su memoria los recuerdos apacibles de su primera edad para unirse con las emociones presentes, tan vivas y palpitantes; y por último en esa odisea de su espíritu, éste llegaba á detenerse y concentrarse todo entero ante el ser que estaba allí abatido por el dolor, que la ataba con fuerza imponderable á su destino con el hechizo de su afecto y la mágia de su lenguaje.

Cuán incolora le parecía en ese momento la plegaria sencilla, ante los gritos vehementes de su corazón!

Aquella plegaria á lo desconocido, á lo impalpable, á lo augustamente poderoso, se encerraba siempre en una fórmula invariable, monótona, triste; y estos gritos agudos que salían del fondo de su pecho la empujaban á un mundo de impresiones, que no era el

mundo de las prácticas humildes, de contricción perpétua y de aislamiento poblado de imágenes silenciosas, sinó cuajado de esplendores, de encantos ignotos, de cariños entrañables....

Y no era tan solo el hechizo de la simpatía, no era tampoco la elocuencia para expresarla, lo que había dominado sus sentidos y embargado su mente sugiriéndole deliciosos ensueños y doradas ilusiones; era un vínculo de la infancia feliz que había crecido en la juventud ardorosa, entrelazando los candores de entónces con los deseos de ahora, las pristinas purezas de niña con las ánsias indefinibles de la mujer, los pudores de la virginidad con los anhelos secretos é irresistibles del amor!

Después .... á ella la habían llevado al convento pequeña. Lo que sabía lo había aprendido allí. Le enseñaron á adorar lo divino sin tasa, como única salvación del alma; á consagrarse al ejercicio duro de aliviar las penas sin otro goce que el de la esperanza en las recompensas de la vida futura; y á orar siempre, sin descanso, por los que están en la tumba y por los que lloran en la tierra. Al hombre, debía temerle siempre!

¿Tenía ella la culpa de llevar un hábito, de no ser como las demás mujeres, de huir del bullicio mundanal, de no conceder al propio corazón un poco siquiera de lo que á otros se concedía por piedad?

Ay, él está gritando contra mí!.... Aún estoy en tiempo... si él se salva! En tiempo? sí....todavía....

La novicia sacudió la cabeza, como para espantar un pensamiento que la mortificara, y plegó las manos, prorrumpiendo en alta voz:

Por tí diera todo mi ser!

El zorzal del ombú preludió muy suave, y se engolfó luego en su himno de voces vibrantes cual si saludase la luz blanca que surgía en el oriente.

Venía el alba, y sobre el horizonte límpido fulguraba el lucero, como un broche enorme de oro y de topacios que ciñese los pliegues de un inmenso dosel azul.

Al ver la claridad lejana, Minés corrió al lecho del herido.

La mariposa de luz aleteaba como un cocuyo moribundo.

Cogió ella el vaso con cuidado para utilizar sus postreros resplandores, y alumbró el rostro de Ricardo.

Dormía sin fatiga.

Minés sintió que la inundaba la alegría; y colocando sin el menor ruido el vaso en su lugar, retornó á la ventanita, sonriente, llena de alientos para decir ahora á la mañana, que envidiaba más que nunca los brillos y colores de su hermosura.

La aurora desplegaba sus espléndidas galas sin una nube, se oían más sonoros los silbos del zorzal, y cien rumores lejanos difundían una oleada de renacimiento con el nuevo sol próvido y fecundo.

Este despertar lleno de ecos, vahos y destellos aumentó sin duda en Minés el júbilo que la embargaba, porque muy lenta y dulcemente se desprendieron de sus lábios como gotas de rocío de la planta en flor, estas palabras, que eran un salmo á la realidad adorable:—que dulce es el amor!

XXI

Duo solitario

Pasadas eran las cinco, cuando reapareció sor Mercedes seguida de la taciturna.

Hasta esa hora las había retenido el cuidado de otros enfermos.

La casa según ella carecía de todo, y á no ser el botiquín del doctor Caserio, no habría podido atenderse á los dolientes. Escaseaban la carne y la leche. El caldo solo tenía lentejuelas de gordura. Todo se propinaba á pequeñas dósis. Al fin las cosas no iban tan mal, con la voluntad de Dios, pues se esperaban auxilios por momentos.

Se interesó la hermana Mercedes por Ricardo, á quien se puso á examinar con aire prolijo.

Del sueño parecía haber pasado al estado de sopor. De vez en cuando se le oía alguna queja.

Tomósele la temperatura.

La fiebre había crecido un poco.

Renovósele el vendaje y cambiáronsele los apósitos aunque la supuración no hubiese aumentado mucho en el orificio del pecho.

En esta última operación, sor Mercedes notó que los bordes tendían á inflamarse; más nada dijo.

Minés le dió un poco de alimento líquido, que el sorbió complacido.

La novicia había recobrado, en apariencia su aspecto de calma y recogimiento, pero estaba muy pálida ahora, ojerosa é inquieta.

Era su seno un nido de incertidumbres y presentimientos desde que había abandonado al paciente el sueño tranquilo.

Cada vez que Ricardo lanzaba un lamento á impulsos de aguda punzada, lo recibía ella también en el corazón con violencia, sin que por eso trascendiera su concentrada pena, ahogada por el esfuerzo de una rara energía.

No veía el instante de la llegada del médico, y en su impaciencia salió al zaguán.

De allí dominaba bien un patio estrecho con piso de baldosa, donde reclinados unos contra los muros y tendidos otros sobre

jergas se contaban hasta diez heridos. En redor de ese montón informe, se exhibían lienzos é hilachas con coágulos roji-negros. Algunas mantas viejas servían de abrigos, en grupos de dos ó tres enfermos.

En unas parihuelas y cubierto con una de esas mantas desteñida por el sol y las lluvias, se destacaba tieso un cuerpo humano.

Puesta encima del cadáver, para darles sin duda la misma fosa, se veia una pierna amputada á uno de los que fueron sus compañeros de lucha.

Un perro, acaso el mismo que había ido á olfatear en la noche al cuarto de Ricardo, estaba echado junto á las parihuelas.

Un proyectil le había rozado arrancándole un girón de piel del vientre; y á segundos se lamía allí, para poner enseguida la cabeza entre los remos delanteros en busca de reposo.

La novicia apartó la vista, y suspiró con angustia. El cuadro era cruel.

Volvióse al aposento, pero mirando para atrás, como abismada en el horror.

Cambió de impresión cuando entró el médico: visita que ella ansiaba y al mismo tiempo temía, pues lo óptimo y lo pésimo se dispu-

taban, el dominio de su sensibilidad moral.

Es tan sério el momento del exámen científico, cuando ya la fé comienza á desfallecer!

En tanto la inspección duró, estúvose quieta con los brazos cruzados junto á la puerta.

Oyó una queja escapada del pecho del herido; después el eco confuso de algunas palabras que el cirujano cambiaba con sor Mercedes en tono conciso y breve, en un extremo de la habitación; luego los pasos de aquél que se retiraba.

Dióle espacio Minés sin separar su mirada del vacío.

Con la salida del médico coincidió el pasaje de las parihuelas, que conducían dos hombres.

El perro iba en pos, con su vientre manchado de sangre y lodo.

Si el lamento de Ricardo había sido para ella como el toque siniestro de una campana que dobla, aquellos tristes funerales en vez de aterrarla pusieron en reacción todas sus fuerzas.

Resuelta, preguntó con entereza á sor Mercedes:

—¿Qué ha dicho el médico, hermana?

—Lo de siempre, que su estado es muy delicado, y que el procedimiento debe ser el mismo.

—Quiero ahorrar á ustedes la pena del tratamiento asíduo, y les suplico que lo dejen á mi cuidado personal.

—El deber no es pena....

—Y grande en este caso—repuso la novicia sobre sí, como bien penetrada de las responsabilidades que contraía. Insisto en que se me confíe el cumplimiento de ese deber.

Los verdosos ojos de sor Mercedes se clavaron en el semblante de la jóven, con aquella expresión que otra vez los había singularizado; pero cesó de pronto su fijeza penetrante, sutil, escudriñadora ante la severidad de líneas que revelaba en ese momento el rostro pálido de Minés.

—Bien está—dijo sor Mercedes fríamente.

Su silenciosa compañera, la pequeña y gruesa, frotóse con cierta fruición las manos en señal de asentimiento absoluto.

El tren que llegó al bajar la tarde, fué conductor de toda clase de auxilios.

Algunas hermanas y curas venían con la comisión de la cruz roja.

Se dispuso llevar los heridos menos graves á un centro urbano.

El tren debía retardarse lo necesario con ese objeto, destinándose al traslado todos los vagones.

Levantáronse las tiendas de la loma, que fueron reemplazadas á unos doscientos metros del edificio, por las carpas del destacamento de caballería que se dejaba de custodia.

En la casa quedaron cinco heridos, incluso Ricardo, con dos practicantes y las tres hermanas. La cruz roja había proveído al personal de medicamentos y víveres para varios días. Se disponía también de ropas blancas, hilas y vendas en profusión.

Minés pidió que se le permitiera hacer uso de la pieza contigua á la de Ricardo, alhajada tan solo con una mesita de pino, un banco y un catre de tijera sin almohadas.

—Me basta:-había dicho--no pienso dormir.

Uno de los cinco inválidos era un oficial de mérito y parecía ser su estado de suma gravedad, pues á el ocurrían todo género de atenciones.

El doctor Caserio, director del pequeño hospital, había tomado posesión del aposento que seguía al del enfermo.

El único sacerdote que no siguió viaje, le hacía compañía.

Era un hombre jóven, entrado en carnes, rubio, las narices muy abiertas y los ojos gachos.

Se habia ordenado hacía poco tiempo, según se le oyó decir, y era la vez primera que entraba en misión para administrar espiritual ayuda á los caídos en guerra.

Cuando sus cófrades descendieron momentáneamente del tren, y de ellos se despedía para dirigirse á la casa, el alférez del destacamento que estaba mirándolos atento con apostura en jarras de pié en la loma, llamó al sargento y le dijo con una vivacidad que parecía natural en él:

—Vea, sargento, no sé porqué creo que algún peligro nos amaga á la fija. Que la guardia esté bien alerta, y que desprenda un hombre de imaginaria junto á la vía antes que cierre la noche.

La orden fué dada con aire imperioso.

El sargento se cuadró, y alejándose rápido, iba murmurando á solas con su alma de soldadado:—cuando los pájaros negros están muy encima, hay que cuidar los ojos.

Caía la noche sin estrellas, muy velada por densas nubes.

En el aposento de Ricardo, la novicia se había encargado de inspeccionarlo todo y colocar cada cosa en su sitio conveniente.

El enfermo reposaba sin fatiga ni sobresaltos.

Esto fué de buenos auspicios para Minés, que llegó á creer ese descanso de larga duración.

De ahí que sintiese un íntimo contento, á medida que pasaba el tiempo sin motivos de zozobra.

Ni porqué pensar en lo infausto?....

De pronto, Valdemoros la llamó.

—Aquí estoy,—dijo la jóven acercándose en el acto.—¿Qué quieres, Ricardo?

Este tenía los ojos muy hundidos, pero bien abiertos é inteligentes, como si al rebrillar de la fiebre se hubiese unido el reflejo de su espíritu estóico.

Revelaban fuerza y ardor de juventud, una luz vívida de anhelos secretos, acaso el de su ideal próximo á extinguirse en flor.

—Nada quiero,—contestó,—sinó que estés un poco cerca de mí....Con mirarte me bastará, hasta que llegue la hora.

—No pienses en eso. ¿Que ya no amas la vida?

—Contigo la quisiera muy larga, y la soñé. Pero, ya es tarde....Se me hizo creer

que era imposible mi ventura, y busqué aturdirme en los peligros.

—¡Cruel!—exclamó Minés, con un transporte apasionado. Yo no te hice creer eso, no podía hacértelo creer, porque aquí en el fondo de mi pecho has estado siempre en cada latido, en cada plegaria y en cada dolor!....No hables de morir, te lo ruego, tú que eres jóven y fuerte; no puedes morir, ahora que yo....

—¿Qué?—preguntó el herido dominando su mal acerbo hasta erguirse en el lecho.

—Ahora que yo te digo que seré tuya, que solo para tí serán mis afanes en el mundo, para tí todos mis extremos y fervores . Que renuncio á mis votos para consagrarme entera á tu dicha, si en mi pobre ser la encuentras, tú que eres tan digno de las mayores venturas de la tierra!

—¡Oh! ¡parece un delirio!—exclamó él con un acento de goce infinito.—¡Yo había tenido un sitio predilecto en tu santo corazón!....

—Sí, lo dudas? Rompo los lazos del convento, anulo mis votos....¿no ves Ricardo que los renuncio para siempre?....

Y con arranque violento la novicia arrebató

el tul á su cabeza, lo estrujó entre sus manos y lo arrojó á un rincón.

Su espléndida cabellera negra cayó en ondas sobre la esclavina blanca, y rodeando con ella enseguida el torso del herido, juntó su rostro al suyo, prorrumpiendo entre estertores de ansiedad y de pasión:

—Toda para tí, mi noble caballero, mi amigo adorado de la infancia....¿Cómo llegaste á pensar que yo no te quería? La ofuscación en que he vivido ¿verdad?....todo eso que me enseñaron cuando yo era niña me cegó, y te hizo creer mal de mí....Ahora ves que no eras justo....díme que no lo eras cuando creías que yo no te amaba con toda mi alma, encanto de mis ojos, lirio de mis sueños!

—¡Ah, no, mi dulce bien!

—¿Cierto? ¡Qué bueno eres mi Ricardo! Nunca dejaste de estar en mi memoria, y yo nada podía contra ella ...¿Te acuerdas cuando me acompañabas en la glorieta y en el estanque, y yo te peinaba así, con la mano? ...

Y en tanto él le imprimia en el cuello sus lábios de fuego, la novicia continuaba con más arrebato y vehemencia:

—Yo estaba como atontada con las cosas

religiosas....me decían que era un gran pecado pensar en hombre alguno. Pero tus cartas, ¡ah, aquellas cartas Ricardo, que encontré en el pasionario!.... Ellas rindieron al fin mi pobre corazón, después de hacerme llorar muchas veces. Me las ponía la buena Marcela. ¿No me dirás que no?.... ¡cómo llenaban mi alma de ilusiones muy blancas apesar de mis temores místicos!....Ansiaba entónces tenerte á mi lado, gozar de oir tu habla, y en las veladas tristes sin yo pensarlo te hacía mil protestas de cariño y extremos de pasión....

—Muchos quiero—la interrumpió el jóven ciñéndola suavemente;—házmelos gustar ahora uno por uno, que esa será mi suprema dicha mi dulce virgen y mi solo amor!

En medio de estremecimientos, cual si presintiese que pronto se iría la vida, tuvo estrechada algunos momentos á Minés.

Luego ahogó un quejido, y se desprendió de ella blandamente.

Saliendo de su desvarío, la novicia se apresuró á arroparlo, diciendo:

—Un poco de sueño te hará bien. ¡Procura dormir Ricardo!

Fué una orden dada con un acento impregnado de ruego y de ternura, que pareció obedecer el enfermo, pues bajó los párpados y quedó en sosiego.

La atmósfera se hacía densa en aquel reducido local, por lo que Minés abrió casi del todo la ventanilla, cuya hoja había recubierto con su abrigo para interceptar el aire de las endijas bastante frío á esas horas.

Avanzaba la noche, siempre obscura, con relámpagos en forma de sierpes en el horizonte.

Alguien rasgueaba la guitarra junto á un fogón de pocas brasas, cerca de la loma, y hacía oir un estilo con voz muy clara y perceptible.

Era en rueda de soldados.

Cantaba así:

El mayor de los pesares
Es tener la dicha cerca,
Y escaparse de las manos
Por capricho de la suerte....

Minés que oía casi inconsciente, como alelada, se dirigió al lecho, al sentir un roncolamento.

A la débil claridad de la candileja, vió que Ricardo se movía exasperado, pronunciando frases sin sentido.

El vendaje se había desviado bastante de la herida, y por ésta manaba una hemorragia copiosa.

Uno que otro resuello se escapaba por allí, con un rumor siniestro.

Sin perder el ánimo, la jóven restañó cuanto pudo la abertura, cuya membrana falsa, había caído, con un puñado de algodón, y la recubrió con otro, diciendo con firmeza:

—Por favor Ricardo, no toques ahí hasta que yo vuelva.

Presa de alta fiebre, el herido agitó de uno á otro lado la cabeza sin responder nada.

Daba Minés los primeros pasos para ir en busca del médico, cuando se abrió la puerta penetrando en la pieza el practicante seguido de un sacerdote.

La novicia, que apénas se había arrollado y suspendido detrás la cabellera sin preocuparse mucho de estos detalles, limitóse á señalar con la mano al enfermo y miró con estupor al clérigo.

El practicante con una simple ojeada se

hizo cargo de lo que ocurría, y procedió á la higiene de su herida, callado y sesudo. Acto para él de conciencia, á un paso del desenlace del drama.

El sacerdote miró á Minés con aire de simulada compunción, y habló bajo:

—Nunca lo hubiera creído!

La novicia, que había recuperado toda su serenidad en aquel instante crítico, alzó su bella cabeza con altivez, y preguntó en tono severo:

—¿Qué es lo que no hubieras creído?

—Verte aquí.

—Aquí estoy mejor que tú.

—No parece así,—repuso Martín Gardello, pues él era el religioso.—El médico me ha informado que mis auxilios son quizás más premiosos que los suyos en este sitio.

—Ah! eso te dijo?—exclamó Minés conteniendo con sus lágrimas un arranque de honda indignación.—Pues bien: yo te digo en cambio que el moribundo no necesita de tu ayuda.

—Ni tampoco la enfermera?—objetó el recién ordenado con fría ironía.

—Mucho menos. Bastaría eso para perderme á los ojos de Dios!

Fueron pronunciadas estas palabras con tal dureza y desprecio, que Gardello se inmutó, y volvióse humillado al zaguán.

El practicante terminaba su penosa tarea, impresionado ante esta escena violenta. El drama tenía raíces hondas!

Notó que se encontraba en presencia de una mujer de temperamento selecto, capaz de imponerse á los trances más rudos, y le habló con respeto, dándole á entender que el actual podía ser en alto grado doloroso.

—Me sobran fuerzas para soportarlo,—dijo Minés sencillamente.

El practicante se inclinó, agregando:

—Más tarde volveré.

La novicia le fué siguiendo con paso firme hasta la puerta, que cerró luego, corriendo el pasador sin ruido.

Ricardo deliraba.

Minés dió suelta á su congoja con algunos sollozos que aliviaron su seno de opresiones implacables, y tornó á la cabecera, sorda á otro rumor que no fuera el del silabeo incoherente del enfermo.

En tanto, el tañedor de guitarra seguía su cantinela con un eco amargo:

Que la novia del soldado
Como bala en cartuchera.
En un caso muy apurado
Busca blanco donde quiera.

Mines, desencajada y abatida, con sus grandes ojos velados por las lágrimas, no oía aquellas voces que venían de afuera, sinó los latidos sordos que preceden á la desesperación.

Valdemoros dejó de delirar, y pareció en goce de un rapto lúcido.

Al ver que sus párpados se entreabrían, la jóven cogióle con ambas manos la cabeza, y lo besó.

Fué el suyo un beso de hondo deliquio, cual si hubiese ansiado arrebatarle con él toda la fiebre que lo consumía; y como si á su vez delirase, murmuró á su oído en ruego férvido, arrobador:

—Vuelve en tí un instante, mi bien.... Si alguna culpa he tenido en tu infortunio, yo la purgaré, te lo juro. Para tí reservaba mis grandes idolatrías sin más pensar en el cláustro, del que me arrancaste tú, sol de mi vida solitaria, cuando tal vez yo no lo merecía. Debí comprenderte desde el princi-

pio, y oir los gritos de mi alma que me decía que ella era más tuya que mía . . . . ¡Perdóname! ¡Te veo sonreir! ¿Te compadeces de mi pobre corazón, mi Ricardo querido? . . . . No me ódias ¿verdad?

El la estuvo contemplando un rato con deleite, así como ella acostumbraba á adorar á su virgen.

Minés, que tenía también puestos sus ojos en el semblante del paciente, sin perder una sola de sus contracciones de dolor, llevóse de súbito las manos á las sienes clamando azorada:

¡Oh, la cabeza de mi nazareno! . . . .

Ricardo la atrajo hácia sí con suavidad: la retuvo entre sus brazos trémulos, ahogóle la voz con sus lábios candentes; y agotado el esfuerzo, se postró de golpe sin balbucear palabra.

Pocos minutos después, su cuerpo empezó á sufrir contorsiones sucesivas, y Minés observó con horror que la herida lanzaba ronquidos lúgubres.

Ricardo llevó de repente las manos crispadas al vendaje, que destrozó en parte; pero ella lo cogió de las muñecas con increíble vigor, afirmándose con las rodillas en la cama.

y por largos segundos se debatieron los dos en terribles sacudidas.

Al fin, el enfermo se aplomó.

Tras de la lucha, la novicia respiró con violencia, confundiendo sus resuellos con los de la herida; un grueso chorro de sangre se deslizaba del pecho descubierto de Ricardo hasta la sábana, y caía á gotas en el suelo.

En aquella hora de suprema angustia, produjose en el campo un sordo tumulto, seguido de nutridas detonaciones.

Por la ventanilla entornada, entraban ruidos fragorosos, voces coléricas y toques de clarín.

Sin duda se había querido sorprender el puesto por fuerzas aisladas, no sujetas á disciplina.

Como si aquel estrépito de guerra hubiese llegado hasta el herido, éste se revolvió frenético, poniendo de nuevo las manos en el vendaje convertido en guiñapos roji-negros.

La novicia se lanzó sobre él y se apoderó de sus brazos con más empeño que la vez primera; y obluctando de un modo espantoso, manchada su suelta cabellera con la sangre de Ricardo, prorrumpió con desgarrador acento:

—¡Ay, no! . . . .¡no!

Este último grito fué como un alarido.

Fuertes golpes sonaron en la puerta.

Ricardo cedió de pronto lanzando una queja débil, sus convulsiones cesaron gradualmente, y al fin se quedó inmóvil.

Sofocada y jadeante, Minés corrió á la ventana para abrirla del todo y recibir á raudales el oxígeno que faltaba á ella y al enfermo.

Un acre olor á pólvora invadió la pieza.

No se impuso ante los vivos centelleos de las armas, ni el terrible estridor de la pelea.

Oíanse también muy cerca cortos silbos siniestros, y rebotes de bala sobre el muro exterior á modo de récio granizo.

Apoyóse sin fuerzas en el marco y alzó los ojos al cielo que estaba negro, muy negro, clamando desolada:

—¡Dios eterno, apiádate de mí!

En ese momento varios proyectiles, de los muchos que rebasaban la línea de resistencia y se hundían en la pared, penetraron en la habitación, y uno de ellos hirió á la jóven en el cuello.

Minés se llevó allí la mano sin proferir un lamento, dióse vuelta tambaleando y fué

á caer de boca sobre el lecho de Ricardo, cuyo rostro lívido cubrió con sus cabellos en desórden.

FIN.

INDICE

	Página
Consultas	1
I. — Ecos del cármen	3
II. — Claroscuro de un convento	15
III. — Jesús era bello?	31
IV. — Después del salmo	43
V. — Ensayo feliz	55
VI. — La opinión de Tácito	66
VII. — Teoría y parábola	80
VIII. — Una conversa piadosa	91
IX. — Nazareno ideal	104
X. — La rosa negra	113
XI. — Ultimo retoque	123
XII. — Gota que colma	137
XIII. — Las dos pasiones	146
XIV. — Miserere	156
XV. — En pos del ensueño	168
XVI. — Voces que llaman	181
XVII. — El tren nocturno	195
XVIII. — Bajo el fuego	207
XIX. — Horas amargas	219
XX. — La pócima y el beso	229
XXI. — Dúo solitario	240

BINDING DEPT. MAR 16 1962

PQ
8519
A3M5

Acevedo Díaz, Eduardo
Minés. 1. ed.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 08 04 01 004 2